

IDAD A
CCIÓN C



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
50 EAST LAKE STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60607-7171
USA



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
50 EAST LAKE STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60607-7171
USA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
50 EAST LAKE STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60607-7171
USA

DC235

S4

V.3

C.3

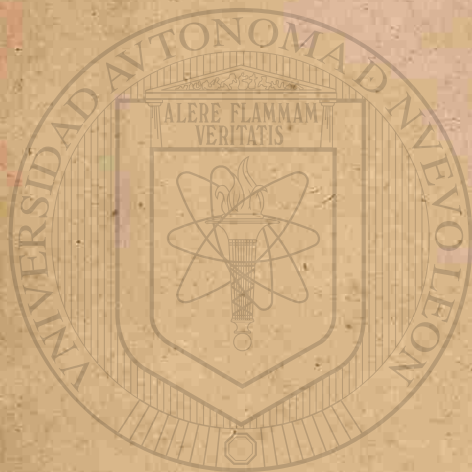




1080043830

8#76#14

9/44)



HISTORIA
DE NAPOLEON
Y
DEL EJERCITO GRANDE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

HISTORIA DE NAPOLEON

Y

DEL EJERCITO GRANDE

DURANTE EL AÑO 1812;

POR EL GENERAL CONDE DE SEGUR.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR D. J. C. PAGES,

INTERPRETE REAL.

TOMO TERCERO.



Copias
Biblioteca



PARIS,

EN LA LIBRERIA DE ROSA,

CALLE DE CHARTRES, N° 12.

1825.

54708

16988

DC 235
S 4
V 3 M
3



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

HISTORIA DE NAPOLEON

Y
DEL EGÉRCITO GRANDE

DURANTE EL AÑO DE 1812.

LIBRO OCTAVO.

CAPITULO I.

Se ha visto, que sorprendido en Vilna el emperador Alejandro en medio de sus preparativos de defensa, retrocedió con su desunido ejército, y solo pudo rehacerle á cien leguas de allí, entre Vitepsk y Smolensko. Arrastrado este príncipe en la precipitada retirada de Barclay, se

habia refugiado á Dryssa, en un campo mal escogido y atrincherado á suma costa; punto en el espacio, en una tan dilatada frontera, y que servia unicamente para indicar al enemigo cual debia ser el blanco de sus maniobras.

Aquietado sin embargo Alejandro con la vista de este campo y del Duna, habia tomado aliento á la otra parte de este rio. Unicamente allí consintió en recibir por la primera vez á un agente ingles. Tanto valor daba este emperador á manifestarse fiel, hasta el postrer momento, á sus empeños contraídos con la Francia! Ignórase si fué ostentacion de buena fe, ó buena fe real; lo que no admite duda, es que en Paris, y despues del buen éxito, afirmó á fe de su honradez (al conde Daru), que, « á pesar de las acusaciones de Napoleon, habia sido su primera infraccion contra el tratado de Tilsitt.

Permitia al mismo tiempo Alejandro que Barclay dirigiese á los soldados franceses y aliados suyos, aquellas corrup-

tivas proclamas que habian conmovido tanto á Napoleon en Klubokoe; tentativas que los Franceses hallaron despreciables, y los Alemanes intempestivas.

Por lo demas, el emperador de Rusia no se habia mostrado como un guerrero á la vista de sus enemigos; que lo juzgáron así por el abandono con que habia mirado el Beresina, única línea natural defensiva de la Lithuania; por su retirada excéntrica hácia el norte, cuando lo restante de su egército iba huyendo hácia el mediodia, y finalmente, por el ukase de alistamiento, fechado en Dryssa, que señalaba por punto de reunion á los reclutas, muchas ciudades que los Franceses ocupáron casi al punto.

Tocante á sus providencias políticas en las antiguas y nuevas provincias rusas, á sus proclamas de Polotsk dirigidas al egército, á Moscou, á la grande nacion, se confesaba que eran singularmente apropiadas, para los lugares y los hombres. Parece, en efecto, que hubo una gra-

duacion muy sensible de vigor en los medios políticos de que se valió Alejandro.

En la Lithuania, recientemente adquirida, sea precipitacion, sea cálculo, se habia respetado todo, suelo, casas, habitantes, no se habia exigido cosa ninguna, unicamente se habian llevado á los mas poderosos señores, cuya desercion hubiera sido de un pernicioso ejemplo, como tambien mas difícil su regreso por hallarse mas comprometidos, y eran por otra parte unos rehenes.

En la Lithuania reunida mas antiguamente, en que una suave administracion pública, diversas gracias habilmente repartidas, y un hábito mas dilatado, habian hecho olvidar la independenciam, se llevaron los Rusos consigo á los hombres y todo aquello que podian cargar. Sin embargo no se habia tenido por conducente exigir, de una religion extraña y de un patriotismo nuevo, el incendio de las propiedades: y se habia decretado un alistamiento de cinco hom-

bres solamente por cada quinientos varones.

Pero, en la antigua Rusia, en que todo concurría con el poder, religion, supersticion, ignorancia y patriotismo, no solamente habian hecho retroceder todo consigo en el camino militar, sino destruido tambien cuanto no podia seguir; y quantos no eran aun reclutas, se volvian milicianos ó cosacos.

Hallándose amenazado entonces lo interior del imperio, le tocaba á Moscou dar el ejemplo. Esta capital, justamente llamada por sus poetas *Moscou de las cúpulas doradas*, era un vasto y extravagante conjunto de doscientas noventa y cinco iglesias y de mil y quinientos palacios, con sus jardines y dependencias. Estos palacios de ladrillo y sus parques, entremezclados con bonitas casas de madera y aun de chozas, estaban dispersados en muchas leguas cuadradas de un terreno quebrado, y se agrupaban alrededor de una fortaleza elevada y trian-

galar, cuyo vasto y doble recinto de una media legua de circunferencia, encerraba todavía, el uno de ellos muchos palacios, varias iglesias, espacios incultos y cascajosos, y el otro, un vasto mercado público, ciudad de mercaderes, en que las riquezas de las cuatro partes del mundo sobresalían reunidas.

Estos edificios, palacios, y hasta las tiendas, estaban todos cubiertos de un hierro bruñido y coloreado, las iglesias, cada una de ellas coronada de muchos campanarios á que servían de remate diversos globos de oro, la media luna después y la cruz por último, recordaban la historia de aquel pueblo; era el Asia y su religión, victoriosa en el principio, vencida posteriormente, y en fin la media luna de Mahoma, vencida por la cruz de Cristo.

Un solo rayo de luz hacía relumbrar con mil colores varios aquella soberbia ciudad! Hechizado á su aspecto el caminante, se paraba deslumbrado; trayén-

dole á la memoria aquellos portentos con que los poetas orientales habían divertido su niñez. Si penetraba en su recinto; daba la observacion todavía nuevo incremento á su pasmo; reconocía en los nobles los estilos, costumbres é idiomas diversos de la Europa moderna, el rico y ligero primor de sus trages. Detenia sorprendido la vista, en el asiático lujo y forma de los que cubrían á los mercaderes; en los vestidos griegos del pueblo, y sus largas barbas. Dejábale atónito la misma variedad en los edificios é impresos en todo ello sin embargo unos visos locales, y duros á veces, como conviene á la Moseovia.

Ultimamente, cuando observaba la extension y magnificencia de tantos palacios, y riquezas que los adornaban, el lujo de los trenes, aquella infinidad de esclavos y solícitos vivientes, el ruido de aquellos magníficos espectáculos, el estrépito de aquellos festines, funciones, y suntuosos regocijos, que allí resonaban incesante-

mente, se creia transportado al medio de una ciudad de reyes; á una reunion de soberanos, que habian llegado con sus estilos, costumbres y séquitos, de todas las partes de la tierra.

No eran sin embargo mas que vasallos, pero vasallos ricos, poderosos, grandes, soberbios con una nobleza antigua, considerables por su número, reunion y un vínculo general de parentesco, contraido en los siete siglos de la duracion de esta capital! Eran unos señores ufanos de su existencia en medio de sus vastas posesiones, porque les pertenece casi por entero el territorio del gobierno de Moscou, en el cual reinan sobre un millon de esclavos. Ultimamente, eran diversos nobles, que se apoyaban, con una patriótica y religiosa soberbia, « sobre la cuna, y sepulcro de su nobleza: » pues así llaman á Moscou.

Parece efectivamente que deben nacer y educarse allí los nobles de las mas esclarecidas familias, que deben echarse desde

allí en la gran carrera de los honores y la gloria; y que, ultimamente, satisfechos, descontentos, ó desengañados, deben volver á traer todavía allí sus sinsabores ó resentimiento para desahogarle; su reputacion para gozar de ella, para egercer su influjo sobre la nobleza joven, y reanimar finalmente lejos de la autoridad, de la cual no esperan ya nada, la soberbia suya amortiguada por mucho tiempo al lado del trono.

Saciada ó descontenta allí su ambicion en medio de los suyos, y como sino le alcanzaran los tiros de la corte, tomó un language mas libre; es como un fuero que el tiempo perpetuó, al cual se apegan ellos, y que su soberano respeta. Quanto menos son cortesanos, tanto mejores patricios son, por lo mismo sus príncipes vuelven con repugnancia á aquel inmenso depósito de gloria y comercio, en medio de una ciudad de nobles á quienes ellos han desgraciado ó fastidado; que se libertan de su potestad por medio de la

edad ó de la fama, y á los cuales es necesario contemplar.

La necesidad condujo de nuevo al emperador Alejandro á Moscou; que se restituyó allí desde Polotsk, precedido de sus proclamas, y esperado por los nobles y mercaderes. En ella se presentó al principio en medio de la nobleza reunida. Todo fué grande; la circunstancia, la asamblea, el orador, y las resoluciones que infundió. Su voz estaba conmovida. Apenas hubo cesado Alejandro, cuando despidieron todos los corazones un solo grito, pero simultáneo y unánime; oyéndose por todas partes, « pídale todo V. M., señor! lo ofrecemos todo! tómennoslo todo! »

Después al punto, uno de aquellos nobles propuso el alistamiento de una milicia, y para formarla, el donativo de un aldeano de cada veinte y cinco. Pero le interrumpieron cien voces exclamando: « que la patria queria mas; que era preciso dar un siervo de cada diez;

enteramente armado, pertrechado, y provisto de víveres para tres meses. » Era ofrecer, por el solo gobierno de Moscou, ochenta mil hombres y muchas municiones.

Votóse inmediatamente este sacrificio sin deliberacion ninguna; algunos dicen con entusiasmo, y que fue egecutado del mismo modo, mientras estaba presente el peligro. Otros no han visto, en la adhesion de aquella asamblea á una tal extremada proposicion, mas que sumision: afecto que, ante un poder absoluto, los absorbe todos los demas.

Añaden que al salir de aquella sesion, se oyó que los principales nobles murmuraban entre sí contra lo abultado de semejante providencia. « ¡Era pues tan inminente el peligro! ¿ No existia ya el ejército ruso, que les decian componerse todavía de cuatrocientos mil combatientes? ¿ Por qué pues quitarles tantos aldeanos? El servicio de estos milicianos, se decia, seria unicamente temporal. Pero

¿como esperar jamas su regreso? ; Mas bien seria necesario ciertamente temerlo! ; Volverian aquellos siervos de los desórdenes de la guerra con la misma sumision? sin duda que no; volverian enteramente poseidos de nuevas impresiones, de nuevas ideas con que inficionarian las aldeas y propagarian en ellas un espíritu de indocilidad, que haria incómodo el mundo, y viciaria la esclavitud. »

Sea lo que quiera de todo ello, la resolucion de aquella asamblea fue generosa y digna de una tan grande nacion. Las particularidades son de escasa importancia. Es suficientemente sabido que lo mismo acontece en todas partes; que todo en el mundo pierde en ser visto con mucha atencion; y que, por último, deben juzgarse los pueblos en la totalidad y segun los efectos.

Habló despues Alejandro á los mercaderes, pero mas brevemente: y mandó leerles aquella proclama, en que Napoleon era representado « como un pérfido,

un Moloch, que, con la traicion en el pecho y la lealtad en los labios, venia á borrar la Rusia de la faz del mundo. »

Dicen que á estas palabras se vió que se inflamaban de furor todos aquellos semblante varoniles y fuertemente coloreados, á los que negras barbas daban al mismo tiempo un aspecto antiguo, magestuoso y salvage. Les centelleaban los ojos; poseyólos una rabia convulsiva, cuya violencia iba expresada en sus envarados brazos que retorcian, en sus apretados puños, ahogados gritos, y rechino de dientes. El efecto correspondió con la amenaza. El gefe, que ellos mismos eligen, se mostró digno del mando: y subscribió el primero por cincuenta mil rublos. Eran los dos tercios de su caudal, y los trajo en el siguiente dia.

Estos mercaderes estan divididos en tres clases; y se hizo la proposicion de fijar á cada uno su contribucion. Pero uno de ellos, que pertenecia á la última clase, declaró que su patriotismo no se

sujetaria á límite ninguno, y en el instante, se cargó á sí mismo mucho mas allá de la quota propuesta; los demas siguiéron de mas ó menos léjos su ejemplo. Se aprovecharon del primer impulso. Los mercaderes hallaron á mano cuanto era necesario para obligarse irrevocablemente, cuando estaban todavia juntos, incitados unos con otros y con las palabras de su emperador.

Dicen que este donativo patriótico ascendió á dos millones de rublos. Los demas gobiernos repitieron, como otros tantos ecos, el grito nacional de Moscou. El emperador de Rusia lo aceptó todo; pero todo no pudo darse inmediatamente; y cuando, para acabar su obra, reclamó lo restante de los socorros prometidos, se vió precisado á usar de apremios, por haberse alejado el peligro que habia sujetado á los unos y acalorado á los otros.

CAPITULO II.

Sin embargo, invadióse bien presto Smolensko, Napoleon en Viazma, y el sobresalto en Moscou. No se habia perdido todavia la gran batalla, y comenzaban á abandonar ya aquella capital.

Decia el gobernador general Rostopschine á las mugeres en su proclama: « que no las retenia, que cuanto menos miedo hubiera, tanto menor seria el peligro; pero que tocante á sus hermanos y maridos, debian quedarse unos y otros, pues de otro modo se cubririan de oprobrio. »

Añadia despues diversas individualidades consolatorias sobre las fuerzas enemigas: « eran ciento y cincuenta mil hombres reducidos á alimentarse con carne de caballo. El emperador Alejandro iba á

volver á su leal capital ; ochenta y tres mil rusos , entre reclutas y milicianos , y ochenta cañones , marchaban hacia Borodino para incorporarse con Kutusof .

Finalizaba diciendo : « Si no bastan estas fuerzas , os diré : vamos , amigos míos los Moscovitas , marchémos también ! juntaremos cien mil hombres , tomaremos la imagen de la Virgen Santísima , ciento y cincuenta piezas de artillería , y daremos fin á todo junto . »

Se notó , como una singularidad totalmente local , que las mas de estas proclamas estaban en estilo bíblico y prosa rimada .

Al mismo tiempo , no léjos de Moscou , y por orden de Alejandro , se dirigía por un polvorista aleman la construccion de un monstruoso globo . El primer destino de este alado aeróstata , habia sido elevarse por encima del egército frances , escoger desde allí á su gefe , y aniquilarle con una lluvia de hierro y fuego ; lo ensayaron por diferentes veces , y otras

tantas sin acierto por haberse roto los resortes de las alas .

Pero aparentando Rostopschine perseverar , mandó acabar , dicen , la confeccion de una infinidad de cohetes y materias incendiarias . Moscou mismo debia ser la gran máquina infernal , cuya explosion nocturna y repentina , devoraria al emperador y su egército . Si el enemigo se escapaba de este peligro , no tendria á lo menos ya asilo ni recurso ninguno ; y el horror de tan inaudito desastre , de que sabrian muy bien acusarle , como se habia hecho ya de los de Smolensko , Dorogobouge , Viazma , y Gjatz , sublevaria toda la Rusia .

Este fué el terrible plan de aquel noble descendiente de uno de los mayores conquistadores del Asia . Se concibió sin esfuerzo , se maduró con cuidado , y se egecutó sin excitacion . Hémos visto en Paris posteriormente á este señor ruso . Es un sugeto arreglado , buen marido , excelente padre ; de un talento superior

y cultivado, y cuyo trato es dulce y lleno de gracia; pero, al modo de muchos compatriotas suyos, reúne á la cultura de los tiempos modernos el vigor de los antiguos.

Su nombre pertenece en adelante á la historia: en todos casos, tuvo ciertamente la mayor parte en la honra de aquel gran sacrificio: se habia comenzado en Smolensko, pero lo consumó el gobernador de Moscou. Esta resolución, como cuanto es grande y entera, fue admirable; el motivo suficiente y justificado con el feliz éxito; el sacrificio inaudito y tan peregrino, que el historiador debe detenerse para profundizarle, comprenderle, y contemplarle (1).

(1) 1º No se ignora que el conde Rostopschine escribió que él se hallaba ageno de tal acontecimiento; pero se ha debido seguir la opinion de los Rusos y Franceses, testigos y actores de este gran drama. Todos sin excepcion, perseveran en atribuir por entero á este señor la gloria de esta generosa resolución. Aun parece que muchos creen, que animado siempre el conde Rostopschine de este noble sacrificio que per-

Un hombre solo, en medio de un dilatado imperio casi arruinado, contempla su peligro con ánimo firme. Le mide, lo aprecia, y se atreve, sin encargo quizaz, á formar la inmensa parte de cuantos intereses públicos y privados es necesario sacrificarle. Siendo vasallo, decide sobre la suerte del estado sin el beneplácito de su soberano; noble, declara la ruina de los palacios de todos los nobles sin el consentimiento de estos; protector, por el puesto que él ocupa, de un pueblo numeroso, de una multitud de ricos comerciantes, y de una de las mas populosas capitales de la Europa, sacrifica estos caudales, los establecimientos y la ciudad toda entera; él mismo hace pábulo de las llamas el mas suntuoso y rico palacio suyo; y ufano, contento, y sosegado, permanece en medio de todos

petuará su nombre en las venideras edades, no rehúsa actualmente la inmortalidad de tan grande acción sino para dejar toda la gloria suya al patriotismo de la nación, entre cuyos hombres mas insignes se le cuenta.

estos intereses ofendidos, arruinados y sublevados.

¿Qué motivo tan justo y grande pudo pues infundirle una tan estupenda confianza? Al resolver el incendio de Moscou, no fue su principal obgeto reducir por hambre á sus enemigos, supuesto que él acababa de agotar de vituallas aquella populosa ciudad; ni privar de abrigo al ejército frances, supuesto que era imposible pensar que de ocho mil casas é iglesias, dispersadas sobre un tan vasto terreno, no se libertarian las suficientes para acuartelar ciento y cincuenta mil hombres.

Ademas conoció bien que con ello faltaba á aquella tan importante parte de lo que se suponía era el plan de campaña de Alejandro, cuyo obgeto debía dirigirse á atraer y retener á Napoleón, hasta que el invierno llegase á cercarle, cogerle y entregarle indefenso á toda la nacion sublevada. Porque al cabo estas llamas instruirian sin duda á aquel con-

quistador, y devanecerian el obgeto de la invasion. Debian obligarle pues á renunciar de ella cuando todavía era tiempo, y determinarle por último, á volverse á la Lithuania, para tomar allí cuarteles de invierno; determinacion que prepararia contra la Rusia una segunda campaña mas terrible que la primera.

Pero Rostopschine vió dos peligros mayores en tan críticas circunstancias: el uno que amenazaba el honor nacional, el de una ignominiosa paz dictada en Moscou y arrancada á su emperador; el otro, era mas bien político que militar, en el cual temia mas bien las seducciones del enemigo que su armas, y mas una revolucion que una conquista.

Hallándose este gobernador con repugnancia para todo tratado, previó que en medio de su populosa capital, á que los Rusos mismos dan el nombre de oráculo y egeemplo de todo el imperio; recurriria Napoleón al arma revolucionaria.

ria, la única que le quedaria para terminar. Por cuyo motivo se resolvió á elevar una barrera de fuégo entre este campeon y todas las fragilidades de cualquiera parte que dimanasen, sea del trono, sea de los compatriotas suyos, nobles ó senadores, y mas particularmente entre un pueblo esclavo, y los soldados de otro propietario y libre; finalmente, entre estos y aquella masa de artesanos y mercaderes reunidos, que forman en Moscou el principio de una clase intermedia, en cuyo favor se efectuó la revolucion francesa.

Preparóse todo silenciosamente sin saberlo el pueblo, los propietarios de todas las clases, y quizás el emperador. La nacion ignoró que ella misma se sacrificaba. Lo cual es tan cierto, que cuando llegó el momento de la egecucion, oimos quejarse de estas destrucciones á los habitantes refugiados en las iglesias. Los que las vieron de lejos, los mas ricos magnates, engañados como sus aldeanos, nos acusaron de ellas; los que última-

mente las habian ordenado, nos echaron la culpa de su horror, habiéndose hecho destructores para hacernos odiosos, y haciendo poco caso de las maldiciones de tantos infelices con tal que las hiciesen caer sobre nosotros.

El silencio de Alejandro permite dudar si él aprobó ó condenó esta extraordinaria determinacion. La parte que este emperador tuvo en aquella catástrofe es un misterio todavía para los Rusos; la ignoran ó callan: efecto del despotismo que prescribe la ignorancia ó silencio.

Algunos son de dictamen que ningun hombre de todo el imperio, fuera del emperador, se hubiera atrevido á cargarse con una tan tremenda responsabilidad. La conducta posterior de Alejandro desconoció el hecho sin desaprobalo. Otros creen que fué una de las causas de su ausencia del egército, y que no queriendo presentarse para mandar ni prohibir, no quiso ser testigo.

Por lo que hace al total abandono de

las poblaciones desde Smolensko, era forzado, supuesto que el ejército ruso las defendía siempre, las hacía ganar con espada en mano, y nos anunciaba como unos monstruos destructores. Esta emigración costó poco en las aldeas. Los aldeanos inmediatos á la calzada real, se encaminaban por senderos laterales hacia otras aldeas de sus señores, en que hallaban acogida.

El abandono de sus chozas, formadas de troncos de árboles puestos unos sobre otros, que una hacha basta para construir las, y cuyo ajuar todo está reducido á un banco, una mesa, y una imagen, era escasamente un sacrificio para aquellos esclavos que no poseían nada propio suyo, que no se pertenecían á sí mismos; y de los cuales era preciso que sus señores cuidasen en todas partes, supuesto que ellos eran una propiedad, y que componían toda su renta.

Por otra parte aquellos aldeanos con sus carros, herramientas y algunos ga-

nados, lo llevaban todo consigo, pudiendo pasarse los mas de ellos sin auxilio ageno para hospedarse, vestirse y todo lo restante; porque aquellos hombres están siempre al principio de su civilización, y mucho mas lejos todavía de aquella división de trabajo, que es la extensión y última perfección del comercio ó de la sociedad.

Pero en las ciudades y en la gran Moscou mas particularmente, ¿ como se podían dejar tantos establecimientos, tan dulces y cómodos hábitos y tantas riquezas, muebles é inmuebles? Y no obstante, no costó mas obtener el total abandono de Moscou que el de la menor aldea. Allí, como en Viena, Berlin y Madrid, los principales nobles no vacilaron en retirarse al acercarnos; porque parece que para ellos el quedarse era hacer traición. Pero aquí, mercaderes, artesanos, jornaleros, todos creyeron deber huir como los mas principales magnates. No hubo necesidad de mandar; aquel pueblo care-

cia todavía de suficientes ideas para juzgar por sí mismo, para distinguir y establecer las diferencias, y bastó el ejemplo de los nobles. Algunos extranjeros que se habían quedado en Moscou hubieran podido ilustrarla; desterraron á los unos, y el terror dejó en estado de soledad á los otros.

Hubo facilidad por otra parte para no dejar prever mas que profanaciones, saqueos y devastaciones á un pueblo separado todavía de todos los otros, y á los moradores de una ciudad tantas veces saqueada y quemada por los Tártaros; en cuyo caso no podian esperar á un enemigo impio y feroz sino para pelear contra él. Lo restante debia huir de la proximidad suya con horror, para salvarse en esta y la otra vida: obediencia, honra, religion, miedo, todo, todo ordenaba huir con cuanto uno pudiera llevarse.

Quince dias antes de la invasion, la salida de los archivos, de las cajas públicas, del tesoro, y de los nobles y principales

comerciantes, con cuanto tenian mas precioso, indicó á los demas habitantes lo que les tocaba hacer. Impaciente ya el gobernador de ver desocuparse aquella capital, mandaba velar diariamente sobre la emigracion.

En el dia 3 de septiembre, una Francesa, con peligro de ser asesinada por algunos mugicos furiosos, se arriesgó á salir de su refugio. Andaba errante mucho tiempo hácia ya en unos barrios vastos, cuya soledad le causaba extrañeza, cuando un lúgubre y lejano clamor la dejó poseida de pavor. Era como el canto de muerte de aquella inmensa ciudad; quedándose inmóvil, mira y ve una multitud de desconsolados hombres y mugeres, que se llevaban consigo sus bienes, sus santas imágenes, y arrastrando con ellos á sus hijos. Los sacerdotes, todos cargados con las sagradas señales de la religion los precedian, é invocaban al cielo con himnos de dolor, que todos repetian llorando.

Habiendo llegado esta multitud de desgraciados á las puertas de la ciudad, la abandonáron con una dolorosa vacilacion; volviéndo sus miradas todavía hácia Moscou, se despedian al parecer de su santa ciudad; pero se perdieron insensiblemente sus lúgubres cánticos y sollozos en las vastas llanuras de sus contornos.

CAPITULO III.

Así iba huyendo en cortos ó crecidos cuerpos aquella poblacion. Las calzadas de Cazán, Voladimiro y Iaroslaf, estaban cubiertas en todo el espacio de cincuenta leguas, de fugitivos de á pie, y de muchas no interrumpidas hileras de carruages de toda especie. Sin embargo, las providencias de Rostopschine para impedir el abatimiento de ánimo y mantener el orden, retuviéron á muchos infelices hasta el último instante; á lo que es necesario añadir el nombramiento de Kutusof, que habia avivado la esperanza, la noticia falsa de un triunfo en Borodino; y para los meños ricos la hesitacion natural en el momento de abandonar la única habitacion que poseian. Finalmente, la insuficiencia de

Habiendo llegado esta multitud de desgraciados á las puertas de la ciudad, la abandonáron con una dolorosa vacilacion; volviéndo sus miradas todavía hácia Moscou, se despedian al parecer de su santa ciudad; pero se perdieron insensiblemente sus lúgubres cánticos y sollozos en las vastas llanuras de sus contornos.

CAPITULO III.

Así iba huyendo en cortos ó crecidos cuerpos aquella poblacion. Las calzadas de Cazán, Voladimiro y Iaroslaf, estaban cubiertas en todo el espacio de cincuenta leguas, de fugitivos de á pie, y de muchas no interrumpidas hileras de carruages de toda especie. Sin embargo, las providencias de Rostopschine para impedir el abatimiento de ánimo y mantener el orden, retuviéron á muchos infelices hasta el último instante; á lo que es necesario añadir el nombramiento de Kutusof, que habia avivado la esperanza, la noticia falsa de un triunfo en Borodino; y para los meños ricos la hesitacion natural en el momento de abandonar la única habitacion que poseian. Finalmente, la insuficiencia de

los transportes, á pesar de su cantidad considerable, singularmente en Rusia; sea que los crecidos embargos, que las urgencias del egército habian hecho necesarios, hubiesen reducido su número, sea que fuesen muy pequeños por exigir el uso que sean muy ligeros sobre un terreno arenoso, y para caminos mas bien señalados que formados.

Vencido entonces Kutusof en Borodino, escribe á todas partes que él es vencedor. Engaña á Moscou, Petersburgo, y hasta á los gefes de los demas egércitos rusos. Alejandro comunicó este error á sus aliados. Le vieron en sus primeros enagenamientos de júbilo volar á los templos, colmar de honores y dinero al egército y familia de aquel gefe; últimamente dar gracias al cielo y nombrar feld-mariscal á Kutusof por aquella derrota.

Los mas de los Rusos afirman que su emperador fue groseramente engañado con este infiel informe. Se indagan to-

avía los motivos de semejante audacia, que le valió á Kutusof en el principio unas gracias desmesuradas, que no se le retiraron; y posteriormente dicen, unas terribles amenazas que quedaron sin egecucion.

Si hemos de dar crédito á muchos compatriotas suyos que quizás fueron sus enemigos, parece que tuvo dos motivos: desde luego el de no debilitar el poco teson que en Rusia suponian infundada, pero generalmente á Alejandro. Fuera de esto, como Kutusof se aceleró para que su pliego llegase en el dia mismo del cumpleaños de su soberano, añaden que su fin se dirigió á recoger las remuneraciones á que esta especie de celebridades da ocasion.

Pero fue breve el error en Moscou, en donde se difundió bien presto el rumor de la pérdida de la mitad de su egército, por un efecto de aquella singular conmocion de los grandes infortunios, que se vieron hacerse resentir casi á un mismo

instante en enormes distancias. No obstante esto, los discursos de los gefes, que los eran únicos que osaban hablar, continuaron siendo siempre orgullosos y terribles; muchos habitantes que los creyeron, se quedaron todavía, pero mas y mas aumentaba cada día su cruel ansiedad. Veíanse casi á un mismo tiempo enagenados de furor, enardecidos con la esperanza y abatidos por el espanto.

En uno de aquellos momentos en que postrados estos moradores, sea al pie de las aras, sea en sus casas ante las imágenes de sus santos, no tenían ya esperanza mas que en el cielo, resonaron de repente varios regocijados gritos, y cada uno va volando al punto hácia las plazas ó calles para saber la causa de esto. A ellas había acudido á tropel el pueblo fuera de sí con el gozo, y clavando su miradas en la cruz de la principal iglesia. Acababa de trabarse un buitre en las cadenas que la sostenian, y permanecía colgado. Era un seguro presagio para

aquellos hombres, cuya genial superstición se aumentaba con una grande expectacion: creían que Dios iba á coger á Napoleon y á entregársele.

Rostopschine se aprovechaba de todas estas conmociones, que estimulaba ó reprimia segun eran favorables ó adversas. Mandaba escoger entre los prisioneros enemigos á los mas ruines para presentarlos al pueblo, que tomaba aliento á la vista de su debilidad. Y sin embargo desocupaba Moscou de provisiones de toda especie, para alimentar á los vencidos y reducir al hambre á los vencedores. Le fué facil esta providencia por no abastecerse Moscou sino en primavera y otoño por agua, y en invierno por trineos.

Mantenia todavía con una sombra de esperanza el orden tan necesario, particularmente en semejante huida, cuando se presentaron las reliquias del desastre de Borodino. Aquel largo convoy de heridos, sus alaridos y ropa toda manchada de

una sangre negra, sus poderosos señores lastimados y destruidos cual los demas; todo era un espectáculo bien horrendo para una ciudad lejana, tantos tiempos hácia de los estragos de la guerra. Fue duplicada la actividad de la policia; pero el terror que infundia no pudo luchar por mucho tiempo contra otro todavía mayor.

Dirigiéndose Rostopshine entonces al pueblo, le declaró « que iba á defender Moscou hasta la última gota de su sangre, que se peleará en las calles, que los tribunales se hallan cerrados ya, pero que esto no hace nada, porque no hay necesidad de ellos para formar el proceso á los malvados. » Añade despues « que dará la señal de allí á dos dias. » Recomienda « que se armen bien de hachas, y mas especialmente de horcas de tres dientes, por no ser mas pesado un Frances que una gavilla de trigo. En cuanto á los heridos, « va, dice, á mandar decir una misa por ellos, y bendecir agua para su pronta cu-

racion. » Añadió en el siguiente dia, « que iba á verse con Kutusof, á fin de dar las últimas disposiciones para exterminar á los enemigos. Despues de lo cual, dice, enviaremos á estos huéspedes al diablo, les haremos hechar el alma, y pondremos manos á la obra para convertir á estos pérfidos en polvo. »

En efecto, Kutosof no habia desesperado de la salud de su patria. Despues de haberse servido de las milicias durante la batalla de Borodino, para llevar las municiones y relevar á los heridos, acababa de formar con ellas la tercera línea de su egército. En Mojaisk, su serenidad le habia hecho ganar suficiente tiempo para egecutar su retirada ordenadamente, escoger entre sus heridos, abandonar á los que eran incurables, y embarazar con ellos al egército enemigo. Mas adelante en Zerkowo, un descalabro habia reprimido el ardor de Murat. Ultimamente, Moscou vió en el dia 13 de

setiembre los fuegos de los bivaques rusos.

Allí el orgullo nacional, una posición excelente, las obras que se le agregaron, todo inclinó á creer que aquel general estaba determinado á salvar la capital ó á perecer con ella. Kutusof sin embargo se hallaba vacilante, y sea política ó prudencia, acabó abandonando al gobernador de Moscou á su toda responsabilidad.

El ejército ruso en aquella posición de Fili, al frente de Moscou, contaba noventa y un mil combatientes que eran seis mil cosacos, sesenta y cinco mil hombres de tropa veterana, reliquias de los ciento veinte y un mil presentes en la Moskwa, y veinte mil reclutas armados la mitad con fusiles y la otra con picas.

El ejército frances, compuesto de ciento y treinta mil hombres en la víspera de la batalla grande, habia perdido unos cuarenta mil en Borodino. Iban á

incorporársele varios regimientos que venian marchando y las divisiones de Laborde y Pino: estaba pues compuesto de cerca de cien mil hombres al llegar á la vista de Moscou. Hacian mas pesada la marcha suya seiscientos y siete cañones, dos mil y quinientos carruages de artillería, otros cinco mil de bagages, y no le quedaban ya municiones mas que para un solo dia de pelea. Computó Kutusof quizás la desproporción de su fuerzas reales con las nuestras. Por lo demas, no podemos sentar aquí mas que congeturas, pues dió á su retirada motivos meramente estratégicos.

Lo que no admite duda ninguna, es que este anciano general engañó al gobernador hasta el postrer momento. Le juraba todavía á fe de sus canas, « que se dejaría matar con él al frente de Moscou; » cuando este sabe de repente que de noche y en un consejo del campo, acaba de resolverse el abandono sin batalla, de aquella capital.

Furioso Rostopschine con esta noticia, pero inalterable, se sacrifica. Urgía el tiempo, y se dan priesa. No se trata ya de ocultar á Moscou la suerte que le está destinada; los habitantes que quedaban no tenían derecho á miramiento ninguno, y por otra parte convenia resolverlos á tomar la huida en beneficio de su propia salud.

Van pues por la noche diversos emisarios á llamar en todas las puertas, y hacen saber el incendio. Se introducen diferentes cohetes por todas las aberturas favorables, con especialidad en las tiendas cerradas del barrio del comercio. Se llevan las bombas; llega el desconsuelo á su colmo, y cada uno se turba ó resuelve segun su genio. Los mas se agolpan hácia las plazuelas; se estrechan, hácese mil preguntas unos á otros, piden consejos; muchos andan errantes á la aventura; los unos despavoridos con el terror, y los otros en un horrendo estado de exasperacion. Ultimamente el egér-

cito, única esperanza de aquel pueblo, le abandona, y comienza á travesar aquella ciudad, llevándose tras sí las reliquias todavía numerosas de su poblacion.

Sálese aquel egército por la puerta de Kolomna, cercado de infinitas mugeres, criaturas y ancianos todos desesperados. Cubrieron estos toda la campiña; huian por todas las direcciones, por todos los senderos, atravesando campos, y enteramente cargados con sus efectos, los primeros que en medio de su turbacion habian hallado mas á mano. Se vieron algunos que, por falta de caballerías se habian enganchado á sí mismos á los carros, llevándose consigo en esta forma á sus hijos de tierna edad, á su enferma muger, ó á su achacoso padre; finalmente, quanto tenían de mas precioso. Los montes les sirvieron de albergue, y vivieron á expensas de la compasion de sus compatriotas.

Un espantoso acaecimiento dió fin en aquel dia á tan lamentable espectáculo.

Habiendo llegado aquel postrer día, Rostopchine reúne á cuantos le ha sido posible retener y armar. Abrense las cárceles; sale de ellas tumultuosamente una sucia y asquerosa turba; y aquellos desastrados se precipitan con una feroz alegría en las calles. Son arrancados del medio de esta chusma dos hombres, ruso y frances, el uno acusado de traicion, y el otro de imprudencia en materias políticas, llevándolos á la presencia de Rostopchine. Reconviene éste al Ruso de la traicion suya.

Era el hijo de un mercader, y le habian sorprendido incitando al pueblo á la rebelion. Lo que sobresaltó es, que descubrieron que era de una secta de iluminados alemanes, que se llaman martinistas, asociacion de independientes supersticiosos. No habia desmentido este ruso de audacia con la prision, y se creyó por un momento que la igualdad se habia abierto una entrada en Rusia. Sin embargo, no descubrió cómplice ninguno.

En aquel último trance acudió su padre solamente. Esperaban verle interceder en favor de su hijo; pero pidió la muerte de éste. Le acordó el gobernador algunos instantes para hablarle todavía y bendecirle. « ¡Yo bendecir á un traidor! » exclamó el airado padre; al punto se volvió hácia su hijo, y con horrible voz y ademan le maldijo.

Fue la señal de la justicia. Echaron por tierra de un mal asegurado sablazo á aquel infeliz que cayó, pero solamente herido; y le hubiera libertado quizás la llegada de los Franceses, si el pueblo no hubiera echado de ver que estaba vivo todavía. Aquellos frenéticos forzaron las barreras, echáronse sobre él, y le hicieron mil pedazos.

El Frances entretanto permanecia helado de pavor, cuando dirigiéndole Rostopchine la palabra, le dijo: « En cuanto á ti, como Frances, debias desear la llegada de los Franceses; quedarás pues libre, pero marcha á decir á tus paisanos que

la Rusia no ha tenido mas que un solo traidor, y que está ya castigado.» Dirigiéndose entonces á los desastrados que habia al lado suyo, los llamó hijos de la Rusia, y les ordenó purgar sus faltas sirviendo á su patria. Finalmente, se salió el último de aquella desventurada ciudad, y se incorporó con el ejército ruso.

No perteneció ya desde entonces la gran Moscou á los Rusos ni Franceses, si no á aquella impura turba, cuyo furor se dirigia por varios oficiales y soldados de policía. Arregláronla; señalaron á cada uno su puesto, y los dispersaron para que el saqueo, devastacion é incendio, se manifestasen á un tiempo en todas partes.

CAPITULO IV.

Persuadido finalmente Napoleon en aquel dia mismo (el 14 de septiembre), de que Kutosof no se habia echado hácia su flanco derecho, se incorporó con su vanguardia. Subió á caballo á unas leguas de Moscou: marchaba lentamente con cautela, mandando rodear por delante de sí los montes y quebradas, y avanzarse á las cimas de todas las eminencias para descubrir al ejército enemigo. Se contaba con una batalla, el terreno era acomodado para ella; diversas obras se hallaban bosquejadas, pero todo estaba abandonado, y no se experimentaba la menor resistencia.

Queda por pasar finalmente la postrema eminencia, la cual está tocando con Moscou y domina esta ciudad; es el

Monte de la Salvacion. Llámala así á causa de que desde su cumbre y al aspecto de la Ciudad Santa, se persignan y postran los habitantes. Nuestros descubridores la coronaron bien presto. Eran las dos; el sol hacia relucir con mil colores aquella populosa ciudad. Pasados de asombro con este espectáculo, se detienen y claman: «¡Moscou! ¡Moscou!» Todos apresuran la marcha entonces, acuden desordenados, y palmeando el ejército entero, repite con enagenamiento: «¡Moscou! ¡Moscou!» como los navegantes gritan: «¡Tierra!» al cabo de un dilatado y trabajoso derrotero.

A la vista de aquella dorada ciudad, de aquel reluciente nudo de la Asia y Europa, de aquel punto de reunion en que se juntaban el lujo, estilos y artes, de las dos mas hermosas partes del mundo, nos detuvimos poseidos de una orgullosa contemplacion. ¡Qué dia de gloria habia llegado! Como iba á ser el mayor y mas sobresaliente recuerdo de

nuestra vida entera. Conociamos que nuestras acciones debian llamar en aquel momento la atencion del orbe absorto, y que seria histórico el menor movimiento nuestro.

Sobre aquel inmenso y magestuoso teatro, creíamos marchar circundados de las aclamaciones de todos los pueblos; y ufanos de hacer á la edad reconocida nuestra, superior á todas las demas, la veíamos ya grande con nuestra grandeza, y coronada de nuestra propia gloria.

A nuestro regreso, tan deseado ya, ¡con qué consideracion casi respectuosa! ¡con qué entusiasmo íbamos á ser recibidos en medio de nuestras mugeres y compatriotas, y aun de nuestros padres! ¡Seríamos lo restante de nuestra vida ¡con qué criaturas particulares, que ellos no verian mas que con asombro, ni escucharian mas que con una admirable curiosidad! Acudirian al tránsito nuestro y recogerian nuestros mas leves dichos. Esta milagrosa conquista nos ro-

deaba de una aureola de gloria , y se creia respirar en lo sucesivo alrededor de nosotros un aire de portento y maravilla.

Y cuando estos pensamientos soberbios cedian su puesto á otros mas moderados afectos , nos deciamos interiormente que aquel era el término prometido á nuestras empresas ; que por último íbamos á detenernos, supuesto que ya no podiamos sobrepujarnos á nosotros mismos, despues de una expedicion noble y digna émula de la de Egipto, y afortunada rival de todas las famosas y gloriosas guerras de la antigüedad.

En aquel momento , peligros , penas, todo se olvidó. Podia comprar uno carísima la soberbia y felicidad de poder decir toda su vida : «Yo era del ejército de Moscou.»

¡Pues bien, compañeros míos, aun hoy dia en medio de nuestra humillacion, y aunque ella trae su fecha de aquella adversa ciudad , no es suficientemente

poderoso este pensamiento de un noble orgullo, para consolarnos todavía y volver á levantar arrogantemente nuestras cabezas abatidas con la desgracia!

Napoleon mismo habia acudido. Se paró enagenado, soltándosele una exclamacion de felicidad. Descontentos los mariscales desde la batalla grande, se habian alejado del lado suyo , pero á la vista de Moscou prisionero, y á la noticia de la llegada de un parlamentario, se quedaron absortos con tan peregrino resultado, y desvanecidos con todo el entusiasmo de la gloria olvidaron sus agravios. Vímoslos á todos ellos estrechase al lado del emperador, rindiendo homenaje á su fortuna, y tentados ya de atribuir á la prevision de su ingenio la escasa molestia que se habia tomado el 7 para completar su victoria.

Pero en Napoleon eran breves los primeros impulsos. Tenia mucho en que pensar para entregarse á sus impresiones por largo tiempo. El primer grito suyo

habia sido : « ¡Étela aquí, pues, por último esta famosa ciudad! » Y el segundo : « ¡Era ya tiempo! »

Clavados ya sus ojos en aquella capital, no estaban expresando mas que la impaciencia, y creia ver todo el imperio ruso en ella. Aquellos muros encerraban toda su esperanza, la paz, los dispendios de la guerra, una inmortal gloria : por lo mismo sus ansiosas miradas se cebaban en todas las salidas de ella. ¿ Cuando se abrirán pues sus puertas ? ¿ cuando se verá salir por ellas aquella diputacion que le someterá sus tesoros, su poblacion, su senado y su principal nobleza ? En cuyo caso, terminada felizmente y á pura audacia aquella empresa, en que él se habia empeñado tan temerariamente, será el fruto de una profunda combinacion, y su imprudencia sera grandeza; en cuyo caso su tan incompleta victoria del Moskwa, será su mas admirable hazaña. Así, cuanto podia contribuir á su ruina, se conver-

tiria en gloria; aquel dia iba á comenzar á decidir si él era el mayor hombre del mundo, ó el mas temerario : últimamente, si se habia levantado un altar, ó abierto un sepulcro.

Sin embargo, comenzaba á poseerle la inquietud. Veia ya á su izquierda y derecha que el principe Eugenio y Poniatowsky, pasaban mas allá de la ciudad enemiga; por delante de sí, Murat en medio de sus descubridores, llegaba á la entrada de los arrabales, y sin embargo no se presentaba diputacion ninguna : únicamente un oficial de Miloradowitch, habia venido á declarar que este general pondria fuego á la ciudad si no daban á su retaguardia el suficiente lugar para evacuarla.

Napoleon lo acordó todo. Las primeras tropas de uno y otro ejército, se mezclaron por algunos instantes. Los cosacos reconocieron á Murat; siendo familiares como errantes, y expresivos como meridionales, se apretaron al lado de él, y

despues por medio de sus ademanes y exclamaciones, exaltaron su valentía y le desvanecieron con sus admiraciones. El rey tomó los relojes de sus oficiales y los distribuyó entre aquellos guerreros todavía bárbaros. Uno de ellos le dió el nombre de *hetman* suyo.

Tuvo Murat instantáneas tentaciones de creer que hallaria en aquellos oficiales á un nuevo Mazeppa, ó que él mismo lo sería: pensó haberlos ganado. Aquel momento de armisticio en semejantes circunstancias, alimentó la esperanza de Napoleon: ¡tan necesario le era el formarse ilusiones! Esto le distrajo por espacio de dos horas.

Sin embargo, pásase el dia y Moscou permanece triste, silenciosa y como inanimada. Toma incremento la ansiedad del emperador, y la impaciencia de la tropa se hace mas difícil de contener. Algunos oficiales han penetrado ya en el recinto de la ciudad. «¡Moscou está desierta!»

Napoleon á esta noticia que desecha irritado, se baja del monte de la Salutación, y se acerca al Moskwa y á la puerta de Dorogomilow. Detiéndose todavía á la entrada de esta puerta, pero en balde. Le apura Murat, al cual responde: «Pues bien, entre vmd., ya que lo quieren!» Recomienda la mayor disciplina y se queda esperando todavía. «Estos habitantes no saben quizás ni aun entregarse porque todo es aquí nuevo, ellos para nosotros y nosotros para ellos.»

Pero se suceden entonces los informes y todos concuerdan entre sí. Varios Franceses establecidos en Moscou, se aventuran á salir del asilo que los liberta algunos dias hace del furor popular, y confirman la adversa noticia. El emperador llama á Daru, y exclama: «¡Moscou desierta! ¡Cuan inverosímil suceso! es preciso penetrar en ella. ¡Vaya vmd. á llamar los boyardos!» Discurre que aquellos hombres tiesos por soberbia, ó yertos de pavor, permanecen inmóviles

en sus hogares, y Napoleon á quien se habian adelantado las sumisiones de los vencidos siempre hasta entonces, estimula la confianza de los boyardos, y se anticipa á su ruegos.

¿Como persuadirse efectivamente de que tantos sumptuosos palacios, sobresalientes templos, y ricos comercios, estaban abandonados por sus poseedores, al modo de aquellas humildes aldeas que acababa de atravesar? Sin embargo, acaba de desengañarse Daru. No se presenta Moscovita ninguno; ningun humo se eleva del menor hogar, ni se oye salir el mas leve ruido de aquella inmensa y populosa ciudad; parecen sus trescientos mil moradores estan tocados de un inmóvil y mudo encanto: ¡es el silencio del desierto!

Pero era tanta la perseverancia de Napoleon, que se obstinó y esperó todavía. Resuelto últimamente un oficial á agradar, ó persuadido de que debia cumplirse cuanto el emperador queria,

entró en la ciudad, se apoderó de cinco ó seis vagamundos, hizolos marchar por delante de su caballo hasta la presencia del emperador, y se imaginó haber traído una diputacion. Desde la primera respuesta de aquellos infelices, vió Napoleon que no tenia delante de sí mas que á unos desdichados jornaleros.

Solamente entonces, no dudó ya de la completa evacuacion de Moscou, y perdió cuantas esperanzas habia fundado en ella. Mostró tener lástima, y con aquel aire de menosprecio, por cuyo medio aterraba á cuantos se oponian á su deseos, exclamó: « ¡Ah! ¡no saben los Rusos todavía las resultas que la toma de su capital les acarreará!»

CAPITULO V.

Hacia una hora ya que Murat y la columna larga, y apretada de su caballería invadían Moscov, y se internaban en aquel cuerpo agigantado, intacto todavía pero inanimado. Pasmados de asombro á la vista de aquella extremada soledad, correspondían á la magestuosa taciturnidad de aquella nueva Tebas con un silencio igualmente solemne. Aquellos guerreros escuchaban con un interior estremecimiento, que únicamente las pisadas de sus caballos resonaban en medio de aquellos desiertos palacios, y extrañaban oír esto solo en el corazón de una tan populosa ciudad. Ninguno pensaba en detenerse ni saquear, sea prudencia, sea que las grandes naciones cultas se respetan á sí mismas en las capitales ene-

migas, á la vista de aquellos centros mayores de civilización.

En medio de su silencio, observaban aquella soberbia ciudad, tan notable ya si la hubieran encontrado en un pais rico y populoso, pero mucho mas asombrosa en aquellos desiertos. Era como una rica y sobresaliente Oasis. Les habia hecho eco al principio, el repentino aspecto de tantos palacios magníficos. Pero reparaban que estaban entremezclados de chozas: espectáculo que anunciaba el defecto de graduación entre las clases, y que el lujo no habia dimanado allí, como en las demas partes, de la industria, sino que era anterior á ella, mientras que en el orden natural no debia ser mas que una consecuencia suya mas ó ménos necesaria.

Reinaba allí mas especialmente la desigualdad; aquella desgracia de toda sociedad humana que produce la soberbia de los unos, el envilecimiento de los otros, y la corrupcion de todos. Y sin embargo un tan generoso abandono pro-

baba que semejante lujo excesivo, pero enteramente postizo todavía, no había afe-minado á aquellos magnates.

Avanzaban en esta forma agitados de sorpresa unas veces, de lástima y otras y de un noble entusiasmo las mas de ellas. Muchos citaban los recuerdos de las famosas conquistas que la historia nos transmitió; pero era ensoberbecerse, y no para prever, porque se miraban como muy altos y exentos de toda comparacion: habían dejado muy atras de sí á todos los conquistadores de la antigüedad. Estaban exaltados con lo que hay de mejor despues de la virtud, con la gloria. Venia despues la melancolía, sea extenuacion, consecuencia de tantas impresiones, sea efecto de una soledad producida por una desmesurada elevacion, ó de la region aerea en que errábamos sobre aquella cima, desde donde descubriamos la inmensidad, lo infinito en que nuestra fragilidad se extraviaba, porque cuanto mas uno se eleva, tanto mayor es el ho-

rizonte, y tanto mas echa de ver la nada suya.

De repente en medio de estos pensamientos que una lenta marcha favorecia, resuenan algunos fusilazos: la columna se detiene; su postreros caballos cubren todavía la campiña; su centro va pasando ya una de las mas largas calles de la ciudad, y su frente está tocando con el Kremlin. Parece que se hallan cerradas las puertas de esta fortaleza. Se oye salir una feroz gritería del recinto suyo; algunos hombres y mugeres de desagradable y atroz figura, se muestran enteramente armados en sus muros. Se desahogan con un indecente alborozo y horrendas execraciones. Manda Murat que se les hable con palabras de paz; las cuales fueron en balde, y hubo necesidad de echar abajo las puertas á cañonazos. ®

Se penetró medio de grado, medio por fuerza, hasta el sitio de aquellos desastrados. Uno de ellos se abalanzó sobre

el rey, é intentó matar á un oficial suyo. Creyóse haber hecho lo suficiente con desarmarle, pero se arrojó de nuevo sobre su víctima, rodóla por tierra tratando de ahogarla, y como se sintió coger de los brazos, quiso todavía, despedazarla con sus dientes. Aquellos eran los únicos Moscovitas que nos habian aguardado, y que parecia que nos los habian dejado como una bárbara y salvaje prenda del ódio nacional.

Sin embargo, se echó de ver que aun esta rabia patriótica carecia de union. Quinientos reclutas, olvidados en la plaza de Kremlin, vieron este suceso sin comoverse, y se dispersaron á la primera intimacion. Mas adelante, se alcanzó á un convoy de víveres, cuya escolta arrojó las armas inmediatamente. Diversos millares de rezagados y desertores enemigos permanecieron voluntariamente en poder de la vanguardia. Dejó esta al cuerpo que la seguia el cuidado de recogerlos, este á otro y así consecutivamente; de modo

que quedaron libres en medio de nosotros, hasta que habiéndoles indicado el incendio y saqueo, su obligacion, y reuniéndolos á todos en un mismo ódio, se marcharon á incorporarse con Kutusof.

Murat, que el Kremlin no habia detenido mas que unos momentos, dispersó á aquella multitud que despreciaba. Activo, é infatigable como en Italia y Egipto, despues de andadas novecientas léguas y dadas sesenta batallas para llegar á Moscou, atravesó aquella soberbia ciudad sin dignarse parar en ella, y tomó arrogantemente y sin vacilar el camino de Voladimiro y Asia.

Se retiraban en aquella direccion muchos miles de cosacos con cuatro piezas de artillería. Fatigado Murat con aquella paz de un medio dia, mandó al punto que la rompiesen á carabinazos. Pero nuestros soldados de á caballo tenian por finalizada la guerra, pareciales que era Moscou el término de ella, y los puestos

avanzados de ámbos imperios repugnaban renovar las hostilidades. Habiéndose pasado una segunda orden, se correspondió á ella con igual hesitación. Indignado últimamente Murat, mandó por sí mismo, y aquellos fuegos, con que parecia que amenazaba á la Asia, pero que no debían suspenderse hasta las orillas del Sena, comenzaron nuevamente.

CAPITULO VI.

No entró Napoleon hasta la noche en Moscou, y se detuvo en unas de las primeras casas del arrabal de Dorogomilow. Nombró allí por gobernador de aquella capital al mariscal Mortier, diciéndole: « Con especialidad, ningun saqueo! Me es vmd. responsable de ello con su cabeza, y defienda á Moscou contra todos.»

Fué triste aquella noche; se seguían diversos informes siniestros. Viniéron algunos Franceses, domiciliados en aquel pais, y aun un dependiente de policia para denunciar el incendio. El último enteró sobre todas las particularidades de su preparativos. Conmovido el emperador, buscó en balde algun reposo. Estaba llamando á cada instante, y mandaba que le repitiéran aquella infausta noticia. Se en-

tercaba todavía sin embargo en su incredulidad, cuando supo, hácia las dos de la noche, que se manifestaba el fuego.

Era en el palacio del Mercado, centro de la ciudad, y su mas rico barrio. Napoleon dió al punto varias órdenes, y las multiplicó. Habiendo amanecido, fué él mismo allá, y amenazó á la guardia joven y á Mortier. Enseñóle este mariscal diferentes casas cubiertas de hierro, que estaban enteramente cerradas, intactas todavía, y sin la mas leve fractura; y no obstante esto, ya estaban humeando. Volvióse muy pensativo Napoleon al Kremlin.

A la vista de aquel palacio, juntamente antiguo y moderno de los Romanofes y Rurikes, de su trono todavía en pie, de aquella cruz del Gran-Ywan, y de la mas bella parte sobre que el Kremlin domina, y que que las llamas, reducidas todavía al mercado, parece quieren respetar, renace en el corazon del emperador su primera esperanza. Esta conquista tiene lisongeada su ambicion, y le

oyen exclamar: «Estoy pues al cabo en Moscou, en el antiguo palacio de los zares! en el Kremlin!» y examina todas las particularidades con una curiosa y satisfecha soberbia.

Sin embargo, manda que le den razon de los recursos que la ciudad presenta, y absolutamente entregado á la esperanza en aquel breve momento, escribe palabras pacíficas al emperador Alejandro. Acababan de hallar en el hospital mayor á un oficial superior enemigo, al cual se dió el encargo de este pliego. Le acabó Napoleon, y partió tambien el Ruso al siniestro resplandor de las llamas del mercado. Este hubo de llevar la nueva de este desastre á su príncipe, que dió semejante incendio por única respuesta suya.

El dia favoreció los esfuerzos del duque de Treviso, que consiguió apagar fuego. Los incendiarios se mantuvieron ocultos. Se dudaba sobre la existencia de ellos. Finalmente, habiéndose dado severas órdenes, restablecido el orden, y

suspendido la inquietud, todos se fuéron á apoderarse de una casa cómoda ó de un suntuoso palacio, pensando encontrar en ellos un bienestar comprado con tan largas y excesivas privaciones.

Se habian establecido dos oficiales en una de las habitaciones del Kremlin. Podia desde allí abrazar la vista el norte y poniente. Una extraordinaria claridad los despertó hácia la media noche. Miran, y ven que las llamas ocupan ya diversos palacios, cuya elegante y noble arquitectura iluminan al principio, y hacen desplomarse bien pronto. Advierten que el viento del norte echa directamente aquellas llamas hácia el Kremlin, y los pone inquietos aquel recinto, en que reposaban lo selecto del egército y su gefe. Dánles temores tambien todas las casas circunvecinas, en que nuestros soldados, criados y caballos, fatigados y hartos, estan sepultados sin duda en un profundo sueño. Algunas pavesas encendidas y abrasados destrozos, volaban ya sobre

los tejados del Kremlin, cuando volviéndose el viento del norte hácia el poniente, les dió otra nueva direccion.

Aquietado entónces uno de aquellos oficiales sobre su cuerpo de egército, volvió á dormirse exclamando: « Esto les toca á los demas y no á nosotros. » Porque era tanta la incuria que resultaba de aquella multiplicidad de sucesos y desgracias en que uno estaba como estragado, y tanto el egoismo originado de las fatigas y penas, que todo ello no dejaba á cada uno mas que la medida de fuerzas é ideas indispensables para su servicio y personal conservacion.

Sin embargo, despiértanlos otra vez vivos y nuevos resplandores; ven que otras llamas se elevan precisamente en la nueva direccion, que el viento del norte acababa de tomar hácia al Kremlin; y maldicen la imprudencia é indisciplina francesa, acusándola de este desastre. Pero se muda por tres veces así el viento del norte al poniente; y por otras tres aquellos fue-

gos adversos, vengadores, tenaces, y como encarnizados contra el cuartel imperial, se manifestan activos en coger aquella nueva direccion.

A esta vista, se apodera de sus ánimos una sospecha mayor. ¿Habrian concebido los Moscovitas, instruidos de nuestra temeraria y negligente indolencia, la esperanza de abrasar con Moscou á nuestros soldados embriagados, fatigados, y soñolientos; ó mas bien se han atrevido á creer que envolverian en esta catástrofe á Napoleon; que la pérdida de este hombre equivalia ciertamente á la de capital; que era un resultado suficientemente grande para sacrificarle Moscou toda entera; que quizás el cielo, para acordarles una tan grande victoria, queria un tan grande sacrificio; y que últimamente habia necesidad de una tan inmensa pira para un tan inmenso coloso?

Se ignora si ellos tuviéron este pensamiento; pero fué necesaria la estrella del emperador para que no se realizase. En

efecto, no solamente el Kremlin encerraba, sin noticia nuestra, un almacen de pólvora, sino que tambien dormidas y colocadas negligentemente las guardias, en aquella misma noche habian dejado que todo un parque de artillería entrase y se estableciese bajo las ventanas de Napoleon.

Era el momento en que aquellas voraces llamas se despedian de todas partes, y con la mayor violencia, hácia el Kremlin; porque atraído sin duda el viento por aquella suma combustion, tomaba mayor impetuosidad por instantes. La flor del ejército y el emperador estaban perdidos, si una sola pavesa de las que volaban sobre nuestras cabezas se hubiera puesto sobre un solo cajon: por lo que la suerte del ejército entero dependió, durante muchas horas, de cada una de aquellas chispas que atravesaban los aires.

Últimamente el dia, un dia opaco pareció, y vino á aumentar aquel grande

horror, á obscurecerle y quitarle su resplandor. Muchos oficiales se refugiaron en las salas del palacio; en donde llegaron á caer tambien de extenuacion y desesperacion, los gefes y Mortier mismo, vencidos por el incendio contra el cual luchaban treinta y seis horas hacia.

Callaban ellos, y nosotros nos acusábamos. Les parecía á los mas que la indisciplina y embriaguez de nuestros soldados habian comenzado aquel desastre, y que el tumulto le acababa. Nos mirábamos con una especie de repugnancia á nosotros mismos. El grito de horror que la Europa iba á dar nos atemorizaba. Nos abocábamos cabizbajos, y consternados con tan horrenda catástrofe: la cual manchaba nuestra gloria, nos arrancaba el fruto de ella, y amenazaba á nuestra presente y futura existencia; no éramos ya mas que un ejército de delincuentes de quienes el cielo y el mundo civilizado debian hacer justicia. No se salía de aquel piélago de pensamientos y furiosos arre-

batos que se experimentaban contra los incendiarios, mas que por medio de la ansiosa pesquisa de las noticias, las cuales todas comenzaban á imputar este desastre á los Rusos solos.

En efecto, diferentes oficiales llegaban de todas partes y todos iban acordes. Desde la primera noche, la del 14 al 15, un globo inflamado habia descendido sobre el palacio del príncipe Troubetskoi, y devorádole; lo cual servia de señal. Habian puesto fuego inmediatamente á la Lonja; vióse que diversos soldados de la policía rusa le atizaban con lanzas embreadas. En otra parte acababan de reventar diferentes bombas colocadas en las estufas de muchas casas; y habian herido á los militares que se estrechaban alrededor de ellas. Retirándose estos entónces á algunos barrios todavía en pie, habian ido á escoger otros refugios; pero estando ya para entrar en aquellas casas enteramente cerradas y desocupadas, habian oido salir una débil explosion de ellas; la que se

habia seguido de un humo ligero que se volvió espeso y negro inmediatamente. rojizo despues, color de fuego por último, y el edificio entero se habia hundido bien pronto en un piélagó de llamas.

Todos habian visto que unos hombres muy malcarados, andrajosos, y algunas mugeres furiosas, andaban errantes entre aquellas llamas, y completaban una espantosa imágen del infierno. Embriagados estos desastrados y ufanos con el acierto de su maldades, no se dignaban ya ocultarse; recorrían triunfalmente aquellas abrasadas calles; los sorprendían armados de teas, y encarnizados en propagar el fuego; y para hacérselas soltar, era preciso echarles á tierra las manos á sablazos. Se decia que los gefes rusos habian desencadenado á aquellos bandidos para quemar Moscou; y que, en efecto, una tan grande y estremada resolucion solo habia podido tomarse por el patriotismo, y ejecutarse por el delito.

Dióse inmediatamente la orden de juzgar y pasar por las armas en el sitio á los incendiarios. El egército estaba en pie: la guardia antigua, que toda entera ocupaba una parte del Kremlin, habia tomado las armas; los patios estaban llenos de bagages, y caballos enteramente cargados; nos hallábamós abatidos con el asombro, cansancio, y desesperacion de ver la ruina de tan rico acantonamiento. Teniendo Moscou en poder nuestro, nos era pues preciso ir á pasar al sereno y en ayunas la noche en las puertas de la ciudad!

Miéntras que nuestros soldados luchaban todavía contra el incendio, y que el egército se disputaba aquella presa con el fuego, Napoleon cuyo sueño nadie habia osado turbar durante la noche, se despertó á la duplicada claridad del dia y las llamas. Irritóse en su primer impulso, y quiso dominar sobre este elemento; pero cedió prontamente, y detuvo sus pasos la presencia de la imposibilidad. Pasmado, cuando habia descargado

sus golpes sobre el corazón de un imperio, de hallar en él afectos diferentes de los de la sumisión y terror, se reconoció vencido y sobrepujado en resolución.

Aquella conquista, para la cual lo ha sacrificado todo, es como un fantasma que por sí mismo ha perseguido y creído coger; pero que ve que se desvanece por los aires en remolinos de humo y llamas. Le posee entonces, una extremada agitación, y uno le creeria devorado por los fuegos que le circundan. Por instantes se levanta, anda, y vuelve á sentarse atropelladamente. Recorre con veloz paso sus habitaciones; sus breves y vehementes ademanes descubren una cruel turbación; deja, vuelve á tomar, y otra vez deja una ocupación urgente, para asomarse á sus balcones y contemplar los progresos del incendio. Se le sueltan repentinas y breves exclamaciones á su oprimido pecho. ¡Que horrendo espectáculo! ¡Ellos mismos son! ¡Tanto esplendor! ¡Que singular resolución! ¡Que hombres! ¡Son unos Escitas!

Mediaba entre él y el incendio un terreno vasto, además del Moskwa y sus dos muelles, y sin embargo las vidrieras de los balcones en que él se apoyaba, estaban abrasadas ya, y el continuo trabajo de los barrenderos colocados en los tejados de hierro del palacio, no bastaba para apartar las numerosas pavesas encendidas que allí caían.

Corre en aquel instante la voz de que está minado el Kremlin: así lo han dicho varios Rusos y lo testifican diferentes escritos; algunos criados pierden con ello la cabeza de pavor, los militares esperan impasibles lo que la orden imperial y su destino decidirán; y el emperador responde únicamente á tanto sobresalto con la sonrisa de la incredulidad.

Pero Napoleón anda convulsivamente todavía, se para en todos los balcones, y mira que el formidable elemento devora con furia su sobresaliente conquista, se apodera de todos los puentes, de todos los pasadizos de su fortaleza, en la cual

le cerca y tiene como sitiado á el mismo, invade á cada instante los edificios circunvecinos, y estrechándole mas y mas, le reduce ultimamente al único recinto del Kremlin.

No respirábamos ya mas que humo y cenizas. Iba á anoecer, y la noche aumentaria con sus tinieblas nuestros peligros; el viento de equinoccio, de acuerdo con los Rusos, duplicaba su violencia. Vióse que acudieron entonces el rey de Nápoles y el príncipe Eugenio, los cuales unidos con el príncipe de Neufchatel, penetraron hasta la presencia del emperador y con sus ruegos, ademanes y arrodillados, le apuraron y quisieron arrancarle de aquella mansion de desconuelo. Todo ello fue en balde.

Dueño últimamente Napoleón del palacio de los Zares, se obstinaba en no ceder aquella conquista, ni aun al incendio mismo, cuando el repentino grito de, « ¡el fuego está en el Kremlin! » va pasando de boca en boca, y nos arranca

del contemplativo estupor que nos tenia poseidos. Sale Napoleón para juzgar del peligro. Por dos veces acababa de ponerse y apagarse el fuego en la fábrica en que el se hallaba, pero estaba ardiendo todavía la torre del arsenal. Acaban de hallar á un soldado de la policia. Tráenle, y manda Napoleon que le interrogen en su presencia. Este Ruso es el incendiario; el cual ha egecutado su consigna á la señal dada por su gefe. Todo está pues condenado á la destruccion sin exceptuar el antiguo y sagrado Kremlin.

El emperador hizo un ademan de menosprecio y mal humor; se llevaron á aquel desdichado hácia el primer patio, en donde los enfurecidos granaderos le hicieron expirar á la violencia de sus bayonetas.

CAPITULO VII.

Este lance habia resuelto á Napoleon, el cual bajó velozmente aquella escalera del norte, famosa por la matanza de los Strelitzes, y mandó que le condujeran fuera de la ciudad á una legua por el camino de Petersburgo, hácia el palacio imperial de Petrowsky.

Pero nos tenia sitiados un océano de llamas, que bloqueaban todas las puertas de la fortaleza, y rechazaron las primeras salidas que se tentaron. Despues de varias diligencias se descubrió por medio de las rocas, una poterna que caia al Moskwa, por cuyo estrecho paso lograron escaparse del Kremlin el emperador, sus oficiales y guardia. Pero ¿que habian ganado con esta salida? Mas inmediatos al incendio, no podian retroceder ni quedarse; y ¿como adelantarse,

como abalanzarse, por medio de las olas de aquel abrasado mar? Ensoberdecidos con el alboroto ó cegados con las cenizas, los que habian recorrido la ciudad no podian reconocerse ya, supuesto que las calles desaparecian en el humo y bajo los escombros.

Era menester sin embargo darse priesa, porque á cada instante era mayor el bramido de las llamas alrededor nuestro. Únicamente una calle angosta, tortuosa, y hecha un volcan, se presentaba mas bien como la entrada que como la salida de aquel infierno. Se arrojó el emperador á pie y sin vacilar á aquel peligroso paso, se adelantó por medio del chisporroteo de aquellos hornos, al son del crujido de las bóvedas, de la caída de las encendidas vigas, y de los tejados ardientes de hierro que se desplomaban al lado suyo. Aquellos destrozos le embarazaban el paso, elevándose las llamas sobre el remate de los edificios que devoraban con un impetuoso zumbido, y entre las cuales marchaba Napoleon, se dobleguea-

ban entonces con al viento, y se encorbaban sobre nuestras cabezas. ¡Ibamos andando sobre un suelo de fuego, bajo un cielo de fuego, y entre dos paredes de fuego! Un penetrante calor abrasaba nuestros ojos, que era preciso sin embargo tener abiertos y clavados en el peligro; un aire voraz, cenizas relucientes y desprendidas llamas, abrasaban nuestra respiracion, corta, seca, que jadeaba y estaba sufocada ya con el humo. Nuestras manos ardian tratando de preservar nuestro rostro de un calor insoportable, y rechazando las pavesas encendidas que cubrian y penetraban nuestra ropa por instantes.

En este indecible apuro, y cuando parecia que una rápida carrera era el único arbitrio de salud, se paró nuestro incierto y turbado conductor. Allí se hubiera terminado quizás nuestra aventurada vida, si algunos pillos del primer cuerpo no hubieran reconocido al emperador en medio de aquellos remolinos

de llamas, los cuales acudieron y le guiaron hácia los escombros humeantes de un barrio reducido á cenizas desde la mañana.

Encontrámos entonces al príncipe de Eckmühl: este mariscal herido en el Moskwa, se hacia llevar por medio de las llamas para arrancar de ellas á Napoleon ó perecer con él en las mismas. Echóse con enagenamiento en sus brazos; el emperador le hizo buena acogida, pero con aquel sosiego que no le abandonaba nunca en el peligro.

Para escaparse de esta vasta region de males, fue necesario todavía que tomase la delantera á un largo convoy de pólvora que desfilaba por enmedio de aquellos fuegos. No fue el menor peligro suyo pero sí el último, y se llegó de noche á Petrowsky.

En la mañana del siguiente dia (el 17 de setiembre) dirigió Napoleon sus primeras miradas hácia Moscou, esperando ver calmarse el incendio. Volvió á

verle en toda su voracidad; parecióle que toda aquella ciudad era una inmensa manga de fuego que se elevaba remolinándose hasta el cielo y le coloreaba fuertemente. Embebido en esta adversa contemplacion, solo salió de un profundo y largo silencio para exclamar: « ¡Esto nos vaticina desgracias mayores! »

El esfuerzo que acababa de hacer para llegar á Moscou habia agotado todos sus medios belicosos. Moscou habia sido el término de sus planes, el blanco de todas sus esperanzas, y Moscou se desvanecia: ¿qué partido abrazará? Este tan decisivo ingenio se vió precisado á vacilar entonces mas especialmente. Él, á quien se vió mandar en el año de 1805, el repentino y total abandono de un desembarco preparado con tan sumos dispendios, y resolver desde Boloña la sorpresa y destruccion del egército austriaco: últimamente todas las marchas de la campaña de Ulma hasta Munich, tales como fueron egecutadas; aquel mismo hombre

que al cabo de un año, dictó en Paris con la misma infalibilidad, todos los movimientos de su egército, hasta Berlin, el día fijo de su entrada en aquella capital y el nombramiento del gobernador que le destinaba, asombrado sucesivamente permanece incierto. No comunicó jamas sus mas audaces proyectos á los ministros, sino por medio de la orden para egecutarlos; y étele aquí obligado á consultar y probar las fuerzas morales y físicas de los que le rodean.

Sin embargo, conservando los mismos estilos, declara pues que va á marchar contra Petersburgo. Se halla trazada ya esta conquista en sus mapas, tan proféticos hasta entonces; y aun se ha dado orden á los diferentes cuerpos para que esten prontos, pero su decision es únicamente aparente; es como una mejor planta que trata de darse á sí mismo, ó una distraccion al dolor de ver la pérdida de Moscou: por lo mismo Berthier y Bessieres mas especialmente, le convencieron

bien presto de que el tiempo, las vituallas y los caminos, todo le faltaba para una tan grande egecucion.

Sabe Napoleon en aquel momento, que Kutusof, despues de haber huido hácia el oriente, se ha vuelto de repente hácia el mediodia, y colocádose entre Moscou y Kalougha. Es un motivo mas contra la expedicion de Petersburgo; habia tres razones para marchar contra aquel derrotado egército, á fin de exterminarle, á fin de preservar su flanco derecho y línea de operaciones; á fin de apoderarse de Kolougha y Toula, el granero y arsenal de la Rusia; y finalmente, á fin de abrirse una retirada segura, corta, nueva y vírgen hácia Smolensko y la Lithuania.

Alguno propuso volver contra Wittgenstein y Viteps. Napoleon permaneció irresoluto entre todos estos proyectos: unicamente el de la conquista de Petersburgo le lisonjeó: los demas no le parecian mas que medios de retirada ó decla-

raciones de error; y sea arrogancia, sea política que no quiere engañarse, los desechó el emperador.

Por otra parte, ¿en donde se detendria en una retirada? Contó tanto con una paz de Moscou, que no tenia dispuestos cuarteles de invierno en Lithuania. Kalougha no le tentó. ¿A qué fin destruir todavía nuevas provincias? Vale mas amenazarlas y dejar á los Rusos algo por perder para resolverlos á una paz conservativa. ¿Le es posible marchar á otra batalla, á nuevas conquistas, sin descubrir una línea de operaciones enteramente sembrada de enfermos, rezagados, heridos, y convoyes de toda especie? Moscou es el punto de reunion general, ¿como mudarle? ¿Qué otro nombre atraeria?

Ultimamente, y sobre todo ¿como abandonar una esperanza á la cual ha hecho tantos sacrificios, cuando sabe que su carta á Alejandro acaba de atravesar los puestos avanzadas rusos; cuando bastan ocho dias para recibir una tan deseada

respuesta, y cuando este tiempo es necesario para juntar y rehacer su ejército, para recoger las reliquias de Moscou, cuyo saqueo se ha justificado demasiado con el incendio, y para arrancar de aquel gran botin á sus soldados ?

Sin embargo, apenas existe ya el tercio de aquel ejército y capital: pero él y el Kremlin han quedado en pie; está íntegra todavía su fama; el emperador se persuade que reunidos ámbos nombres Napoleon y Moscou, bastarán para acabarlo todo: se resuelve pues á volverse al Kremlin, que un batallon de su guardia ha preservado por desgracia.

CAPITULO VIII.

Los acampamentos que Napoleon atravesó para llegar al Kremlin, presentaban un singular aspecto. Eran en medio de la campiña, en un cieno espeso y frio, unas vastas hogueras alimentadas con muebles de caoba, con ventanas y puertas doradas. Alrededor de estas hogueras y sobre una húmeda pajaza que algunas tablas abrigaban malamente, se veian sus soldados y oficiales, todos embarrados y ennegrecidos con el humo, sentados en sillones ó echados sobre canapés de seda. A su pies estaban tendidos ó amontonados los chales de cachemira, las mas raras pieles de la Siberia, telas de oro de la Persia, y platos de plata en los cuales no tenian nada que comer mas que una masa negra, cocida en la ceniza, y carnes de caballo medio asadas y chorreando

sangre. ¡Peregrina reunion de la abundancia y escasez, de la riqueza y pobreza, del lujo y miseria!

Entre los acampamentos y la ciudad, se encontraban diversos enjambres de soldados que llevaban consigo su botín, ó hacian marchar por delante de sí como unas acémilas á varios mugicos encorvados con el peso del saqueo de su capital; porque el incendio descubrió cerca de veinte mil moradores, que no se habian reconocido hasta entonces en aquella inmensa ciudad. Algunos de estos Moscovitas, tanto hombres como mugeres, se presentaban decentemente vestidos; eran mercaderes. Los vieron llegar á refugiarse, con las reliquias de sus bienes al lado de nuestras hogueras. Vivieron allí mezclados con nuestros soldados, protegidos de los unos, y tolerados ó apenas notados de los otros.

Lo mismo sucedió con unos diez mil soldados enemigos, los cuales por espacio de muchos dias, erraron libres, y aun

algunos armados en medio de nosotros. Nuestros soldados se encontraban con estos vencidos sin encono ninguno ni pensar en hacerlos prisioneros, sea que tuvieren por finalizada la guerra, sea indolencia ó compasion, y que el Frances fuera del combate se complace en no tener ya enemigos. Los permitian participar de sus lumbres, y lo que es mucho mas, los toleraron como compañeros de saqueo. Cuando fue menor el desorden, ó por mejor decir cuando los gefes hubieron arreglado esta pecorea como un forrage regular, se notó entonces este sin número de rezagados rusos. Dióse orden para echarles la mano, pero se habian escapado ya siete á ocho mil de ellos. Tuvimos que pelear bien pronto contra semejantes advenedizos.

Al entrar á la ciudad, atrajo un espectáculo todavia mas extraño la atencion del emperador, el cual no volvia á hallar en la antigua Moscon sino algunas casas esparcidas que permanecian levan-

tadas en medio de las ruinas. El olor que aquel abafido, quemado y calcinado coloso exhalaba, era incómodo. Varios montones de cenizas, y de trecho en trecho, algunos lienzos de pared ó pilares medio desplomados, eran las únicas señales de las calles.

Los arrabales estaban plagados de Rusos de uno y otro sexo, cubiertos con ropas casi quemadas: andaban errantes como visiones en aquellos escombros, agachados en los jardines, los unos escarbaban la tierra para arrancar alguna hortaliza, y los otros disputaban con los cuervos sobre algunos destrozos de animales muertos que el ejército había abandonado. Mas adelante, se descubrieron otros que se arrojaban al Moskwa: era para sacar del agua granos que Rostopchine había mandado echar en ella, y que aquellos hombres devoraban enteramente agriados y podridos como estaban ya.

Sin embargo, la vista del botín en aquellos campos que todavía carecían

de todo, había inflamado á los soldados á quienes su servicio ú oficiales mas severos, retenian bajo las banderas, y murmuraron: «¡Por qué retenerlos! ¡por qué dejarles perecer de hambre y miseria, cuando lo tenían todo á la mano! ¿Debian dejarse á aquellos fuegos enemigos lo que podia salvarse? ¿De qué dimana tanto respeto para con el fuego?» Y añadian. « que supuesto que los habitantes de Moscou, no solamente la habían abandonado, sino que tambien habían querido destruirla toda entera, seria legitimamente adquirido cuanto pudiera salvarse de ella; que sucedia con las reliquias de esta ciudad lo mismo que con los despojos de armas de los vencidos, que pertenecen de derecho á los vencedores, por haberse servido los Moscovitas de su capital, como de una gran máquina bélica para aniquilarnos.»

Los mas honrados y mejor disciplinados se expresaban en esta forma y no habia réplica ninguna que hacerles. Sin

embargo, impidiendo un mismo escrúpulo al principio el dar orden para el saqueo, le permitieron sin arreglarle: y estimulados entonces de las mas egecutivas necesidades, hasta los mas selectos soldados y oficiales mismos, todos se precipitaron. Viéronse obligados los gefes á cerrar los ojos, no quedando en las águilas y haces mas que las guardias indispensables.

El emperador ve disperso en la ciudad su egército entero. Embarazan su marcha una hilera de merodeadores que van al botín ó vuelven de él, y diversas reuniones tumultuosas de soldados agolpados al rededor de las lumbreras de las bodegas, ó delante de las puertas de los palacios, tiendas é iglesias, á que el fuego está para comunicarse y que ellos tratan de descerrajar.

Detiénenle el paso destrozos de muebles de toda especie que han arrojado por las ventanas para librarlos del incendio, presentándole últimamente igual em-

barazo un rico saqueo, que el capricho ha movido á abandonar por otro botín, porque así son los soldados, vuelven á empezar de continuo su fortuna tomándolo todo indistintamente, cargándose con desmesura como si pudieran llevarselo todo, y obligados por el cansancio al cabo de algunos pasos, á arrojar sucesivamente la mayor parte de su carga.

Con ello estan embarazados los caminos, y tanto las plazas como los campos, se han convertido en mercados á que cada uno llega para cambiar lo superfluo por lo necesario. Allí las mas raras alhajas despreciadas de sus poseedores, se venden á precio ínfimo, y otras de una falaz apariencia cuestan mucho mas allá de su valor. El oro mas portátil, se compra con una pérdida inmensa, en cambio de la plata que no hubiera cabido en las mochilas. Por todas partes se ven soldados sentados sobre fardos de mercaderías, sobre montones de azucar y café, en medio de los mas exquisitos vi-

nos y licores, que querian trocar por un pedazo de pan. Muchos, en medio de una embriaguez á que el desfallecimiento da nuevo incremento, han caido junto á las llamas que los alcanzan y matan.

Sin embargo, las mas de las casas que se habian libertado del fuego, sirvieron de abrigo á los gefes, y se respetó quanto en ellas habia. Veian todos con dolor aquella grande destruccion, y el saqueo que era su necesaria consecuencia. Han reconvenido á muchos de nuestros selectos militares de haberse complacido en recoger quanto pudieron salvar de las llamas, pero fueron tan pocos que se citaron. La guerra era en aquellos hombres ardientes, una passion que suponía otras. No era codicia, porque no amontonaban, sino que usaban de lo que encontraban, tomando para dar, derramándolo todo, y creyendo que lo habian pagado todo con el peligro.

Por lo demas, apenas hubo diferencia

que establecer en aquella circunstancia, excepto en el motivo; los unos tomaron con resentimiento, otros con regocijo, y todos por necesidad. En medio de unos tesoros que ya no pertenecian á nadie, dispuestos á ser pábulo de las llamas y desaparecerse en las cenizas, nos vimos colocados en una posicion en que se confundian lo bueno y lo malo, y para la que no habia regla ninguna prescripta. Los mas mirados por su modo de pensar ó á causa de su opulencia, compraron á los soldados los comestibles y vestidos que les hacian falta; otros enviaron en nombre suyo á la pecorea, y los mas necesitados tuvieron precision de proveerse con sus propias manos.

Tocante á los soldados, habiéndose embarazado muchos de ellos con el fruto de su pillage, se volvieron menos listos, menos indolentes, computaron en el peligro, y para salvar su botin, hicieron lo que hubieran despreciado hacer para salvarse á si mismos.

Por medio de este trastorno pasó Napoleón para volver á Moscou: abandonóla á aquel saqueo, esperando que derramado su ejército sobre aquellas minas; no las escudriñaria infructuosamente, pero cuando supo que el desorden tomaba incremento, que la antigua guardia misma se dejaba llevar, que los aldeanos rusos atraídos por último con sus provisiones, y que él mandaba pagar generosamente á fin de atraer á otros, eran despojados de aquellos víveres, que nos traían, por nuestros hambrientos soldados; que los diferentes cuerpos abandonados á todas las necesidades, estaban dispuestos á disputar entre sí recíprocamente sobre las reliquias de Moscou; que últimamente todos los recursos existentes todavía se malograban con aquel irregular pillage; dió entonces rígidas órdenes y las consignó á su guardia. Las iglesias, en las cuales se habían resguardado nuestros soldados de acaballo, fueron devueltas al culto griego. Se ordenó

la pecorea en los cuerpos por turno, como cualquiera otro servicio, y se trató finalmente de recoger á los rezagados rusos.

Pero era ya muy tarde; aquellos militares habian huido, intimidados los aldeanos no volvian tampoco, pues se desperdiciaban muchos víveres. El ejército frances incurrió varias veces en esta falta, pero el incendio la perdona aquí: fue necesario precipitarse para tomar la delantera á las llamas. Es además harto notable que la primera providencia lo haya vuelto todo á su anterior orden.

Algunos escritores y Franceses mismos, han escudriñado aquellas minas para hallar los vestigios de algunos excesos que pudieron haberse cometido allí. Los mas de nuestros militares se manifestaron generosos, tanto con el corto número de moradores, como con el sin número de enemigos que se les presentaron, pero sí en los primeros momentos se notó algun arrebató en el pillage;

¿debe extrañarse esto en un ejército exasperado con tantas necesidades, tan doliente, y compuesto de tantas diversas naciones?

Fuera de esto y como siempre acaece, habiendo abrumado la adversidad á aquellos guerreros, se suscitaron diferentes reconvenções. ¡ Ah ! ; Quién ignora que semejantes desórdenes fueron siempre la parte flaca de las grandes guerras, la parte vergonzosa de la gloria, que la fama de los conquistadores tiene sus sombras como las demas cosas de este mundo ! ¿ Existe por ventura un sér por mas pequeño que sea, al cual el sol en medio de su inmensidad pueda alumbrar por todas partes á un mismo tiempo ? Luego es una ley natural que los cuerpos mayores tengan sombras mayores.

Por lo demas, tanto las virtudes como los vicios de aquel ejército, infundieron suma extrañeza. Eran las virtudes de entonces los vicios del tiempo, y por esto

mismo las unas fueron menos loables, y los otros menos reprehensibles, en cuanto se prescribian como si dijésemos por el ejemplo y circunstancias. Así todo es relativo, lo cual no excluye la estabilidad de las máximas, lo mejor ó el bien absoluto, como punto de partida y como fin. Pero tratamos aquí del juicio que formaron sobre aquel ejército y su caudillo, lo que no pudo hacerse bien mas que poniéndose en el lugar de ellos : pero como esta posicion era muy encumbrada, muy extraordinaria y muy complicada, pocos ingenios pueden alcanzarla, abrazar su conjunto y apreciar sus indispensables resultados.

CAPITULO IX.

Kutusof sin embargo, abandonó á Moscou; habia atraído á Murat hácia Kolomna, hasta el punto en que el Moskwa corta el camino. Se volvió allí repentinamente con el favor de la noche hácia el Sur, para ir á colocarse por Podal entre Moscou y Kalougha. Esta marcha nocturna de los Rusos al rededor de Moscou, cuyas cenizas y llamas llevaba un viento récio hácia ellos, fue triste y religiosa. ¡Avanzaron al aciágo resplandor del incendio que devoraba el emporio de su comercio, el sagrario de su religion, y la cuna de su imperio! Poseidos todos de horror é indignacion, observaban un profundo silencio, únicamente turbado con el uniforme y sordo ruido de sus pisadas y silbidos de la

tormenta. Interrumpian á menudo la lúgubre claridad, diversos resplandores cárdenos y repentinos. Veíase entonces, que el semblante de aquellos guerreros estaba contraído con un dolor salvage, y que el fuego de sus tristes y terribles miradas, respondia á aquel incendio que ellos miraban como obra nuestra; fuego que descubria ya aquella feroz venganza que fermentaba en sus pechos, que se difundió en todo el imperio, y de que tantos Franceses fueron víctimas.

Vióse en aquel solemne momento que Kutusof participaba con noble y firme tono á su emperador la pérdida de Moscou. Le declaraba: «Que para conservar las provincias nutricias del Sur, y su comunicacion con Tormasof y Tchitchakof, acababa de verse precisado á abandonar á Moscou, pero vacía de aquel pueblo que es la su vida; que el pueblo es alma de un imperio en todas partes; que en donde está el pueblo ruso, allí está Moscou y todo el imperio de Rusia.»

Parece sin embargo que entonces serinde á la violencia de su dolor. Confiesa: « Que aquella herida será profunda é indeleble.» Pero reanimándose bien presto, dice: «Que Moscou perdida, no es mas que una ciudad de menos en un imperio, y un sacrificio parcial hecho á la universal salud. « Se muestra sobre el flanco de la larga línea de operacion del enemigo, teniéndole como bloqueado por medio de sus destacamentos, en donde va á velar sobre sus movimientos, cubrir los recusos del imperio, y rehacer su ejército; y anuncia ya (en el 16 de setiembre) que : « Napoleon se verá precisado á abandonar su adversa conquista.»

Dicen que esta noticia dejó conternado á Alejandro. Napoleon esperaba en la fragilidad de su rival, al mismo tiempo que los Rusos temian los efectos de ella. El Zar desmintió semejantes esperanzas y temores. En sus discursos le vemos tan grande como su desgracia; y al dirigirse á sus pueblos, exclamó :

« Desechemos todo pusilánime abatimiento, y juremos duplicar nuestro valor y perseverancia; el enemigo está en Moscou desierta, como en un sepulcro sin medios de dominacion, y ni aun de existencia. Habiéndose internado en Rusia con trescientos mil hombres de todos los paises, sin union, sin vínculo natural ni religioso, la mitad está destruida ya con el acero, el hambre y la desercion; no le queda mas que reliquias en Moscou: se halla en el centro de la Rusia, y no ve á sus plantas ni siquiera á un solo ruso.

« Entre tanto, se acrecientan las fuerzas nuestras y le tienen cercado. Se halla en el seno de una poderosa poblacion, y circundado de ejércitos que le detienen y esperan: le será preciso bien pronto, para librarse del hambre, huir por medio de las apiñadas filas de nuestros intrépidos soldados. ¡ Desistiremos pues, cuando nos dan aliento las miradas de

la Europa! Sirvámosle de egeplo, y bendigamos la mano que nos elige para ser la primera de las naciones en la causa de la virtud y la libertad.» Finalizaba con una invocacion al Omnipotente.

Los Rusos hablan con diversidad sobre su general y emperador: en cuanto á nosotros como enemigos, no podemos juzgar á los nuestros mas que por los hechos. Pero estas fueron sus palabras, á las cuales correspondieron sus acciones. ¡Compañeros, hagámosles justicia! Su sacrificio fue completo, sin restriccion ninguna ni pesares tardíos: no reclamaron nada posteriormente aun en medio de la capital enemiga que ellos habian preservado: con ello permaneció grande y pura su fama: conocieron la verdadera gloria, y cuando una mas adelantada cultura haya penetrado en todas sus clases, aquel gran pueblo tendrá su gran siglo, y empuñará sucesivamente aquel cetro de gloria, que

parece que las naciones de la tierra deben cederse unas á otras alternativamente.

Aquella marcha tortuosa que Kutusof egecutó con indecision ó astucia, le salió bien. Perdió sus huellas Murat, por espacio de tres dias, de lo que se aprovechó el Ruso para examinar su terreno y fortificarle; su vanguardia iba á llegar á Voronowo, una de las mas hermosas posesiones del conde Rostopschine, cuando le tomó la delantera este gobernador. Discurrieron los Rusos que este señor queria ver por la última vez sus hogares, cuando el edificio se desapareció de repente á su vista en abrasados torbellinos de fuego.

Se apresuran á apagar aquel incendio, pero los desecha Rostopschine mismo: le descubren en medio de las llamas, atizándolas y sonriéndose del hundimiento de aquella soberbia mansion; y formando despues con firme puño las siguientes palabras que los Franceses estremecidos

de sorpresa leyeron en la puerta de hierro de una iglesia que habia quedado en pie : « Hermosée por espacio de ocho años este señorío , y aquí viví feliz en el seno de mi familia ; los moradores de esta posesion , en número de mil setecientos y veinte , la dejan á la proximidad vuestra ; y por mi parte , pongo fuego á mi palacio para que no le manche vuestra presencia. Franceses , os he abandonado las dos casas mias de Moscou , con un ajuar de un medio millon de rublos , pero hallareis únicamente cenizas aquí. »

Murat alcanzó cerca de allí á Kutusof. Hubo el dia 29 de setiembre una viva accion de caballería hácia Czerikowo , y otra el 4 de octubre , junto á Wincowo ; pero estrechado allí de muy cerca Miloradowitch , se volvió con furor y se dirigió de nuevo con doce mil caballos contra Sebastiani. Le puso en tanto peligro , que Murat dictó en medio del fuego , la solicitud de una sus-

pension de armas anunciado á Kutusof , que le enviaria un parlamentario. Era Lauriston al cual estaba esperando Murat , pero como la llegada de Poniatowsky nos proporcionó alguna superioridad en aquel momento , no hizo el rey uso de la carta que Boselli acababa de escribir ; peleó hasta la caida del dia , y rechazó á Miloradowitch.

Entre tanto , el incendio comenzaba en la noche del 14 al 15 de setiembre , suspendió con nuestros esfuerzos en el 15 , avivado desde la noche siguiente , y en su mayor voracidad los dias 16 , 17 y 18 , habia aflojado el 19. Habia cesado el 20 , en cuyo dia mismo Napoleon , á quien las llamas habian arrojado del Kremlin , volvió á entrar en el palacio de los Zares ; allí llama las miradas de la Europa y espera los convoyes , refuerzos y rezagados , seguro de que su victoria , el incentivo de aquel opulento botin , el peregrino espectáculo de Moscou cautiva , y él mismo especialmente , cuya

gloria, desde lo alto de aquellas minas famosas, sobresalian y atraian todavía como un fanal sobre las sistes; seguro de que todo esto, repito, serviria de punto de reunion á sus tropas.

Las cartas de Murat sin embargo, estuvieron para arrancar de aquella fatal mansion por dos veces á Napoleon, los dias 22 y 28 de septiembre. Anunciaban una batalla, pero escritas ya por dos veces las órdenes de movimiento, fueron arrojadas al fuego por otras tantas; parecia que la guerra estaba finalizada para nuestro emperador, y que todas sus esperanzas se ceñian á una respuesta de Petersburgo. Las alimentaba con algunos recuerdos de Tilsitt. ¿Tendria pues, en Moscou menos predominio sobre Alejandro? Ademas al modo de los hombres dichosos por mucho tiempo, quanto deseaba lo esperaba.

Su ingenio, por otra parte, poseia aquella gran facultad, que consiste en interrumpir su mayor preocupacion cuando

le agradaba, sea para mudarla, sea aun para descansar, porque la voluntad sobrepujaba en él á la imaginacion, en lo cual reinaba tanto sobre sí mismo como sobre los demas.

Así Paris le distrae de Petersburgo: sus negocios todavia amontonados, y los correos que se suceden sin intervalos en los primeros dias, le ayudan á esperar, pero la velocidad de su tarea ha agotado bien presto la materia de ella; aun bien presto estafetas que al principio llegaban de Francia en catorce dias, se detienen. Varios puestos militares colocados en cuatro ciudades hechas cenizas, y en algunas casas de madera toscamente empalizadas, no bastaban para guardar un camino de noventa y tres leguas; porque en una tan dilatada escala, no habian podido establecerse mas que algunos escalones siempre demasiado separados. Hallándose muy prolongada esta línea de operacion, quedaba rota en cuantas partes la tocaba el enemigo, y para

romperla bastaban algunos aldeanos mezclados con los Cosacos.

No ha llegado todavía sin embarazo la respuesta de Alejandro : crece la inquietud de Napoleon , cuyos medios de distraccion se disminuyen al mismo tiempo : acostumbrada la actividad de su ingenio á los desvelos de la Europa entera , no halla ya alimento mas que en la administracion de cien mil hombres , y ademas es tan perfecto el arreglo de su ejército , que con dificultad presta materia para una ocupacion , por hallarse determinado todo en él : todos sus hilos estan en la mano de Napoleon ; le circundan ministros que inmediatamente y á todas las horas del dia , pueden responderle de la posicion de cada hombre en la mañana y tarde , solitario ó no ; esté en las banderas , en el hospital , con licencia ó en cualquiera otra parte , y esto desde Moscou hasta la capital de Francia : ¡ tan perfecto era entonces un gobierno reconcentrado , tan versados y

bien escogidos los sugetos , y tan delicado el supremo gefe !

¡ Pero van pasados ya once dias y dura todavía el silencio de Alejandro , y Napoleon espera siempre vencer á su émulo en tenacidad , perdiendo así el tiempo que era preciso ganar y que sirve siempre á la defensa contra el ataque !

Todas sus acciones anuncian á los Rusos desde entonces y mas que en Vitepsk , que su poderoso enemigo quiere fijarse en el corazon del imperio de Rusia. Moscou hecha cenizas recibe un intendente y municipalidades : dánse órdenes para hacer las provisiones de invierno en ella : se eleva un teatro en medio de las ruinas : estan mandados venir , dicen , los primeros cómicos de Paris : un cantarín italiano llega para esforzarse á recordar en el Kremlin las noches de las Tullerías : con ello intenta Napoleon engañar á un gobierno que con el hábito de reinar sobre el error é ignorancia de los

pueblos, está familiarizado desde muy atrás con todas estas falacias.

¡El mismo conoce la insuficiencia de estos arbitrios, y sin embargo, se fue ya setiembre, y octubre da principio! Alejandro no se ha dignado responder! ¡es un desaire! Pónese irritado, llama á sus mariscales en el día 3 de octubre, despues de una noche de desasosiego e ira; luego que alcanza á verlos, exclama: « Entren Vds., y oigan el nuevo plan que acabo de concebir; lea Vd. príncipe Eugenio. (Oyen). ¡Es necesario quemar las reliquias de Moscou, marchar por Twer contra Petersburgo, en donde Macdonal irá á incorporárseles! Murat y Davoust formarán la vanguardia! » Y el emperador enteramente enardecido, clava sus relumbrantes ojos en los mariscales, cuya fria y silenciosa figura expresa la extrañeza únicamente.

Exaltándose entonces Napoleon para exaltar, añade: « ¡Pues que no les inflama,

á Vds. este pensamiento! ¿Se hubiera conocido jamas una mayor proeza militar? ¡Esta conquista es la única digna de vosotros en lo futuro! ¡Cuanto será el colmo de nuestra gloria, y que dirá el orbe entero cuando llegue á su noticia que en tres meses hemos conquistado las dos capitales mayores del Norte! »

Pero Davoust, así como Daru, le oponen que « la estacion, la escasez, un camino estéril, desierto, facticio, cual el de Twer á Petersburgo, que se eleva sobre cien leguas de páramos, y que trescientos aldeanos pueden hacer intransitable en un día: ¿á qué fin internarse mas y mas en el Norte, adelantarse ademas al invierno, atraerle y despreciarle cuando ya se le tenia bien cerca? ¿cual seria el paradero de seis mil heridos todavía existentes en Moscou; iban pues á ponerlos en poder de Kutusof! ¡Este hostigaria al ejército! ¡Habia necesidad de embestir y defenderse prontamente, y marchar como huyendo hácia una conquista! »

Estos gefes han asegurado que ellos

nosotros : piensa pues para impedir esta catástrofe , en despachar á Caulaincourt de enviado al emperador Alejandro . »

Pero mas capaz de tenacidad que de adulacion , el duque de Vicenza no mudó de language y sostuvo « que aquella proposicion seria en balde ; que el emperador Alejandro no daria oídos á declaracion ninguna mientras que el suelo ruso no estuviera enteramente evacuado ; que la Rusia conocia en aquella época , toda su superioridad ; que ademas , esta diligencia seria perjudicial en cuanto mostraria la necesidad que Napoleon tenia de la paz , y descubriria todo el apuro de nuestra posicion . »

Añadió que : « quanto mas notable fuera la eleccion del negociador , tanto mas se denotaria la inquietud de Napoleon ; que así él , mas que cualquiera otro , se desgraciaria y mayormente que partiria con esta certeza . » El emperador rompió atropelladamente esta conferencia , diciendo : « Pues bien , enviése á Lauriston . »

Este último , asegura que añadió nuevas obgeciones á las anteriores , y que incitado por el emperador propuso su dictamen de comenzar desde aquel mismo dia la retirada dirigiéndose por Kaulougha . Irritado Napoleon le replicó con amargura : « Que él gustaba de los planes sencillos , de los caminos menos extraviados , de las calzadas reales , de la misma por donde habia venido ; pero que no queria volverla á tomar sino con la paz . » Enseñándole despues como al duque de Vicenza , la carta que acababa de escribir á Alejandro , le mandó que fuera á obtener de Kutusof un salvaconduto para Petersburgo : las últimas palabras del emperador á Lauriston , fueron : « ¡ Quiero la paz , me es necesaria la paz ; la quiero absolutamente ; salve Vd. el honor únicamente ! »

CAPITULO X.

Este general parte y llega á los puestos avanzados en el dia 5 de octubre : se suspende inmediatamente la guerra y se concede la conferencia, pero Volkonsky edecan de Alejandro, y Beningsen, concurrieron á ella sin Kutusof; Wilson asegura que concibiendo los generales y oficiales rusos sospechas contra su gefe, y acusándole de fragilidad, habian propagado el rumor de traicion, y que Kutusof no se atrevió á salir de su acampamento.

Las instrucciones de Lauriston, contenian que no debia dirigirse mas que á Kutusof. Desechó aquel pues toda comunicacion intermedia, y aprovechándose de aquella ocasion, para romper una negociacion que no era de su aprobacion, se retiró á pesar de las instancias de

Volkonsky, y quiso volver á partir para Moscou. Entonces, irritado sin duda Napoleon, hubiera caido precipitadamente sobre Kutusof, desordenado y destruido su egército enteramente incompleto todavía y arrancádole la paz : á lo ménos hubiera podido retirarse sin desastre hácia sus refuerzos, en el caso de un triunfo menos decisivo.

Por desgracia se apresuró Beningsen á solicitar de Murat una conferencia; Lauriston esperó : el gefe del estado mayor ruso mas hábil para negociar que para pelear, se esforzó á hechizar á este rey bisono por medio de respetuosos estilos; á seducirle con elogios; á engañarle con palabras dulces, que no manifestaban mas que el cansancio de la guerra y la esperanza de la paz; y Murat finalmente cansado de las batallas, inquieto del resultado de ellas, y echando menos, dicen, su trono, desde que no esperaba ya otro mejor, se deja hechizar, seducir y engañar.

Beningsen habia persuadido á su gefe y juntamente al de nuestra vanguardia , y se apresuró á enviar á buscar á Lauriston , y mandar conducirle al campo de los Rusos en donde Kutusof le esperaba á media noche. La conferencia comenzó mal : Konownitzin y Volkonsky , querian estar presentes en ella : esto desagradó al general frances el cual exigió que se retirasen ámbos ; fue acordada su solicitud.

Luego que Lauriston se quedó solo con Kutusof , le expuso el fin y sus motivos , y le pidió paso libre para Petersburgo ; el general ruso le respondió que aquella solicitud era superior á sus facultades ; pero al punto propuso encargar á Volkonsky la carta de Napoleón á Alejandro , y ofreció un armisticio hasta el regreso de este edecan , á cuyas palabras agregó diversas protestas pacíficas , que todos sus generales repitieron despues.

Al oirlos todos ellos se condolian de aquella no interrumpida série de batallas,

¿ y con qué motivo ? Sus pueblos , igualmente que sus emperadores , debian estimarse , quererse y ser aliados uno de otro ; formaban ardientes deseos para que llegase una pronta paz de Petersburgo , nunca se aceleraria Volkonsky lo suficiente , y andaban diligentes al lado de Lauriston , llamándole á parte , tomándole las manos , y usando profusamente con él de aquellos cariñosos modales que tienen de la Asia.

Lo que se probó bien pronto , es que ellos se habian entendido mas particularmente para engañar á Murat y á su emperador , y lo consiguieron. Estas particularidades enagenaron de júbilo á Napoleón , crédulo por esperanza y por desesperacion quizás , se envanece por algunos instantes con estas exterioridades , y apresurado para libertarse del interior pensamiento que le oprime , parece que quiere hacerse sordo abandonándose á un regocijo expansivo : manda llamar á todos su generales , y triunfa al participarles una

paz sumamente próxima «; Bastarán quince dias de expectacion ! ; Solo él ha conocido á los Rusos ! A la recepcion de su carta, habrá luminarias en Petersburgo. »

Le desagradó sin embargo el armisticio propuesto por Kutusof; mandó á Murat que le rompiera inmediatamente; pero no por ello dejó de observarse, sin que se sepa el motivo de esto.

Este armisticio era bien singular; para romperle bastaba el prevenirse mutuamente con tres horas de anticipacion; no existia mas que para el frente de ambos campos, sin abrazar los flancos; así le interpretáron los Rusos á lo menos; no era posible conducir un convoy ni forragear sin pelear: de modo que la guerra proseguia en todas partes, menos en las que podia sernos favorable.

Durante los primeros dias que se le siguieron, tuvo Murat la complacencia de presentarse en los puestos avanzados enemigos: gozaba allí de las miradas que su gallarda persona, su fama de valeroso,

y suprema clase le acareaban. Los gefes rusos se guardaron bien de desagradarle, y le dieron colmados testimonios de todas las deferencias capaces de alimentar su ilusion. Murat podia mandar á las centinelas enemigas como á las nuestras, y si le acomodaba algun terreno que ocupaban los Rusos, se aceleraban estos á cedérsele.

Varios caudillos Cosacos llegaron hasta el extremo de fingir el entusiasmo, y decir que ellos no reconocian ya por emperador mas que al que dominaba sobre Moscou. Creyó Murat por un momento que los Cosacos no pelearian ya contra él, aun llegó mas adelante. Oyeron que al leer sus cartas Napoleon exclamaba: « ¡ Murat, rey de los Cosacos ! ; qué desatino ! » Todas las ideas imaginables ocurrían á unos hombres á quienes todo les habia salido bien.

En quanto al emperador, que difícilmente se le engañaba, no tuvo sino unos escasos momentos de una facticia ale-

gría. No tardó mucho en quejarse de que « una guerra irritante de partidarios andaba rondando al rededor suyo ; y que en medio de aquellas pacíficas demostraciones , conocia que diversas bandadas de Cosacos cercaban sus flancos y espaldas. ¿ No acababa una turba de estos bárbaros de encontrar , asaltar , y derrotar á ciento y cincuenta dragones de la antigua guardia imperial ? Y esto acaecía dos dias despues del armisticio , en el camino de Mojaisk , sobre la línea de operacion , por la cual el ejército se comunicaba con sus almacenes , refuerzos y depósitos , y él con la Europa. »

Efectivamente , en aquel mismo camino acababan de caer tambien dos convoyes considerables en poder del enemigo , el uno , por la negligencia de su gefe , que se quitó la vida de desesperacion ; y el otro , por la cobardía de un oficial , al cual iban á castigar cuando dió principio la retirada. La ruina del ejército salvó á este oficial.

Era preciso todas las mañanas que nuestros soldados , con especialidad los de caballería , fuesen á buscar bien lejos el alimento de la tarde y del siguiente dia. Y como se desguarnecian de mas á mas los contornos de Moscou y Winkowo , nos desviábamos diariamente mas y mas. Volvian extenuados los hombres y animales , aquellos sin embargo que volvian , porque cada medida de centeno , y cada haz de forrage se nos disputaban. Habia precision de arrancárselos al enemigo ; eran sorpresas , refriegas , y continuas pérdidas : se mezclaban en ellas los aldeanos : castigaron á uno de los suyos , al que el incentivo del lucro habia atraído con vituallas á nuestros acampamentos : otros ponian fuego á sus propias aldeas , para arrojar de ellas á nuestros forrageadores , y entregarlos á los Cosacos , que ellos habian llamado en el principio , y nos tenian sitiados allí.

Tambien varios aldeanos se apoderaron de Vereia , ciudad cercana de Moscou.

Un cura suyo concibió, dicen, el plan de esta repentina embestida; armó á varios habitantes, obtuvo algunas tropas de Kutusof y despues el 1.^o de octubre antes del amanecer hizo por una parte la señal de un ataque falso, mientras que él mismo por la otra se arrojaba sobre nuestras empalizadas; destruyólas, entró en la ciudad, y mandó pasar á cuchillo toda la guarnicion.

Así la guerra estaba en todas partes, en nuestro frente, en nuestros flancos y espaldas, el egército se debilitaba, y el enemigo se hacia mas poderoso cada dia. Iba á suceder con esta como con otras infinitas que se hacen por mayor y se pierden por menor.

Murat mismo se inquieta últimamente: ha visto desaparecerse en aquellas diarias refriegas la mitad de su restante caballería. Los oficiales rusos de los puestos avanzados, en sus encuentros con los nuestros, sea vanidad, cansancio ó franqueza militar, llevada hasta la indiscre-

cion, han ponderado las desdichas que nos amenazan. Nos enseñaban aquellos caballos de un aspecto todavía salvage, apenas domados, y cuyas largas crienes barrían el polvo de la campiña. ¿No nos decia esto que les llegaba de todas partes una caballería numerosa, mientras que se perdía la nuestra? El continuo ruido de descargas de armas de fuego, en lo interior de la línea suya, nos daba claras muestras de que una infinidad de reclutas estaba egercitándose allí con el favor del armisticio. »

Y realmente, á pesar de las largas travesías que los reclutas tuvieron que hacer, todos se incorporaron, no hubo necesidad como en los demas años, de esperar para llamarlos que embarazando las grandes nevadas todos los caminos menos la calzada principal, hiciesen imposible su desersion; ninguno faltaba al llamamiento nacional, se alistaba la Russia entera; habian llorado de gozo las madres, al saber que sus hijos eran milicianos; volaban á participarles

esta gloriosa nueva, y los traian por si mismas, para verlos marcados con la señal de los cruzados, y oirles gritar : *¡Dios lo quiere!*

Añadieron aquellos Rusos « que se asombraban mas particularmente de nuestra tranquilidad á las cercanías de su poderoso invierno ; el cual era su natural aliado, y el mas terrible ; esperábanle por momentos, nos tenian lástima, apurándonos para que huyésemos. De aquí á quince dias, exclamaban, se os caerán las uñas, y se escaparán las armas de vuestras manos arrecidas y medio muertas. »

Fueron tambien notables los dichos de algunos gefes cosacos ; preguntaban éstos á los nuestros : « Si no tenian en su tierra bastante trigo, aire, sepulturas, y finalmente, bastante sitio para vivir y morir ; ¿ porque iban pues á sacrificar así sus vidas tan lejos de sus hogares, y á abonar con su sangre un suelo extranjero ? » Añadian « que era un hurto hecho á su pais ; que vivo uno, se debia á su cultivo, defensa,

y ornato ; que muerto, le debia su cuerpo recibido de él, alimentado por el mismo y debiéndole alimentar sucesivamente. »

El emperador no ignoraba estos avisos, pero los desechaba á causa de que no queria dejarse inmutar. La inquietud que de nuevo le tenia poseido, se daba á conocer con sus órdenes iracundas. Mandó despojar entonces las iglesias del Kremlin, de cuanto podia servir de trofeo al ejército grande. Condenados aquellos objetos por los mismos Rusos á la destruccion, pertenecian, decia él, á los vencedores por el duplicado derecho adquirido con la victoria y mas especialmente con el incendio.

Hubo necesidad de largos esfuerzos para arrancar de la torre del Gran Ivan su descomunal cruz. El emperador queria adornar con ella en Paris la media naranja de los Inválidos. El pueblo ruso vinculaba la salud de su imperio en la posesion de este monumento. Durante las obras se notó que infinitos cuervos

rodeaban esta cruz de continuo, y que cansado de sus tristes graznidos Napoleon, habia exclamado: « Que parecia que aquellas bandadas de siniestras aves querian defenderla. » Se ignora cuales eran todos sus pensamientos en aquella tan critica posicion; pero se le tenia por accesible á todos los presentimientos.

Sus diarias salidas, á que daba luz siempre un sol resplandeciente en el que él se esforzaba á ver y mostrar su estrella, no le distraian. Al triste silencio de Moscou muerta, se agregaba el de los desiertos que la circundan, y el mas horrendo todavía de Alejandro. El ligero ruido de las miradas de nuestros soldados, errantes sobre aquel vasto sepulcro, no era capaz de sacar á nuestro emperador de sus imaginaciones, ni de arrancarle de sus crueles memorias y prevision todavía mas cruel.

Sus noches especialmente son fatigosas; pasa una parte de ellas con el conde Daru. Unicamente allí confiesa el

peligro de su posicion. « ¿ Qué sumision, qué punto de apoyo, de reposo ó retirada, desde Vilna á Moscou, denota el poder suyo? Es un vasto campo de batalla raso y desierto, en el cual minorado su egército, permanece imperceptible, solitario y como extraviado en el horror de aquel vacío inmenso. No ha conquistado ni siquiera á un solo hombre en aquel pais de extrañas costumbres y religion, ni es realmente dueño mas que del suelo que sus plantas huellan en el instante mismo. El que acaba de dejar tras sí, no es ya mas suyo que el que no ha pisado todavía. Insuficiente para aquellas vastas soledades, se ve como extraviado en su espacio inmenso. »

Recorre entonces las diferentes resoluciones que le quedan por tomar. « Se discurre, dice, que no hay mas que marchar, sin pensar en que su egército necesita de un mes para rehacerse, y sus hospitales de otro para evacuarse; que si abandona á sus heridos se verá

que los Cosacos triunfan diariamente de sus enfermos y rezagados. ¡Parecerá que va huyendo, lo cual se resonará en toda la Europa! en ella, que le tiene envidia; que le busca un rival para unirse con él, y que creeria haberle hallado en Alejandro.»

Apreciando entonces toda la fuerza que saca del prestigio de su infalibilidad, se estremece de causarle detrimento por la primera vez. «¡Qué espantosa serie de peligrosas guerras darán principio con su primer paso retrogado! ¡No se censure ya pues su inaccion! ¡Ah! ya se yo, añade, que Moscou no vale nada militarmente. ¡Pero Moscou no es una posicion militar, sino una política; me creen general en ella, cuando soy emperador!» Exclama despues, «que en la política no conviene nunca volverse atrás, ni corregir lo hecho; que es preciso guardarse bien de confesar un error, lo cual desacredita; y que cuando se ha incurrido en un error, es preciso per-

severar en él, lo que sirve de razon. Por esto se obstina en aquella tenacidad, su primera prenda en otras partes, y su primer defecto aquí.

Su apuro sin embargo toma incremento; sabe que no debe contar ya con el egército prusiano. Un aviso de mano segurísima dirigido á Berthier, le hace perder su confianza en el apoyo del egército austriaco. Se le burla Kutusof, conócelo Napoleon, pero se halla empuñado tan adelante que ya no puede avanzar, permanecer, retroceder, ni combatir con honor y buen acierto: así impelido y retenido alternativamente por cuanto resuelve ó disuade, se queda sobre aquellas cenizas esperando apenas, y deseando siempre.

Su carta remitida por medio de Lauriston, habia debido partir el dia 6 de octubre; la respuesta no podia casi llegar antes del 20; y á pesar de tantas exterioridades terribles, la arrogancia de Napoleon, su política y quizás su salud,

le aconsejan el partido mas peligroso de todos, el de esperar aquella respuesta, y fiarse en el tiempo que le mata. Daru, al modo de los demas oficiales suyos, se pasma de no hallar en él aquella decision viva, voluble y rápida como las circunstancias : dicen que su ingenio no sabe ya acomodarse á ellas, y lo atribuyen á su genial perseverancia, que fue causa de su elevacion, y acarreará su ruina.

Pero en aquella situacion marcial, tan crítica por su complicacion con la mas delicada situacion política que se conoció jamas, no debia esperarse de un genio tan grande hasta allí por su inalterable perseverancia, una pronta renuncia al objeto que se habia propuesto desde Vitepsk.

CAPITULO XI.

Efectivamente, Napoleon contempla toda su situacion : todo le parece perdido, si retrocede á la vista de la Europa pasmada, y todo salvado si logra todavía vencer á Alejandro en terminacion. Aprecia demasiado los arbitrios que le quedan para inmutar la constancia de su rival : sabe que el número de los combatientes, que la posicion, que el tiempo y que todo finalmente le será cada dia mas y mas adverso; pero cuenta con aquel ilusorio predominio que su fama le proporciona. Hasta aquel dia, semejante predominio ha tomado de él una fuerza real é indefectible; se esfuerza pues, con especiosos discursos á sostener la confianza de sus

le aconsejan el partido mas peligroso de todos, el de esperar aquella respuesta, y fiarse en el tiempo que le mata. Daru, al modo de los demas oficiales suyos, se pasma de no hallar en él aquella decision viva, voluble y rápida como las circunstancias : dicen que su ingenio no sabe ya acomodarse á ellas, y lo atribuyen á su genial perseverancia, que fue causa de su elevacion, y acarreará su ruina.

Pero en aquella situacion marcial, tan crítica por su complicacion con la mas delicada situacion política que se conoció jamas, no debia esperarse de un genio tan grande hasta allí por su inalterable perseverancia, una pronta renuncia al objeto que se habia propuesto desde Vitepsk.

 CAPITULO XI.

Efectivamente, Napoleon contempla toda su situacion : todo le parece perdido, si retrocede á la vista de la Europa pasmada, y todo salvado si logra todavía vencer á Alejandro en terminacion. Aprecia demasiado los arbitrios que le quedan para inmutar la constancia de su rival : sabe que el número de los combatientes, que la posicion, que el tiempo y que todo finalmente le será cada dia mas y mas adverso; pero cuenta con aquel ilusorio predominio que su fama le proporciona. Hasta aquel dia, semejante predominio ha tomado de él una fuerza real é indefectible; se esfuerza pues, con especiosos discursos á sostener la confianza de sus

generales, y quizás tambien la débil esperanza que le queda.

Moscou vacía, no le presenta asidero ninguno. Dice, « que sin duda es una desgracia, pero que esta desgracia es buena para algo; que de otro modo no le hubiera sido posible establecer el orden en una tan vasta ciudad, contener á una población de trescientos mil moradores, y dormir en el Kremlin sin miedo de ser degollado. No nos han dejado mas que escombros, pero estamos sosegados en ellos. Se nos escapan sin duda varios millones; pero cuantos millares de millones pierde la Rusia! Hé aquí arruinado su comercio para un siglo. La nacion padece el atraso de cincuenta años, ¡lo que es siempre un resultado mayor! Luego que haya pasado el primer momento de ardor, les atemorizará la reflexion. » Y concluyó de ello que una tan fuerte conmocion dejará sentirse en el trono de Alejandro, y obligará á este príncipe á pedirle la paz.

Si Napoleon pasa la revista de los diversos cuerpos del ejército, como sus reducidos batallones no le presentan ya mas que un corto frente que ha recorrido en un momento, le incomoda esta disminucion, y sea que quiera disimularla á sus enemigos ó aun á sus propias tropas, declara que es un error el haber dado tres hombres de fondo á las filas hasta entonces, que dos son suficientes; no forma pues ya su infantería mas que en dos filas.

Hay mas, quiere que la inflexibilidad de los estados de situacion se sugete á esta ilusion. Disputa sobre sus resultados. La obstinacion del conde de Lobau no puede triunfar de la suya; con ello quiere sin duda hacer comprender á su edecan lo que él desea que los otros crean, y que ninguna cosa podrá alterar su resolucion. ®

Sin embargo, le ha dirigido Murat los clamores de apuro de su vanguardia, los cuales atemorizan á Berthier; pero

Napoleon llama al oficial portador de ellos, le estrecha con sus preguntas, déjale pasmado con sus miradas, y abrumado con su incredulidad. Los asertos del enviado de Murat, pierden algo de su seguridad. Válese de su hesitación Napoleon para sostener la esperanza de Berthier, y persuadirle que se puede esperar todavía; y vuelve á despachar el oficial al campo de Murat con la opinion que propagará sin duda, de que el emperador está resuelto, que tiene sus razones para perseverar así, y que es necesario que todos hagan mas y mas esfuerzos. Y realmente por espacio de algunos dias todavía, únicamente la arrogancia de una inalterable serenidad era capaz de apoyar sus negociaciones.

Sin embargo, la actitud de su egé-
 cito venia en auxilio de sus deseos. Los mas de los oficiales perseveraban en su confianza. Los soldados que viendo toda su vida en el momento presente, y esperando poco de lo venidero, no

se inquietan apenas con ello, conservaban su indiferencia la mas preciosa prenda suya. Es verdad que las recompensas que el emperador les distribuia profusamente en las revistas diarias, no se recibian ya mas que con una grave alegría mezclada de alguna tristeza. Las plazas vacías que los agraciados iban á llenar, estaban enteramente chorreando sangre todavía: y semejantes gracias amenazaban.

Por otra parte muchos habian arrojado sus ropas de invierno desde Vilna, para cargarse de viveres. El camino habia destruido su calzado; la restante ropa se habia usado con las refriegas; pero á pesar de todo esto, permanecia arrogante su actitud. Ocultaban cuidadosamente su desnudez delante del emperador, y se adornaban con sus resplandecientes y bien reparadas armas. En aquel primer patio del palacio de los Zares á ochocientas leguas de sus arbitrios, y despues de tantos combates y

bivagues , querian presentarse aseados todavía , listos y lucidos , porque en esto consiste el honor del soldado , á lo que daban ellos mayor valor todavía á causa de la dificultad para asombrar , y porque el hombre se ensorbebece con cuanto es esfuerzo.

A ello se prestaba el emperador plazeramente , ayudándose con todo para esperar , cuando llegaron repentinamente las primeras nieves , con las cuales cayeron todas las ilusiones con que trataba de lisongearse. Desde entonces no piensa ya mas que en la retirada , pero sin mentarla , y sin que pueda arrancársele una orden que la haga saber positivamente : dice únicamente que dentro de veinte dias , será necesario que el egército esté en cuarteles de invierno , y apresura la partida de sus heridos. Su arrogancia , allí como en las demas partes , no puede consentir en el menor abandono voluntario : carece de tiros su artillería , en

adelante muy numerosa para tan diminuto egército ; no importa , se irrita á la proposicion de dejar una parte de ella en Moscou : «No , el enemigo formaria de ello un trofeo , y exige que todo marche con él.»

En aquel pais desierto , da orden para comprar veinte mil caballos ; quiere que se provean de forrages para dos meses , en un suelo en que diariamente las mas lejanas y peligrosas carreras son insuficientes para el pienso del dia. Algunos generales suyos se asombraron de oír dar unas órdenes tan inegecutables ; pero se ha visto ya que él las daba á veces así para engañar á sus enemigos , y con la mayor frecuencia para indiar á sus propios generales la extension de las necesidades y los esfuerzos que debian hacer para subvenir á ellas.

No se traslució su conflicto sino por medio de algunos arrebatos coléricos. Era al levantarse por la mañana. En medio allí de los gefes reunidos , y cer-

cado de sus miradas inquietas que supone desaprobadoras, quiere al parecer repelerlas con su severa actividad, y con una voz atropellada, quebradiza y profunda. Por su pálido semblante se colegia que la verdad, que nunca se hace oír mejor que en las sombras de la noche, le habia oprimido largamente con su presencia, y fatigado con su molesta claridad. Muy sobrecargado á veces entonces su pecho, sale de su madre y esparce sus dolores alrededor de sí con impacientes impulsos; pero tan lejos de haberse aliviado de sus pesares, vuelve á entrar habiéndolos acrecentado con aquellas injusticias de que se reconviene y que trata de reparar despues.

Únicamente con el conde Daru se desahogó francamente, pero sin fragilidad: «Iba, decia, á marchar contra Kutusof, y á destrozarle, para volver inmediatamente hácia Smolensko.» Pero entonces Daru, hasta allí de este dictamen, le

responde «que es ya muy tarde; que el egército ruso se ha rehecho; el suyo está minorado, y la victoria olvidada; que luego que su egército haya vuelto la cara hácia la Francia, se le escapará por menor; que cargados todos los soldados de botin, tomarán la delantera para ir á venderle en Francia.— ¡Qué hacer pues! exclamó el emperador— ¡Permenecer aquí! repuso Daru, formar de Moscou un gran campo atrincherado, y pasar el invierno en él. Sale por responsable de que no faltará el pan y sal, en cuanto á lo demas un gran forrage bastará. Ofrece salar aquellos caballos que no puedan mantenerse. Tocante á los alojamientos, si hay falta de casas, lo suplirán las bodegas. De esta manera se esperará que nuestros refuerzos y la Lithuania armada, vengan en la primavera á libertarnos, unirsenos y finalizar la conquista!»

A esta proposicion se quedó mudo y pensativo al principio el emperador, res-

pondiendo despues : « ¡Ese es un consejo de leon! Pero ¿qué diria Paris? ¿qué harian allí? ¿qué ocurre despues de tres semanas que no saben nada de mí? ¿quién puede prever los efectos de seis meses sin comunicacion? No, la Francia no se acostumbrará á mi ausencia, y se aprovecharian de ella la Prusia y Austria! »

No se resuelve sin embargo Napoleon á quedarse ni á partir. Vencido en esta lucha de dictámenes, difiere de uno á otro dia para confesar de su derrota. En medio de aquella formidable borrasca de hombres y elementos que se forma al lado suyo, sus ministros y edecanes le ven pasar aquellos últimos dias en examinar el mérito de algunos versos nuevos que acaban de llegarle, ó el reglamento de la comedia francesa de Paris, cuya tarea acaba en tres noches. Como conocian toda su ansiedad, se admiraron de la facilidad con que mudaba de obgeto, y fijaba en donde le

agradaba toda la eficacia de su atención.

Unicamente se reparó que Napoleon alargaba sus comidas tan sencillas y breves hasta entonces. Despues trataba de hacerse sordo poniéndose muy pesado; le veian pasar sus largas horas, medio acostado, como entorpecido, y esperando con una novela en la mano el éxito de su terrible historia. Al ver ellos á este tenaz é inflexible ingenio luchar contra la imposibilidad, repiten entre sí entonces, que habiendo llegado á la cumbre de su gloria, presiente sin duda que su decadencia tendrá principio en su primer movimiento retrogado, y que por esto permanece inmóvil, fijándose y reteniéndose por algunos momentos todavía sobre aquella cumbre.

Entre tanto ganaba Kutusof el tiempo que malográbamos nosotros. Sus cartas al emperador Alejandro mostraban el ejército de su mando en la abundancia; la llegada de los reclutas de todas partes, y que se ejercitaban; sus heri-

dos restableciéndose en el seno de sus familias; todos los aldeanos en pie, los unos armados, los otros acechando desde el remate de los campanarios, ó en nuestros campos mismos, aun introduciéndose en nuestros alojamientos, sin exceptuar el Kremlin. De ellos recibe diariamente Rostopshine un informe de Moscou como antes de la conquista. Si nos servian de guías era para entregarnos; sus partidarios le llevaban todos los días á centenares los prisioneros. Todo concurre á destruir el ejército enemigo, y á multiplicar el suyo. Todo le favorece, todo nos hace traicion á nosotros, y va á comenzar para ellos.

Kutusof no abandona superioridad ninguna. Hasta en sus campos hace resonar el eco del cañon de los Arapiles. « Están arrojados de Madrid, dice, los Franceses. El brazo del Omnipotente se recarga sobre Napoleon. Moscou será su prision, su sepulcro, y el de su ejército grande. Se va á tomar la Francia en Rusia! »

De este modo hablaba el general ruso á sus tropas y á su emperador, y sin embargo, fingia todavía con Murat. Altivo y astuto juntamente, sabia preparar con lentitud una guerra repentinamente impetuosa, y envolver con cariñosos modales y palabras melosas el mas infausto proyecto.

Ultimamente, desvanécese el encanto despues muchos dias de ilusion. Un Cosaco acaba de deshacerle. Este bárbaro ha descargado un tiro contra Murat al tiempo que este príncipe acababa de presentarse en los puestos avanzados. Murat se irrita; declara á Miloradowitch que un armisticio incesantemente violado no existe ya, y que cada uno en lo sucesivo no debe fiarse mas que en sí mismo.

Al mismo tiempo manda advertir al emperador que un terreno cubierto en su izquierda puede favorecer algunas sorpresas contra su flanco y espaldas; que su primera línea, arrimada á una quebrada, puede ser precipitada en ella;

que finalmente, la posicion que ocupa por delante de un desfiladero es peligrosa, y hace indispensable un movimiento retrogrado. Pero Napoleon no puede consentir en ello, aunque á los principios habia indicado Voronowo como una posicion mas segura. En aquella guerra, todavia á sus ojos mas bien política que militar, tenia mas particularmente el aprehtar ceder. Preferia arriesgarlo todo.

No obstante esto, se envió Lauriston el 13 de octubre hácia Murat, para examinar la posicion de la vanguardia. En cuanto al emperador, sea perseverancia en su primera esperanza, sea que cuantas disposiciones pudieran anunciar una retirada, repugnasen tanto á su arrogancia como á su política, se notó una rara negligencia en sus preparativos de partida. En ellos pensaba sin embargo Napoleon, porque formó desde aquel mismo dia su plan de retirada por Voloklamsk, Zubtzow y Bieloi hácia Vitepsk. Dictó otro de allí á un momento hácia

Smolensko. Junot recibió la orden de quemar, el 21, en Kolotskoi, todos los fusiles de los heridos, y hacer volar los cajones. D'Hilliers ocupará Elnia, en donde formará almacenes. El 17 unicamente, en Moscou, y por la primera vez, pensó Berthier en mandar repartir cueros.

Este mayor general suplió poco á su gefe en aquella critica circunstancia. En medio de aquel suelo, de aquel clima nuevo, no recomendó precaucion ninguna, y esperó que le comunicase su emperador las mas leves menudencias. Quedaron olvidadas, y esta negligencia, ó poca prevencion, tuvieron fatales results. En un ejército cada parte del cual estaba mandada por un mariscal, un príncipe, ó un rey, contaron mucho quizás unos con otros. Berthier, por otra parte, no mandaba nada de sí mismo, y se contentaba con repetir fielmente la letra misma de las voluntades de Napoleon; porque en cuanto á la mente de ellas, sea fatiga ó hábito, le acaecia de continuo confundir la parte

positiva de aquellas instrucciones con la congetural.

Sin embargo, Napoleon reune sus cuerpos de ejército; las revistas que pasa en el Kremlin son mas frecuentes; forma en batallones los soldados de caballería que se hallan desmontados, y derrama profusamente las recompensas. Parten para Mojaisk los trofeos y heridos transportables; los restantes se juntan en el hospital mayor de los Niños-Expósitos, dejando allí cirujanos franceses; y les servirán de salvaguardia los heridos rusos mezclados con los nuestros.

Pero era muy tarde. En medio de aquellos preparativos, y en el momento de pasar en revista Napoleon en el primer patio del Kremlin, las divisiones de Ney; corre de repente la voz al rededor suyo, que suena la artillería hacia Winkowo. Permanecieron por algun tiempo sin atreverse á avisárselo; los unos por incredulidad ó incertidumbre, y temiendo un primer impulso de impaciencia; los otros por

blandura, vacilando en despertar una terrible señal, ó por temor de ser despachados á comprobar aquel aserto, y exponerse á una fatigosa carrera.

Determinase Duroc por último. Mudó de semblante al principio el emperador, se repuso despues prontamente y continuó en la revista. Pero acude un edecan, el joven Berenger. Este participa que la primera línea de Murat ha sido sorprendida y arrollada; su izquierda cercada con la ayuda de un monte, atacándole por el flanco y cortándole toda retirada; que doce cañones, veinte arcones y treinta carros han caido en poder del enemigo; que hay dos generales heridos y de tres á cuatro mil hombres perdidos; que no ha podido salvarse el bagage; que finalmente está herido el rey el cual no ha podido arrancar su restante vanguardia á los enemigos, sino por medio de multiplicadas cargas contra unas tropas muy numerosas que ocupaban ya, á sus espaldas, el camino real, única retirada suya.

No obstante esto, se ha salvado el honor. El ataque de frente dirigido por Kutusof ha sido flojo; Poniatowski á algunas leguas de la derecha ha hecho una gloriosa resistencia; Murat y los carabineros, por medio de sobrenaturales esfuerzos, han contenido á Bagawout, próximo á entrar en nuestro flanco izquierdo; lo cual ha restablecido la batalla. Claparede y Latour-Maubourg han despejado el desfiladero de Spas-Kaplia que Plutof ocupaba ya á dos leguas á espaldas de nuestra línea. Hay dos generales rusos muertos, otros heridos; es muy crecida la perdida de los enemigos; pero queda de su parte la superioridad del ataque, nuestra artillería, la posicion y la victoria finalmente.

Tocante á Murat, no tiene ya vanguardia. El armisticio habia perdido la mitad de su restante caballería; la ha consumido esta batalla; y sus reliquias, extenuadas de hambre, serian capaces apénas de una carga. Y hé aquí la guerra

comenzada de nuevo. Era el 18 de octubre.

A semejante noticia vuelve á hallar Napoleon el fuego de sus primeros años. Mil órdenes generales y particulares, todas diferentes, todas acordes y todas indispensables salen juntas de su impetuoso ingenio. No ha anochecido todavía y todo su ejército está ya en movimiento hácia Woronowo; Broussier se dirige hácia Fominskoe, y Poniatowsky hácia Medin. El emperador mismo, antes que la claridad del 19 de octubre le alumbrase, sale de Moscou, exclamando: « marchemos hácia Kalougha, ¡y desgraciados los que se hallen en mi paso! »

LIBRO NONO.

CAPITULO I.

En la parte meridional de Moscou, junto á una de sus puertas, un dilatadísimo arrabal se divide en dos caminos reales que van á Kalougha: el de la izquierda, es el mas antiguo, el otro es nuevo. En el primero acababa Kutusof de derrotar á Murat. Por este mismo camino salió Napoleon de Moscou el 17 de octubre, participando á sus generales que iba á volverse hácia las fronteras de la Polonia por Kalougha, Medyn, Iuknow, Elnia y Smolensko. Uno de ellos, Rapp, le hizo presente « que ya era tarde, y que el invierno podria alcanzarnos en el camino.» Respondió el emperador, « que él habia

debido dar lugar á los soldados para repone-
 nerse, y á los heridos reunidos en Mos-
 cou, Mojaisky y Kolostkoi, el suficiente tambien
 para encaminarse hácia Smolensko. »
 Mostrando despues un cielo siempre puro,
 les preguntó « si no reconocian su estrella
 en aquel resplandeciente sol. » Pero este
 recurso á su fortuna, y la siniestra ex-
 presion de sus facciones, desmentian la
 confianza que afectaba.

Habiendo entrado Napoleon en Mos-
 cou con noventa mil combatientes, salia
 de ella con mas de cien mil. No dejaba
 allí mas que mil y doscientos heridos. Su
 estancia á pesar de las cotidianas pér-
 didas le habia servido pues para hacer
 descansar su infantería, completar sus
 municiones, aumentar sus fuerzas con
 diez mil hombres, y favorecer el res-
 tablecimiento ó retirada de una crecida
 parte de sus heridos. Pero pudo notar,
 desde aquel primer dia, que su caballería
 y artillería se arrastraban mas bien que
 marchaban.

Pero un desagradable espectáculo daba
 nuevo incremento á los tristes presagios
 de nuestro gefe. El ejército salia sin in-
 terrupcion de Moscou desde la víspera.
 En aquella columna de ciento cincuenta
 mil hombres y unos cincuenta mil caballos
 de toda especie, cien mil combatientes
 que marchaban al frente con sus mochilas,
 armas, mas de quinientos cañones y dos mil
 carros de artillería, traian á la memoria
 aquel formidable aparato de los campeones
 vencedores del mundo. Pero lo restante,
 en una espantosa proporcion se asemejaba
 á un aduar de Tártaros despues de una
 triunfante invasion. Era en tres ó cuatro
 hileras inmensamente largas, una mezcla,
 una confusion de birlochos, arcones, coches
 lucidísimos y carros de toda especie. Aquí,
 trofeos de banderas rusas, turcas y persas,
 y aquella descomunal cruz del Gran-Yvan :
 allá varios aldeanos rusos con sus barbas,
 conduciendo ó llevando nuestro botin, de
 que hacian ellos parte; otros arrastrando

á brazo hasta carretones, llenos de cuanto les había sido posible llevarse. No llegaron así los insensatos al cabo de la primera jornada; pero desaparecian á los ojos de su loca avaricia ochocientas leguas de marcha y continuas batallas.

Se notaba mas particularmente en aquella comitiva de egército una multitud de hombres de todas las naciones, como tambien diversos criados jurando en todas las lenguas, y haciendo avanzar á puro gritos y golpes, coches primorosos, tirados por caballos enanos, enganchados con cordeles. Ivan llenos de botin arrancado de las llamas, ó de víveres. Conducian tambien á varias damas francesas y sus niños, las cuales fueron dichas moradoras de Moscou en otros tiempos; ivan huyendo ahora del ódio de los Moscovitas que la invasion habia llamado sobre sus cabezas; su único asilo estaba en el egército.

Algunas doncellas rusas, voluntarias cautivas, venian siguiendo tambien Creía-

mos ver de vuelta una caravana, una nacion errante, ó por mejor decir uno de aquellos egércitos antiguos enteramente cargado de cautivos y despojos despues de inauditos estragos.

No alcanzaba uno como la cabeza de aquella columna podria arrastrar y sostener en tan larga travesía una pesada masa de equipages.

Napoleon, á pesar de lo ancho del camino y de los gritos de su escolta, tenia suma dificultad para abrirse paso por medio de aquella batahola. Bastaban sin duda el embarazo de un desfiladero, algunas marchas dobles, ó un arranque de cosacos para desembarazarnos de todo este boato; pero únicamente la suerte ó el enemigo podian aligerarnos así: en cuanto al emperador, le constaba bien que no podia quitar ni afeár á los soldados aquel fruto de tantos afanes. Por otra parte el botin suplia los víveres; y ¿podia prohibir que lo llevasen consigo los soldados, cuando no le era posible suministrarles

las subsistencias que les eran debidas? Ultimamente, habiendo escasez de transportes militares, aquellos carruages eran la única via de salud para los enfermos y heridos.

Napoleon se desembarazó pues silenciosamente del inmenso tren que llevaba tras sí, y se adelantó por el antiguo camino de Kalougha. Apretó en esta direccion por algunas horas, anunciando que iba á triunfar de Kutusof en el campo mismo de su victoria. Pero de repente, en medio del dia, y en la altura del palacio de Krasnopachra en que se detuvo, se volvió prontamente á la derecha con su ejército; y llegó en tres jornadas, y por medio de los campos, al camino nuevo de Kalougha.

En medio de esta maniobra le sorprendió la lluvia, la cual echó á perder los atajos, y le obligó á pararse allí. Costó suma dificultad el sacar nuestra artillería de aquellos cenagales.

El emperador sin embargo habia en

cubierto su movimiento con los cuerpos de Ney, y las reliquias de Murat que se quedáron detras del Motscha y en Woronowo. Engañado Kutusof con esta illusion, esperó todavía al ejército grande en el camino antiguo, mientras que transportado aquel todo entero al nuevo en el 23 de octubre, no tenia que andar ya mas que una jornada para pasar pacíficamente al lado del general ruso, y tomarle la delantera hácia Kalougha.

Una carta de Berthier á Kutusof, con fecha del primer dia de esta marcha de flanco, fué una ultima tentativa de paz, y quizás juntamente un ardid de guerra: pero quedó sin respuesta satisfactoria.

CAPITULO II.

El cuartel imperial se hallaba en Borowsk el 23. Aquella noche fué dulce para el emperador; el cual supo que Delzons y su division, á las seis de la tarde, habian hallado vacíos Malo-Iaroslavetz y los montes que la dominan; era una posicion fuerte, á la mano de Kutusof, y el único punto en que este podia cortarnos el camino nuevo de Kalougha.

Quiso al principio Napoleon asegurar este triunfo con su presencia; y aun se comunicó la orden de marcha. Se ignora porque dió contraorden. Pasó á caballo toda aquella noche no léjos de Borowsk, á la izquierda del camino, hácia donde suponía á Kutusof. Examinaba, en medio de una copiosa lluvia, el terreno, como si hubiera podido servir de campo de

batalla. Supo en el siguiente dia 24, que le disputaban á Delzons la posesion de Malo-Iaroslavetz. Apénas esto le conmovió, sea confianza, sea incertidumbre en sus planes.

Salía pues de Borowsk tarde y sin acelerarse, cuando llegó á sus oídos el ruido de una vivísima refriega: inquiétase con ello, vuela á ponerse en una eminencia, y escucha. « ¿Se le habian adelantado los Rusos? ¿Se habia desgraciado su maniobra? ¿No habia usado de suficiente rapidez en su marcha que iba dirigida á tomar la delantera al flanco izquierdo de Kutusof? »

Efectivamente, dicen que en aquel movimiento hubo algo de aquel entorpecimiento que se sigue á un dilatado reposo. Unicamente cien werstas median entre Moscou y Malo-Iaroslavetz; cuatro jornadas bastaban para pasarlas, y se emplearon dos mas; pero sobrecargado de vituallas y botín, el egército estaba pesado, y el camino era pantanoso. Habia habido precision de sacrificar todo un

dia entero al paso del Nara y su laguna , igualmente que á la reunion de los diversos cuerpos. Por otra parte , desfilando tan cerca de los enemigos , era necesario estrecharse en la marcha para no prestarles un flanco muy prolongado. Sea lo que quiera de todo ello , podemos referir á aquella detencion el principio de todos nuestros desastres.

Sin embargo , el emperador prosigue escuchando , y el ruido va en aumento. « ¡Es pues una batalla ! » exclama. Cada descarga le despedaza el corazon , porque su ánimo no era ya de conquistar , sino de conservar. Apura pues á Davoust que le acompaña ; pero este mariscal no llegó hasta la noche al campo de batalla , cuando los fuegos eran cortos ya , cuando todo estaba decidido.

El emperador vió el fin de la refriega , pero sin poder socorrer al virey. Una banda de Cosacos de Twer , á corta distancia de él , estuvo ya para coger á un oficial suyo.

Luego que hubo anochecido , un oficial

enviado por el principe Eugenio , vino á explicárselo todo á Napoleon. « Habia sido necesario pasar desde luego , o dijo , el Louja , al pie de Malo-Iaroslavetz , en lo interior de un recodo que hacen sus aguas , trepar despues por una colina escarpada ; la ciudad está edificada sobre este rápido declive , cortado por diversos resaltos perpendiculares. Hay mas allá un páramo , cercado de montes de que salen tres caminos , el uno en frente , que viene de Kalougha , y dos á la izquierda que llegan de Lectazowo , campo atrincherado de Kutusof. »

« Delzons no encontró allí al enemigo la vispera , pero no creyó deber colocar toda su division en la ciudad alta , mas allá de un rio , de un desfiladero y en la cima de un precipicio al cual hubiera podido arrojarla una sorpresa nocturna. Quedóse pues en la margen baja del Louja , y mandó que unicamente dos batallones ocupasen la ciudad , y observasen el páramo.

« La noche se finalizaba ; eran ya las cuatro ; todos dormian todavía en los bi-

vaques de Delzons, excepto algunas centinellas, cuando los Rusos de Doctorof salen repentinamente de los montes con espantosos gritos. Nuestras centinelas se replegan desordenadamente hácia sus puestos, los puestos hácia sus batallones, y estos hácia la division: y no era una repentina embestida, pues los Rusos habian mostrado alguna artillería! El zumbido de ella habia ido desde el principio del ataque á llevar al virey, á tres leguas de allí, la noticia de un combate serio.»

El informe añadía « que el príncipe habia acudido entonces con varios oficiales, que sus divisiones y guardia le habian seguido precipitadamente; á proporcion que él se acercó, se desplegó á su vista un vasto anfiteatro muy animado; el Louja señalaba el pie, y ya un enjambre de tiradores rusos disputaban sus orillas.»

A sus espaldas, y desde lo alto de las escarpaduras de la ciudad, la vanguardia enemiga dirigía sus fuegos contra Delzons: mas allá, en el páramo, acudia todo e

egército de Kutusof, en dos largas y negras columnas, por los dos caminos de Lectazowo. Las veian prolongarse y atrincherarse en aquel declive raso, de una media legua de semidiámetro, desde donde lo dominaban y abrazaban todo con su número y posicion; aun se establecian ya de parte á parte en aquel camino antiguo de Kalougha, libre ayer, y que nosotros éramos dueños de ocupar y recorrer, y que Kutusof podrá defender paso por paso en adelante.

Al mismo tiempo la artillería enemiga se habia aprovechado de las alturas que hay, por su lado, en las márgenes del rio; sus fuegos atraviesan lo interior del recodo en que Delzons y sus tropas se habian empeñado. La posicion era indefensible y toda vacilacion funesta. Era menester salir de ella por medio de una pronta retirada, ó atacando con ímpetu: pero nuestra retirada estaba al frente de nosotros, y el virey mandó atacar.

Despues de haber pasado el Louja por un estrecho puente, el camino real de

Kalougha entra en Malo-Iaroslavetz, siguiendo el fondo de una quebrada que sube á la ciudad. Los Rusos llenaban en masa este camino hondo; en él se internaron á ciegas Delzons y sus Franceses, son arrollados los rusos, los cuales ceden, y relucen bien presto nuestras bayonetas en las alturas.

Teniendo por segura Delzons la victoria, dió parte de ella. No le restaba que invadir ya mas que un recinto de edificios; pero sus soldados se manifestaron vacilantes. Se adelantó él; y los animaba con sus ademanes, voz, y ejemplo, cuando le hirió en la frente una bala, tendiéndole en el suelo. Viéron entonces á su hermano echarse sobre él, cubrirle con su cuerpo; apretale en sus brazos, quiere arrancarle del fuego y refriega, pero le alcanzó á él mismo una segunda bala, ambos espiraron juntos.

Esta pérdida dejaba un gran vacío que fue necesario llenar. Guillemint, sucedió á Delzons; y metió desde luego á cion granaderos en una iglesia y su ce-

menterio, en cuyas paredes formaron almenas. Situada esta iglesia en la izquierda de la calzada, dominaba sobre ella y se le debió la victoria. Las columnas rusas que perseguian á las nuestras, pasaron en aquel dia mas allá de este puesto cinco veces; y dirigidos y tirados oportunamente sus golpes por otras tantas contra su flanco y espaldas, les inquietaron y aflojaron su impulso; además, cuando volvíamos á tomar la ofensiva, las colocaba aquella posicion entre dos fuegos, y aseguraba el acierto de nuestros ataques.

Apenas Guillemint hubo dado esta disposicion, cuando le asaltaron enjambres de Rusos; le rechazan hácia el puente, en donde permanecia el virey para juzgar del estado de la refriega y preparar sus reservas. Desde luego los socorros que él envió fueron débiles, y llegaron unos tras otros, é insuficiente cada uno de ellos como acaece siempre para un esfuerzo mayor, se malograron todos sucesivamente sin fruto ninguno.

Ultimamente, empuñase toda la division 14^a en la batalla, la cual sube y llega por tercera vez á las alturas: pero desde que los Franceses pasaron mas allá de las casas, desde que se alejaron del punto céntrico de que habian partido, desde que se presentan en el páramo en el cual están al descubierto, y la esfera se extiende, no son ya suficientes: arrollados entonces con los fuegos de un ejército entero, se asombran y conmueven; acuden de continuo nuevos Rusos; aclaradas nuestras filas, ceden y se rompen; los obstáculos del terreno aumentaban su desorden, y ételos de nuevo que se vuelven á bajar atropelladamente abandonándolo todo.

Pero diversas bombas habian abrasado á espaldas suyas aquella ciudad de madera; al retroceder encuentran el incendio, repélelos el fuego hácia el fuego; vueltos fanáticos los reclutas rusos, se encarnizan, nuestros soldados se indignan, se pelean cuerpo á cuerpo; se ven algunos coger con una mano, y sacudir

con la otra, y vencedores ó vencidos rodar al fondo de los precipicios, y en medio de las llamas sin soltar la presa. Allí los heridos expiran ahogados con el humo, y devorados por las brasas. Ennegrecidos y calcinados bien pronto sus esqueletos, son de un horrendo aspecto, cuando la vista descubre en ellos una reliquia de forma humana.

Sin embargo, no todos desempeñaron igualmente bien su obligacion. Se notó un gefe, grande hablador, que desde el fondo de una quebrada, empleaba en perorar el tiempo de obrar. Retenia al lado, en aquel sitio seguro, las tropas necesarias para autorizarle á permanecer allí él mismo, dando lugar á que lo demás se expusiese por menor, sin union, y al acaso.

Quedaba todavía la division 15^a. El virey la llama, se adelanta echando una brigada á la izquierda en el arrabal, y otra á la derecha en la ciudad: eran Italianos, reclutas, y peleaban por la pri-

mera vez. Subieron gritando de entusiasmo, ignorando el peligro ó despreciándole, por un efecto de aquella singular disposicion que hace menos querida la vida en su flor que en la vejez, sea que el joven teme menos la muerte con el instinto de la distancia, ó que rico de dias y pródigo de todo en aquella edad, desperdicia su vida como los ricos sus tesoros.

El choque fue terrible; reconquistóse todo por unas cuantas veces y se perdió igualmente. Mas activos que sus antiguos camaradas para comenzar, se fastidiaron mas pronto, y se volvieron huyendo hacia los batallones de veteranos que los sostuvieron, y se vieron precisados á conducirlos otra vez al peligro.

Alentados entonces los Rusos con su número de continuo en aumento y con el triunfo, bajaron por su derecha para apoderarse del puente y cortarnos toda retirada. No le quedaba ya al príncipe Eugenio mas que su última reserva, y

él mismo tomó parte con su guardia, á cuya vista y gritos del príncipe se avivan las reliquias de las divisiones 13^a, 14^a y 15^a, las cuales hacen un último y eficaz esfuerzo, y se renueva todavía la batalla en las alturas por quinta vez.

Al mismo tiempo el coronel Peraldi y los cazadores italianos, arrollaban á bayonetazos á los Rusos que veian ya á la izquierda del puente, y sin tomar aliento, cegados con el humo y fuego que han atravesado, con los golpes que sus manos descargaban y con su victoria, se internaron bien adelante en el páramo, y quisieron apoderarse de los cañones enemigos, pero una de aquellas profundas grietas de que está surcado el suelo ruso, detuvo sus pasos bajo un mortífero fuego: abriéronse sus filas que la caballería enemiga atacó, y se vieron rechazadas hasta los jardines del arrabal, se detienen y estrechan allí; Durrieu, Giffinga, Trezel, Franceses é Italianos, todos defienden con encarnizamiento las

salidas altas de la ciudad, y rechazados por último los Rusos, retroceden y se reconcentran en el camino de Kalougha, entre los montes y Malo-Iaroslavetz.

Reunidos de esta manera diez y ocho mil Italianos y Franceses en el fondo de una quebrada, vencieron á cincuenta mil Rusos colocados encima de sus cabezas, y auxiliados de cuantos habitantes puede presentar una ciudad construida sobre un rápido declive.

El egército sin embargo contemplaba con tristeza aquel campo de batalla, en que siete generales y cuatro mil Franceses ó Italianos acababan de ser muertos ó heridos. No consolaba la vista de las pérdidas del enemigo; pues no era el doble de la nuestra, y salvaban sus heridos. Se traía á la memoria por otra parte, que sacrificando Pedro I, en una semejante posicion, diez Rusos por un sueco, habia creído no solamente no hacer mas que una pérdida igual, sino tam-

bien ganar en aquel terrible trato. Nos condolíamos mas particularmente cuando pensabamos en que hubiera podido evitarse aquella sangrienta refriega.

En efecto, algunos fuegos que renacieron hácia nuestra izquierda en la noche del 23 al 24, advirtieron del movimiento de los Rusos hácia Malo-Iaroslavetz; y sin embargo se notaba que se habia marchado allí flojamente; que unicamente una division echada á tres leguas de distancia de todo socorro, se habia aventurado negligentemente, y que los cuerpos de egército no habian permanecido á la mano unos de otros. ¿Qué se habia hecho de aquellos rápidos y decisivos movimientos de Marengo, Ulma y Eckmuhl? ¿Por qué aquella marcha blanda y pesada en tan críticas circunstancias? ¿Nos habia desordenado por ventura tanto nuestra artillería y bagages? Esto era lo mas verosímil.

CAPITULO III.

Quando el emperador oyó el informe de esta batalla, estaba á unos pasos á la derecha del camino real en lo hondo de una quebrada, á orillas del arroyo y de la aldea de Ghorodinia, en una choza de un tejedor, casa de madera vieja, arruinada é infecta, que distaba una media legua de Malo-Iaroslavetz, á la entrada del recodo del Louja. En aquella carcomida habitacion, y en un cuarto sucio, oscuro, y dividido en dos con un lenzon, iba á decidirse la suerte del ejército y de la Europa.

Se pasaron en recibir noticias las primeras horas de la noche. Todas anunciaban que el enemigo se disponia á dar en el siguiente dia una batalla, que todos estaban inclinados á rehusar. Entró

Bessieres á las once de la noche. Este mariscal debia su elevacion á varios servicios honrosos, y al afecto del emperador, que le habia tomado bastante inclinacion. Es verdad que uno no podia ser favorito de Napoleon como de cualquier otro monarca; que á lo menos era menester haberle seguido y serle útil en algo, porque él hacia escasos sacrificios por complacencia; que era preciso finalmente haber sido mas que testigo de tantas victorias, y fatigado el emperador se acostumbraba á mirar con aquellos ojos que él discurría haber formado.

El emperador acababa de enviar á este mariscal para examinar la actitud de los enemigos. Bessieres obedeció, recorrió diligentemente el frente de la posicion de los Rusos, y dijo: «Es inexpugnable. — ¡Cielos! exclamó Napoleon juntando las manos, ¿lo ha visto Vmd. bien? ¿me responde de ello?» Bessieres repite su aserto y afirma «que trescientos granaderos bastarian allí para detener á un

egército. » Vióse entonces que Napoleon cruzaba sus brazos, se ponía cabizbajo, y permanecía como sumergido en las más tristes reflexiones. « Su egército está victorioso y él vencido: le han cortado la retirada y desconcertado su maniobra: ¡Kutusof, un viejo, un Escita, se le ha adelantado! ¡no le es posible acusar á su estrella! ¡no parece que le ha seguido en Rusia el sol de Francia! ¿No estaba libre ayer todavía el camino de Malo-Iaroslavetz? ¿no le ha faltado pues su fortuna? ¿le ha faltado él á ella?»

Perdido en este piélago de dolorosos pensamientos, cae en una tan grande consternacion mental, que ninguno de cuantos se le acercan puede arrancarle una palabra; apenas se logra de él á puro importunidades una cabezada. Quiere por último tomar algun descanso, pero un abrasado pervigilio le tiene mortificado. Durante el resto de aquella cruel noche, se acuesta, vuelve á levantarse, está llamando á cada momento, y no obstante

esto, ninguna palabra descubre su conflicto; unicamente por la agitacion corporal, se colige la de su ánimo.

Hácia las cuatro de la mañana un oficial de ordenanza (el príncipe de Aremberg), llegó á avisarle que con las tinieblas de la noche, la fragosidad de los montes, y con el favor de un terreno quebrado, algunos Cosacos se introducian entre él y su vanguardia. El emperador acababa de enviar á Pomiatowsky á Kremenkoe, hácia su derecha. Esperaba tan poco al enemigo por aquella parte, que habia omitido el mandar descubrir el campo por su flanco derecho. Despreció pues el aviso de su oficial de ordenanza.

Luego que el sol del día 25 se dejó ver en el horizonte, subió Napoleon á caballo y se adelantó hácia el camino de Kalougha, que no era ya para él mas que el de Malo-Iaroslavetz. Para llegar al puente de aquella ciudad, era preciso que atravesase la llanura larga y ancha de una media legua, que el Louja abraza con

su circuito : unicamente algunos oficiales seguian al emperador. No habiéndose avisado los cuatro escuadrones de su habitual escolta, se apresuraban para alcanzarle, pero no se le habian incorporado todavía: el camino estaba lleno de arcones de ambulancia, de artillería y carruages de lujo, era lo interior del ejército, y todos marchaban sin desconfianza.

Al principio se vió (hacia la derecha) que varios pelotones corrian, y despues que se avanzaban grandes líneas negras. Oyéronse entonces algunos clamores: varias mugeres con algunos galopos se volvian hacia atras corriendo, no dando oidos á nada, ni respondiendo á ninguna pregunta, todos despavoridos, mudos y asustados. Se detenia incierta al mismo tiempo la hilera de los coches en la cual se introducía la turbacion; los unos querian continuar, los otros volverse; se cruzaron y se volcaron; bien presto fue un alboroto y un completo desorden.

El emperador miraba y se sonreia, adelantándose siempre y tomándolo por un terror pánico. Sus edecanes se recibian algunos Cosacos, pero los veian marchar tan bien formados en pelotones, que lo dudaban todavía; y si aquellos desastrados no hubieran dado alaridos al atacar, como lo hacen todos ellos para ensordecerse, no se les hubiera escapado Napoleon quizás. Lo que aumentó el peligro es, que al principio se tomaron aquellos clamores por aclamaciones, y aquellos alaridos por gritos de: «Viva el emperador.»

¡Eran Platof y seis mil Cosacos que, detras de nuestra vanguardia victoriosa, habian intentado atravesar el rio, la llanura baja y la calzada, llevándose todo al paso; y en aquel instante mismo en que el emperador sosegado en medio de su ejército y de los recodos de un rio tortuoso se adelantaba, no queriendo creer en un proyecto tan audaz, le egecutaban ellos!

Una vez arrojados, se acercaron tan rápidamente, que Rapp no tuvo lugar mas que para decir al emperador: «¡Son ellos, vuelva V. M.!» Napoleon sea que viesé mal, sea repugnancia para huir, se obstinó é iba á ser envuelto, cuando Rapp cogió la brida de su caballo y le hizo volver hácia atras gritándole: «¡Es cosa necesaria!» Y realmente convenia huir. La arrogancia de Napoleon no pudo resolverse á ello: echó mano á la espada; el príncipe de Neufchatel y el caballerizo mayor le imitaron; y habiéndose colocado en el lado izquierdo del camino, esperaron al aduar. Los separaba de él apenas cuarenta pasos: Rapp no tuvo lugar mas que para volverse y hacer frente á aquellos bárbaros, el primero de los cuales metió su lanza tan violentamente en el pretal de su caballo que le tumbó por tierra. Los otros edecanes y algunos soldados de caballería de la guardia, libertaron á aquel general. Esta accion, el valor de Lecoulteux, los esfuerzos de

unos veinte oficiales y cazadores, y mas particularmente la sed de aquellos bárbaros por el pillage, salvaron al emperador.

Sin embargo, no tenian mas que alargar la mano para cogerle, porque atravesando el aduar en el mismo instante por el camino real, lo arrolló todo, caballos, hombres, carruages, hiriendo y matando á los unos, y arrastrando con los otros hácia los montes para despojarlos, y volviendo despues los caballos enganchados en los cañones, se los llevaban por medio de los campos; pero no tuvieron mas que una instantánea victoria y un triunfo de sorpresa. Acudió la caballería de la guardia, á cuya vista soltaron los Cosacos su presa, huyeron, y aquel torrente se fué, dejando, es verdad, sensibles vestigios, pero abandonando cuanto arrastraba.

Sin embargo, muchos de aquellos bárbaros se habian manifestado atrevidos hasta la insolencia. Los habian visto retirarse por entre los intermedios de nues-

tros escuadrones al paso, y cargando de nuevo sus armas sosegadamente. Contaban con la pesadez de nuestra escogida caballería, y con la ligereza de sus caballos que aprietan con un látigo. La huida se había efectuado sin desorden: habían hecho frente muchas veces (sin esperar es verdad) hasta tiro de cañón, de modo que apenas habían dejado heridos y ni un prisionero. Ultimamente, nos habían atraído hácia unas quebradas llenas de malezas, en que seis cañones que allí los esperaban, nos detuvieron. Todo ello ofrecía materia para reflexionar: nuestro ejército estaba usado, y la guerra renacía enteramente nueva y completa.

Absorto el emperador de que se hubieran atrevido á atacarle, se detuvo hasta que se limpiase la llanura, y se encaminó despues hácia Malo-Iaroslavetz, en donde el virey le mostró los obstáculos superados en la vispera: la tierra misma lo decia suficientemente.

¡Ningun campo de batalla fué jamas de una mas terrible elocuencia! Sus bien declaradas formas, las ruinas enteramente ensangrentadas, las calles cuya señal no se conocia mas que por el largo rastro de muertos y las cabezas aplastadas con las ruedas de los cañones; diferentes heridos que se descubrian todavía saliendo de los escombros, arrastrándose con sus vestidos, pelo y miembros medio consumidos, dando lastimosos gritos; y por último, el lúgubre ruido de las exequias que los doloridos granaderos hacian á las cenizas de sus coroneles y generales muertos: todo ello testificaba la mas encarnizada refriega. Dicen que el emperador no vió mas que la gloria en esto, y exclamó: «que el lustre todo de tan admirable batalla, pertenecia por entero al príncipe Eugenio;» pero poseido ya de una adversa impresion, este espectáculo la aumentó y se adelantó despues por el páramo.

CAPITULO IV.

¿Haceis memoria, compañeros míos, de aquel fatal campo en que se detuvo la conquista del mundo, en que llegaron á desgraciarse veinte años de victorias, y en que dió principio la grande ruina de nuestra fortuna? ¿Os representais todavía aquella ciudad trastornada y ensangrentada, aquellas profundas quebradas, y los montes que rodean aquel páramo y forman de él un campo cerrado? Por una parte los Franceses viniendo del norte que ellos evitan; por otra á la entrada de los montes los Rusos guardando el sur, y tratando de repelerlos hácia el poderoso invierno; Napoleón entre dos egércitos en medio de aquella llanura con sus pasos y miradas errantes del mediodia al poniente,

sobre los caminos de Kalougha y Medyn, los cuales ambos le estan cerrados: en el de Kalougha, parece que Kutusof y ciento veinte mil hombres, estan prontos á disputarle veinte leguas de desfiladeros: hácia la parte de Medyn, vé una numerosa caballería, es Platof y aquellas mismas tribus que acaban de penetrar en el flanco del egército, que le han atravesado de parte á parte, y salido de él cargados de botin para volverse á formar sobre su flanco derecho, en que varios refuerzos y su artillería les han esperado. En aquel lado clavó el emperador mucho la vista, y sobre él consultó con sus mapas, escuchó á sus generales, y apreció cuan crítica era su posicion por la extremada violencia de los disentimientos de estos últimos, á cuya expresion no podia contener su presencia; despues muy cargado de pesares y tristes vaticinios, le vieron volverse lentamente á su cuartel general.

Le habian acompañado Murat, el prin-

cipe Eugenio, Berthier, Davoust y Bessieres. Aquella ruin habitacion de un humilde artesano, abrigaba á un emperador, dos reyes y tres generales de egército. En ella iban á decidir de la Europa y del egército que la habia conquistado. ¡Smolensko era el blanco! ¿Se marchará á ella por Kalougha, Medyn ó Mojaisk? Entretanto Napoleon está sentado delante de una mesa con la cabeza apoyada en las manos que ocultaban sus facciones, y quizás tambien el apuro que ellas expresaban.

Se respetaba un silencio lleno de tan inminentes destinos, cuando Murat que no caminaba mas que á tontas y á locas, se cansa de aquella irresolucion, no dando oídos mas que á su genio, todo entero en el calor de su sangre, se arroja fuera de aquella incertidumbre por medio de uno de aquellos primeros impulsos que llevan ó precipitan.

Levántase, y exclama: «Que podian acusarle todavía de imprudencia, pero

que en la guerra toca á las circunstancias el decidir de todo y á cada cosa su nombre; que en donde no hay ya mas que atacar, la prudencia se vuelve temeridad, y la temeridad prudencia; que es necesario pues proseguir. ¡Qué importa aquella tremenda actitud de los Rusos ni los impenetrables montes! Los desprecia él: dénese únicamente las reliquias de su caballería y las de la guardia, y va á internarse en las selvas enemigas, en sus batallones, á derrotarlo todo, y abrir el camino de Kalougha al egército.»

Medio levantando aquí la cabeza Napoleon, abatió todo aquel ardor con decir: «Que bastaba ya de temeridades; que no se habian hecho sino muchas en favor de la gloria, y que era ya hora de no pensar mas que en salvar las reliquias del egército.»

Bessieres entonces, sea que su orgullo se hubiese estremecido á la idea de obedecer al rey de Nápoles, sea deseo de

conservar intacta aquella caballeria de la guardia de que él era responsable á Napoleon y en la que estribaba su mando, Bessieres (repito) que se reconoce sostenido, tiene valor para añadir: «Que el ejército y aun la guardia, carecerian del necesario arrojo para semejantes esfuerzos: se decia en ellos ya, que siendo insuficientes los transportes, el vencedor que fuera herido en lo sucesivo, quedaria abandonado á los vencidos, que así pues toda herida seria mortal y seguirian flojamente á Murat, ¿y en qué posicion? ¿acababa de reconocerse su fuerza? ¿contra qué enemigos? ¿no se habia notado el campo de batalla de la víspera? ¿y con qué furor se habian dejado matar en ella los reclutas rusos apenas armados y vestidos?» Acabó este mariscal profiriendo la voz *retirada*, que el emperador aprobó con su silencio.

El príncipe de Eckmuhl, declaró al punto: «Que, supuesto que se decidian á retirarse, solicitaba que fuera por Medyn

y Smolensko.» Pero le interrumpió Murat, y sea enemistad ó abatimiento, ordinaria consecuencia de una temeridad reprimida, diciendo que «se extraña de que haya valor para proponer una tan extremada imprudencia al emperador. ¿Ha jurado Davoust la ruina del ejército? ¿quiere que una tan larga y pesada columna vaya á echarse sin guias, é incierta en un camino desconocido á tiro de Kutusof y presentando sus flancos á vista del enemigo? ¿la defenderá Davoust? ¿por qué cuando á nuestras espaldas, Borowsk y Vereya nos conducen sin peligro á Mojaisk, rehusar esta via de salud? Allí deben haberse hecho algunas provisiones: nos es conocido todo y ningún traidor nos extraviará.»

A cuyas palabras, sumamente enardecido Davoust con una ira que encubre á puro esfuerzos, responde: «Que él propone una retirada por en medio de un suelo fértil, por un camino vírgen, provisto,

pingüe, intacto, cuyos pueblos se mantienen en pie todavía; y por el camino mas corto, á fin de que el enemigo no se sirva de él para cortarnos el paso de Mojaisk á Smolensko, que Murat designa. ¡Y qué pasó! ¡un desierto de arenas y cenizas, en donde diversos convoyes de heridos agravan nuestros embarazos, en donde se hallaban únicamente ruinas, ensangrentados vestigios, hambre y esqueletos!

«Que á demas, es deudor de su dictámen cuando se le pida; que obedecerá á la orden que le sea contraria, con el mismo zelo que egecutaria la que él hubiera sugerido; pero que solo el emperador tenia derecho para imponerle silencio, y no Murat; que no era su soberano ni lo seria jamas.»

Iba acalorándose el altercado, Bessieres y Berthier mediaron. En cuanto al emperador, embebido siempre en la misma postura, parecia insensible. Rompió

finalmente su silencio, y aquel consejo con las siguientes palabras: «Está bien, señores, me decidiré.»

Se decidió á retirarse y fué por el camino que desde luego le alejaba mas prontamente del enemigo; pero todavía hubo necesidad de un cruel esfuerzo para arrancarse á sí mismo una orden de marcha, tan nueva para él. Cuyo esfuerzo fué tan penoso, y le costó tanto á su arrogancia, que perdió en aquella lucha interior, el uso de sus potencias. Los que le socorriéron, han dicho que el informe de otro reencuentro de Cosacos hácia Borowsk, á unas leguas por la espalda del ejército, fué el débil y último choque que acabó de determinarle para esta infausta resolucion.

Lo mas notable es que ordenó esta retirada hácia el norte, al mismo tiempo que totalmente inmutados Kutusof y sus Rusos con la batalla de Malo-Iaroslavetz, se retiraban hácia el sur.

CAPITULO V.

Una misma ansiedad habia tenido agitado el campo de los Rusos en aquella misma noche. Durante la accion de Malo-Iaroslavetz, viéron que Kutusof solo se acercaba al campo de batalla titubeando, parándose á cada paso, sondeando el terreno, como si hubiera temido de verle hundirse debajo de sí, y haciéndose arrancar sucesivamente los diversos cuerpos que enviaba al socorro de Doctorof. No se atrevió el mismo á venir á colocarse en medio del camino de Napoleon, hasta aquella hora en que no son ya de temer las batallas generales.

Enardecido entonces Wilson con la refriega, habia acudido, hácia el lado de Kutusof; Wilson, aquel Ingles activo, inquieto, aquel que se vió en Egipto, Es-

paña, y en todas partes enemigo de los Franceses y de Napoleon. Representaba á los aliados en el ejército ruso; era en medio del poder de Kutusof un hombre independiente, un observador y aun juez, motivos infalibles de aversion: su presencia era odiosa al anciano Ruso; y no dejando el odio nunca de engendrar el odio, ambos se aborrecian.

Wilson le hace cargo de su incomprendible lentitud, que por cinco veces en un solo dia acababa de malograrles la victoria, como en Winkowo; y le trae á la memoria aquella batalla del 18 de octubre. En efecto, Murat estaba perdido en aquel dia, si Kutusof hubiera ocupado vivamente el frente de los Franceses con un ataque serio, mientras que Beningsen cercaba su ala izquierda. Pero sea incuria ó lentitud, defectos de la vejez, sea, como lo dicen muchos Rusos, que Kutusof tuviese mas envidia á Beningsen que enemistad á Napoleon, el anciano atacó

muy flojamente, muy tarde, y se habia parado con mucha presteza.

Wilson prosigue, le interpela, pidele una batalla decisiva para el siguiente dia, y viéndola negada, exclama, « ¡ que quiere pues dar un libre paso á Napoleon, y dejarle escapar con su victoria! ¡ Que grito de indignacion se dará en Petersburgo, en Londres, en toda la Europa! ¡ no le hieren ya en sus oidos las quejas de sus tropas! »

Pero irritado Kutusof, le responde, « que sí, sin duda ninguna, haria un puente de plata al enemigo mas bien que exponer su egército, y con él la suerte de todo el imperio. ¿ No va huyendo Napoleon? ¿ Porque detenerle, y obligarle á vencer? Es suficiente contrario suyo el tiempo; el invierno es el mas seguro aliado entre todos los de la Rusia; cuyos socorros quiere esperar él. En quanto al egército ruso, es suyo y le obedecerá á pesar de los clamores de Wilson; bien informado Alejandro,

le dará su aprobacion; ¿ que le importa la Inglaterra? ¿ Pelea pues él acaso por ella? Es ante todas cosas Ruso; quiere que la Rusia se liberte; y va á libertarse sin correr el nuevo riesgo de una batalla. Por lo que mira á lo restante de la Europa, le importa poco que esté bajo la dominacion de la Francia ó de la Inglaterra. »

Así queda rebatido Wilson, y sin embargo Kutusof, encerrado con el egército frances en aquel páramo de Malo-Iaroslavetz, se halla obligado á mostrar allí el mas formidable aparato. Despliega en aquella altura, el 25, todas sus divisiones y setecientas piezas de artillería. No se duda ya en ambos egércitos que haya llegado un último dia; lo cree Wilson mismo. Ha notado que las líneas rusas estan arrimadas á una quebrada cenagosa que un poco seguro puente atraviesa. Este medio único de retirada, en presencia del enemigo, le parece impracticable: es preciso por último que Kutusof venza ó perezca; y el Ingles se regocija con la es-

peranza de una batalla decisiva; que su éxito sea fatal á Napoleon, ó peligroso para la Rusia, será sangrienta, y la Inglaterra no puede ménos de ganar en esto.

Venida sin embargo la noche, é inquieto todavía, recorre las filas, se alegra sobremanera de oír que Kutusof jura por último que va á dar la batalla; triunfa al ver que todos los generales rusos se preparan para una tremenda refriega; únicamente Beningsen lo duda todavía. Sin embargo, pensando el Ingles en que la posición no permitía ya volverse atrás, descansaba finalmente esperando que amaneciese, cuando hácia las tres de la mañana le despierta una orden de retirada.

Fuéron en balde todos sus esfuerzos. Kutusof estaba resuelto á huir hácia el mediodía, desde luego á Gonczarewo, después mas allá de Kalougha; y todo se hallaba dispuesto ya para su paso en el Oka.

Mandaba Napoleon en aquel mismo

instante, que sus tropas se retirasen, por el norte, hácia Mejsk. Ambos egércitos se volviéron pues las espaldas, engañándose recíprocamente con sus vanguardias.

Por la parte de Kutusof, asegura Wilson que fué como una derrota. Se vió que la caballería, cañones, carruages y batallones, llegaban de todas partes á la entrada del puente á que el egército ruso estaba arrimado. Acudiendo allí todas sus columnas de la derecha, izquierda y centro, se encuentran, estrechan y confunden en una tan disforme, tan amontonada masa, que pierden toda facultad de movimiento. Tardaron muchas horas en poder desembarazar y despejar aquel paso. Cayéron en aquella barahunda diversas balas de cañon, que Davoust había creído perdidas.

Napoleon ne tenia mas que avanzar contra aquella desordenada turba, y se retiró, cuando estaba hecho ya el mayor esfuerzo, el de Malo-Iaroslavetz, y cuando solo el marchar le bastaba. Pero tal es la guerra:

nunca se prueba ni se atreve lo suficiente. El enemigo ignora lo que el enemigo hace. Las avanzadas forman el exterior de estos dos grandes cuerpos enemigos, con el cual se engañan entre sí. Hay un abismo entre dos ejércitos avistados!

Por lo demás, careció aquí quizás de temeridad el emperador, á causa de que habia carecido de prudencia en Moscou: fatigóse, le habian fastidiado aquellas dos refriegas de Cosacos; sus heridos le enternecieron, se desanimó con tantos horrores, y al modo de los hombres de extremados resoluciones, no esperando ya ninguna victoria completa, se determinó á una atropellada retirada.

No vió ya desde aquel instante mas que Paris, así como al partir de Paris habia puesto todas sus miras en Moscou. En el 26 de octubre dió principio el movimiento de nuestra infausta retirada. Se quedó Davoust con veinte y cinco mil hombres en la retaguardia. Mientras que avanzaba algunos pasos, y esparcia el ter-

ror, sin saberlo, entre los Rusos, asombrado el ejército grande, les volvía la espalda. Marchaba este último cabizbajo, como avergonzado y abatido. En medio de él, su gefe, tétrico y silencioso, media según visos con ansiedad su línea de comunicacion con las plazas del Vistula. No le presenta, en el espacio de mas de doscientas cincuenta leguas, mas que dos puntos de detencion ó descanso, Smolensko desde luego y Minsk despues. Ha formado de ambas ciudades sus dos depósitos mayores, en que se reunen inmensos almacenes. Pero Wittgenstein, siempre al frente de Polotsk, amenaza el flanco izquierdo de la primera, y Tchitchakof, ya en Bresk-Litowsky, el flanco derecho de la segunda. Las fuerzas de Wittgenstein se aumentan con los reclutas y nuevos cuerpos que le llegan diariamente, y con la progresiva debilitacion de Saint-Cyr.

Cuenta sin embargo Napoleon con el duque de Bellune y treinta y seis mil soldados suyos de tropas frescas. Cuyo cuerpo de

egército está en Smolensko desde los principios de septiembre. Cuenta con los destacamentos que los depósitos envían, con los enfermos y heridos restablecidos con los rezagados reunidos y formados en Vilna en batallones ambulantes. Todos llegarán á entrar en la línea sucesivamente, y llenarán los vacíos que el acero, el hambre y las enfermedades han hecho en las filas. Habrá pues lugar de volver á aquella posición del Duna y del Boristenes, en que quiere que se crea que agregándose su presencia á la de Victor, Saint-Cyr y Macdonald, reprimirá á Wittgenstein, detendrá á Kutusof, y amenazará á Alejandro hasta en su segunda capital.

Por esto publica Napoleon que va á colocarse sobre el Duna. Pero no descansa su ánimo todavía en aquel rio y el Boristenes; conoce que con un egército fatigado y diminuto no podrá guardar el intervalo de ambos rios, y su curso que los hielos van á borrar. No cuenta con un

mar de nieve de seis pies de profundidad, que el invierno va á extender sobre aquellas regiones; pero que el invierno podrá hacer sólido; todo serviría de camino entonces al enemigo para llegar hasta él, para internarse en los intervalos de sus acantonamientos de madera, esparcidos en doscientas leguas de frontera, y quemarlos.

Si Napoleon se hubiera detenido allí al principio, como lo habia anunciado al llegar á Viteps, conservando y reparando su egército; si se hubieran arrojado Tormasof, Tchitchakof y Hoertel de la Volinia, y si en aquellas ricas provincias hubiera alistado cien mil Cosacos, hubieran sido habitables entónces sus cuarteles de invierno. Pero en el dia no hay allí disposición ninguna; y no solamente sus fuerzas son insuficientes para aquel pais, sino que tambien Tchitchakof, á cien leguas, por su espalda, amenazaría todavía sus comunicaciones con la Alemania y la Francia, y su retirada. Luego

le es necesario ir á buscar cuarteles de invierno cien leguas mas adelante de Smolensko, en una posicion mas reducida, detras de las lagunas del Beresina, en Minsk, de la que le separan cuarenta jornadas.

Pero ¿ llegará con tiempo ? Debe creerlo. Colocados Dombrowsky y sus Polacos alrededor de Bobruisk que observan, bastan para contener á Heertel. En cuanto á Schwartzemberg, este general se halla victorioso; está al frente de cuarenta y dos mil Austriacos, Sajones y Polacos, que, con la division francesa de Dunette, que acude de Varsovia, van á ascender á mas de cincuenta mil combatientes. Ha perseguido á Tormasof hasta el Styr.

Es verdad que acaba de agregarse el ejército ruso de Moldavia á las reliquias del de Volinia; que Tchitchakof, general activo y determinado, ha tomado el mando de estos cincuenta y cinco mil Rusos; que el Austriaco se ha detenido; que aun se

ha visto precisado, el 23 de septiembre, á retroceder detras del Bug; pero ha debido volver á pasar este rio en Bresk-Litowsky, y Napoleon ignora lo demas.

Sin embargo, excepto el caso de una traicion que es muy tarde para prever, y que solo una precipitada vuelta puede impedir, se lisonjea de que Schwartzemberg, Regnier, Dombrowsky, y veinte mil hombres repartidos en Minsk, Slonim, Grodno y Vilna, no permitirán que sesenta mil Rusos se hagan dueños de sus almacenes y le corten la retirada.

CAPITULO VI.

Reducido Napoleon á tan arriesgadas conjeturas, llegaba muy pensativo á Vereia, cuando se le presentó Mortier. Pero echo de ver que llevado yo, como todos nosotros lo eramos entónces, de aquella rápida sucesion de violentos lances y acaecimientos memorables, se ha distraido mi atencion de un hecho digno de notarse. Una horrenda explosion habia conmovido los aires á la una y media de la mañana del 23 de octubre; y se pasmaron de ello por un instante ambos egércitos, en medio de que apenas se pasmaba uno ya de nada esperándolo todo.

Mortier habia obedecido : no existia ya el Kremlin; habianse colocado diversos toneles de pólvora en todas las salas del palacio de los zares, y ciento ochenta y

tres mil libras bajo las bóvedas que las sostenian. Se habia quedado el mariscal con ocho mil hombres sobre aquel volcan, que una bomba rusa podia hacer reventar. Allí, cubria Mortier la marcha del egército hácia Kalougha, y la retirada de nuestros diversos convoyes hácia Mojaisk.

Entre estos ocho mil hombres, habia apenas dos mil con que Mortier pudiera contar; los demas, soldados de caballería desmontados, hombres de regimientos y paises diversos, bajo gefes nuevos, sin costumbres semejantes, ni recuerdos comunes, ultimamente sin nada de lo que liga, formaban juntos, mucho menos un cuerpo arreglado que una gavilla de gente : y no debian tardar en dispersarse.

Miraban á este mariscal como á un hombre sacrificado. Los demas gefes, sus antiguos compañeros de gloria, le habian dejado con las lágrimas en los ojos, y el emperador diciéndole, « que contaba

con su fortuna; pero que por lo demas, en la guerra, era preciso tener una parte en el fuego. » Mortier se habia resignado sin vacilar. Tenia orden de defender el Kremlin; despues, retirándose, de hacerle volar, é incendiar las reliquias de la ciudad. Le habia enviado Napoleon sus últimas órdenes, el 21 de octubre, desde el palacio de Krasno-Pachra. Mortier, despues de haberlas egecutado, debia dirigirse hácia Vereia, y formar la retraguardia del egército.

Le recomendaba mas particularmente Napoleon en aquella carta, « que metiese en los carruages de la guardia nueva, en los de la caballería desmontada, y en cuanto hallase, á los hombres que quedaban todavía en los hospitales. Los Romanos, añadía, daban coronas cívicas á los que salvaban á algunos ciudadanos; y el duque de Treviso merecerá otras tantas cuantos soldados salve. Es menester que los haga montar en sus caballos, en los de todos. Así se condujo él, Napo-

leon, en San-Juan de Acre. El mariscal debe dar esta providencia, mayormente que apenas el convoy se haya incorporado con el egército, se tratará de darle los caballos y carruages que el consumo haya inutilizado. El emperador espera tener que manifestar su satisfaccion al duque de Treviso por haberle salvado á quinientos hombres. Debe comenzar por los oficiales, despues por los sargentos y cabos, y preferir á los Franceses; que junte pues á todos los generales y oficiales de su mando, para darles á conocer la importancia de esta disposicion, y cuan meritorio será su servicio, á los ojos del emperador, si le han salvado á quinientos hombres. »

Sin embargo, á proporcion que el egército grande habia salido de Moscou, habian penetrado los Cosacos en los arrabales; y Mortier se habia retirado al Kremlin, al modo que un resto de vida se retira hácia el corazon, á proporcion que la muerte se hace señora de las extremi-

dades. Aquellos Cosacos iban descubriendo el campo á diez mil Rusos, que madaba Wintzingerode.

Inflamado este extranjero de odio contra Napoleon, y exaltado con el deseo de reconquistar Moscou y de naturalizarse en Rusia por medio de esta señalada hazaña, se alejó mucho de sus tropas; atravesó, corriendo, la columna georgiana, se arrojó sobre la ciudad china y el Kremlin, encontró algunas avanzadas, las despreció, y cayó en una emboscada; y viéndose cogido en aquella ciudad que venia á tomar, mudó de papel repentinamente, agitó su pañuelo en el aire, y se declaró por parlamentario.

Condujéronle á la presencia del duque de Treviso. Allí, apeló osadamente al derecho de gentes, que violaban, decia, en su persona. Mortier le respondió « que un general en jefe que se presentaba de aquella manera, podia tomarse por un soldado temerario, pero jamas por un parlamentario, y que tenia que entregar

su espada inmediatamente. » No esperando ya entonces el general ruso en engaño ninguno, se resignó, y confesó su imprudencia.

Los Franceses finalmente, despues de cuatro dias de resistencia, abandonan aquella infausta ciudad para siempre. Lleváanse consigo á cuatro cientos heridos; pero al retirarse, dejan, en un sitio seguro y oculto, una composicion de mixtos hábilmente preparado que un fuego lento devoraba ya; estaban calculados sus progresos, y se sabia la hora en que su fuego habia de llegar al monton de pólvora, encerrado en los cimientos de aquellos palacios condenados.

Mortier se apresura á huir, pero al mismo tiempo que se aleja rápidamente, algunos codiciosos Cósacos y súcios mágicos, atraidos, dicen, por la sed del pillage, acuden, se acercan, escuchan, y alentándose con la aparente calma que reina en la fortaleza se atraven á internarse en ella; suben, y sus manos, an-

siosas del saqueo, se abrian ya, cuando todos de repente son destruidos, aniquilados y arrojados por los aires con aquellos muros que iban á despojar, y treinta mil fusiles que se habian dejado abandonados allí: despues sus mutilados miembros, con todas aquellas ruinas de paredes y aquellos trofeos de armas, van á caer lejos en una horrenda lluvia.

Tembló la tierra en el camino por donde Mortier marchaba. A diez leguas mas adelante, en Feminskoe, oyó el emperador aquella explosion, y, él mismo, con aquel iracundo acento de que á veces usaba para hablar á la Europa, proclama en el siguiente dia, con fecha de Borowsk, «que el Kremlin, arsenal, almacenes, todo está destruido, que aquella antigua ciudad que traia su origen de los principios de la monarquía, aquel primer palacio de los zares, no existen ya, que Moscou no será en lo sucesivo mas que un monton de escombros, una cloaca impura y malsana, de ninguna importancia

política ni militar. La abandona á los mendigos y pillos rusos, para marchar contra Kutusof, extenderse mas allá de la izquierda de este general, echarle atrás, y encaminarse despues sosegadamente hácia las orillas del Duna; en donde tomará sus cuarteles de invierno.» Temiendo despues dar muestras de retroceder, añade «que de esta manera se habrá acercado ochenta leguas á Vilna y Petersburgo; duplicada ventaja, es decir veinte jornadas mas cerca de los medios y fin.» Quiere dar con esto á su retirada el aspecto de una ofensiva marcha.

Declara entonces «haberse negado á dar la orden de destruir todo el pais que va abandonando; porque le repugna el agravar las desdichas de aquellos pueblos. Para castigar al incendiario ruso, y á cien culpables que hacen la guerra como Tártaros, no quiere arruinar á nueve mil propietarios, y dejar absolutamente sin arbitrios á doscientos mil esclavos, inocentes de todas aquellas barbaridades.»

No le tenia exasperado entonces la desgracia; pero todo se habia mudado á los tres dias. Despues de haberse encontrado con Kutusof, retrocedia por aquella misma ciudad de Borowsk, la cual no existió ya, desde que él la hubo vuelto á pasar. Todo se quemará así en adelante á sus espaldas. Como conquistador habia conservado; al retirarse, destruirá; sea necesidad para arruinar al enemigo y alfojar su marcha, por ser todo imperioso en la guerra; sea en represalias, efecto terrible de las guerras de invasion, que desde luego legitiman todos los medios defensivos, lo cual motiva despues los ofensivos.

Por lo demas la agresion, en aquella terrible especie de guerra, no estaba de la parte de Napoleon. Berthier habia escrito á Kutusof, en 19 de octubre, proponiéndole « arreglar las hostilidades, de modo que no acarreasen al imperio moscovita mas que los males anexos al estado de guerra; pues la devastacion de la Rusia

era tan perjudicial para aquel imperio como dolorosa para Napoleon. » Pero Kutusof habia respondido « que le era imposible refrenar el patriotismo ruso; » lo cual era confesar la guerra de Tártaros que sus milicias nos hacian, y autorizaba en algun modo para devolvérsela.

Los mismos fuegos devoraron Vereia, en donde Mortier acababa de alcanzar al emperador, y hacerle entrega de Wintzingerode. Todos los ocultos dolores de Napoleon se exasperaron á la vista de este general aleman; su abatimiento se volvió ira, y desahogó sobre aquel enemigo cuantos pesares le oprimian. « ¿ Quien es Vmd. ? le gritó cruzando los brazos con violencia, como para poseerse y contenerse á sí mismo; ¿ quien es Vmd. ? un hombre sin patria ! que ha sido siempre enemigo personal mio ! Cuando hice la guerra á los Austriacos, le hallé á Vmd. en sus filas. La Austria se ha hecho aliada mia, y Vmd. ha solicitado el servicio en la Rusia. Vmd. ha sido uno de los mas ardien-

tes fautores de la presente guerra. Sin embargo, Vmd. nació en los estados de la confederacion del Rhin, y es súbdito mio. No es Vmd. un enemigo comun, sino un rebelde; y tengo derecho para mandar juzgarle! Guardias, echad mano á este hombre! Las guardias permanecieron inmóviles, como habituadas á ver terminarse sin efecto aquellos violentos lances, y seguras de obedecer mejor con la desobediencia.

El emperador repuso: « Ve Vmd., caballero, esas devastadas campiñas, y esas aldeas ardiendo! ¿A quien debemos reconvenir de estos desastres? á cincuenta aventureros como Vmd., asalariados por la Inglaterra, que los ha echado sobre el Continente: pero el peso de esta guerra recaerá sobre los que la han sugerido. Estaré de aquí á seis meses en Petersburgo, y se me dará razon de todas estas fanfarronadas.»

Dirigiéndose entonces al edecan de Wintzingerode, prisionero como él: « To-

cante á Vmd., conde Narischkin, no tengo nada de que hacerle cargo; Vmd. es Ruso, y ha cumplido con su obligacion: pero ¿ como ha podido un sugeto de las primeras familias de Rusia ser edecan de un interesado extranjero? Sea Vmd. edecan de un general ruso, cuyo destino le será mucho mas honroso.»

El general Wintzingerode no habia podido responder hasta entonces á tan violentos dichos mas que con su actitud; la cual fue sosegada como su respuesta. Respondió, « que el emperador Alejandro era su bienhechor y de su familia toda, que cuanto poseia, lo debia á su augusta munificencia; que la gratitud le habia hecho súbdito suyo; que estaba en el puesto que su bienhechor le habia destinado; por lo que no habia hecho mas que cumplir con su obligacion.

Añadió Napoleon algunas amenazas, menos violentas ya; y no pasó de las palabras, sea que se hubiese desahogado de toda su cólera en el primer impulso,

sea que no hubiese querido mas que atemorizar á cuantos Alemanos tuviesen tentaciones de abandonarle. Así fué interpretada á lo menos su violencia por los que le circundaban; la cual desagradó; no hicieron caso de ella, y todos se aceleraron al lado del general prisionero para tranquilizarle y consolarle. Continuaron estas atenciones hasta la Lithuania, en que los Cosacos recuperaron á Wintzingerode y su edecan. El emperador habia afectado bondadosos tratamientos con este joven señor ruso, lo cual prueba que hasta en su iracundia habia entrado cálculo.

 CAPITULO VII.

Volvimos á ver Mojaisk el 28 de octubre. Aquella ciudad estaba todavía llena de heridos; se cargó con los unos, y se reunieron los otros abandonándolos como en Moscou, á la generosidad de los Rusos. Pasó Napoleon algunas werstas mas allá de aquella ciudad, y comenzó el invierno. Así, despues de una tremenda batalla y diez dias de marchas y contramarchas, el egército, que solo habia sacado de Moscou quince raciones de harina por hombre, no habia avanzado mas que el espacio de tres jornadas en su retirada, se hallaba escaso de víveres, y le habia cogido el invierno.

Se rendian ya varios hombres. Desde los primeros dias de la retirada, el 26 de octubre, se habian quemado algunos car

sea que no hubiese querido mas que atemorizar á cuantos Alemanos tuviesen tentaciones de abandonarle. Así fué interpretada á lo menos su violencia por los que le circundaban; la cual desagradó; no hicieron caso de ella, y todos se aceleraron al lado del general prisionero para tranquilizarle y consolarle. Continuaron estas atenciones hasta la Lithuania, en que los Cosacos recuperaron á Wintzingerode y su edecan. El emperador habia afectado bondadosos tratamientos con este joven señor ruso, lo cual prueba que hasta en su iracundia habia entrado cálculo.

 CAPITULO VII.

Volvimos á ver Mojaisk el 28 de octubre. Aquella ciudad estaba todavía llena de heridos; se cargó con los unos, y se reunieron los otros abandonándolos como en Moscou, á la generosidad de los Rusos. Pasó Napoleon algunas werstas mas allá de aquella ciudad, y comenzó el invierno. Así, despues de una tremenda batalla y diez dias de marchas y contramarchas, el ejército, que solo habia sacado de Moscou quince raciones de harina por hombre, no habia avanzado mas que el espacio de tres jornadas en su retirada, se hallaba escaso de víveres, y le habia cogido el invierno.

Se rendian ya varios hombres. Desde los primeros dias de la retirada, el 26 de octubre, se habian quemado algunos car

ruages de víveres que los caballos no podian tirar. Llegó entonces la orden de incendiar cuanto se dejaba á las espaldas, que fué obedecida haciendo volar en las casas diversos arcones de pólvora cuyos tiros estaban extenuados ya. Pero últimamente, no presentándose de nuevo todavía el enemigo, parecia que unicamente renovábamos un viage penoso, y se tranquilizaba Napoleon al ver otra vez aquel conocido camino, cuando hacía la noche le envió Davoust un cazador ruso.

Hízole al principio algunas preguntas negligentemente, pero la casualidad quiso que aquel Moscovita tuviese alguna idea de los caminos, nombres y distancias, y respondió, « que todo el egército ruso marchaba por Medyn hácia Viazma. » Púsose atento con esto el emperador. ¿ Quería adelantársele Kutusof allí, como en Malo-laroslávetz, cortarle la retirada hácia Smolensko como la de Kalougha, y cercarle en aquel desierto, sin víveres ni albergue, y en medio de una sublevacion

general? Sin embargo, su primer impulso le inclinó á despreciar este parecer, porque ya fuese arrogancia, ya experiencia, se habia acostumbrado á no suponer en sus enemigos la habilidad que él hubiera tenido en lugar de ellos.

Tuvo aquí sin embargo otro motivo. Su confianza era afectada unicamente, porque era evidente que el egército ruso tomaba el camino de Medyn, aquel mismo que Davoust habia aconsejado para las tropas francesas, y este mariscal, por amor propio ó por inadvertencia, no habia comunicado unicamente á su despacho aquella triste nueva: Napoleon temió el efecto de ella sobre sus tropas, por lo cual aparentó desecharla con menosprecio, pero mandó al mismo tiempo que su guardia marchase en el siguiente dia á toda priesa, y mientras fuese de dia hasta Gjatz. Quería dar allí una parada y víveres á aquella selecta tropa, asegurarse desde mas cerca de la marcha de Kutusof, y tomarle la delantera en aquel punto.

Pero el tiempo no habia sido llamado á su consejo, y pareció que tomaba venganza de ello. Se nos aproximaba tanto el invierno, que habia sido suficiente un ventarron para traerle áspero, mordaz y dominante. Conocióse bien presto que era natural de aquel pais y nosotros extranjeros. Mudóse todo, los caminos, los semblantes, el valor, y el egército se volvió triste, la marcha penosa, y la consternacion comenzó.

Hubo necesidad de atravesar el Kologha á unas leguas de Mojaisk. No era mas que un arroyon; dos árboles otros tantos puntales y algunas tablas bastaban para asegurar el paso, pero era tanto el desorden y tan excesiva la incuria, que el emperador se vió detenido allí. Se anegaron muchos cañones que se intentaba pasar á vado; parecia que cada cuerpo de egército marchaba por su cuenta, y que no habia estado mayor, orden general, ningun vínculo comun, ni nada que ligase todos aquellos cuerpos juntos. Y efecti-

vamente, la elevacion de cada uno de los gefes los hacia muy independientes á los unos de los otros. El emperador mismo se habia engrandecido tanto, que se hallaba á una inmensa distancia de las menudencias de su egército, y colocado Berthier como intermedió entre él y unos gefes todos reyes, príncipes ó mariscales, estaba obligado á muchos miramientos. Era insuficiente por otra parte para aquella posicion.

Detenido el emperador con este leve obstáculo de un puente roto, se ciñó á hacer un gesto de descontento y menosprecio, á que solo correspondió Berthier con un aspecto de resignacion. No le habia dictado el emperador aquella orden menuda, con lo cual Berthier se creia pues irreprochable, porque él no era mas que un eco fiel, un espejo y nada mas; pronto siempre, claro y limpio, tanto de noche como de dia, reflejaba y repetia al emperador, pero no añadia jamas nada,

y lo que Napoleon olvidaba, estaba olvidado irremediamente.

Iba marchando embebido el ejército despues del Kologha, cuando alzando muchos la vista, dieron pasmados un grito. Todos miraron repentinamente alrededor suyo, y vieron una tierra enteramente hollada, desnuda, devastada, cortados todos los árboles á algunos pies del suelo, y mas adelante algunas proeminencias batidas en lo alto, la mas elevada parecia la mas disforme; se asemejaba aun volcan extinguido y destruido; la tierra de todo el circuito, estaba cubierta de destrozos de cascos y corazas, de tambores rotos, trozos de armas, girones de uniformes y estandartes salpicados de sangre.

Yacian sobre aquel desolado terreno treinta millares de cadáveres medio devorados; algunos esqueletos, que se habian quedado sobre el hundimiento de una colina lo dominaban todo; parecia que la muerte habia sentado allí su imperio:

era aquel formidable reducto, conquista y sepulcro de Caulincourt. El grito de « es el campo de la batalla grande! » formó entonces un largo y triste murmullo. El emperador pasó con prontitud. Nadie se detuvo. El frio, el hambre y los enemigos, venian apresurando, unicamente volviamos la cabeza caminando, para echar por la postrera vez una triste mirada sobre aquel vasto sepulcro de tantos camaradas sacrificados en balde, y á los cuales era preciso abandonar.

Alli habiamos trazado con el acero y la sangre una de las mas admirables páginas de nuestra historia. Algunas reliquias lo estaban diciendo todavía, é iban á borrarse bien pronto. El caminante pasará algun dia con indiferencia por aquel campo parecido á todos los demás; sin embargo cuando sepa que fue el de la famosa batalla, volverá atrás, clavará en él por mucho tiempo sus miradas curiosas, grabará sus menores particularidades en su ansiosa memoria, exclamando sin duda entonces:

« Qué hombres ! qué gefe ! qué suerte ! son los mismos que trece años antes llegaron á tentar el oriente por el Egipto, y arruinarse en sus puertas. Conquistáron despues la Europa, y ételos aquí que vuelven, por el norte, á presentarse de nuevo delante de aquella Asia y arruinarse otra vez ! ¿ Quién los indujo pues á esta errante y venturera vida ? No eran unos bárbaros que buscaran mejores climas, mas cómodas moradas, mas embelesados espectáculos, y tesoros mas copiosos ; por el contrario poseian todos los bienes, gozaban de tantas delicias y lo abandonaron todo para vivir sin albergue ni pan, y caer todos los dias alternativamente muertos ó mutilados. ¿ Qué necesidad los impelió ? ¿ Qué pues ? si no es la confianza en un caudillo infalible hasta entonces ! la ambicion de acabar una grande obra gloriosamente comenzada ! el desvanecimiento de la victoria, aquel poderoso instinto que mueve al hombre á morir en busca de la inmortalidad. »

CAPITULO VIII.

El egército sin embargo iba pasando, con un grave y silencioso recogimiento, por delante, de aquel infausto campo, cuando se descubrió, dicen, viva todavía y penetrando con sus ayes el viento, una de las víctimas de aquella sangrienta batalla. Acudieron hácia ella ; era un soldado frances. Se le habian roto ámbas piernas en la refriega, y habiendo caido entre los muertos, quedó olvidado entre ellos. Le habia al principio presentado un abrigo el cuerpo de un caballo despanzurrado por una bomba ; despues, por espacio de veinte dias, el agua cenagosa de una quebrada por la que se habia despeñado, y la corrompida carne de los muertos, sirviéron para la curacion de sus heridas y para el sustento de su moribunda existencia.

Los que dicen haberle descubierto, afirman que le salvaron.

Mas adelante se volvió á ver la grande abadía ú hospital de Kolotskoi, espectáculo mas horrendo todavía que el campo de batalla. En Borodino era la muerte, pero tambien el reposo, allí á lo menos estaba finalizado el combate, en Kolotskoi duraba todavía. Parece que la muerte perseguia allí á sus víctimas escapadas de la batalla, se encarnizaba en ellas, introduciéndose por todos sus sentidos á un mismo tiempo. De todo se carecia para resistirle, excepto de algunas órdenes inegecutables en aquellas soledades, y que por otra parte dadas desde muy alto y muy lejos, pasaban por muchas manos para egecutarse.

No obstante esto, á pesar del hambre, el frio y la mas completa desnudez, los sacrificios de algunos cirujanos y una reliquia de esperanza sostenian todavía á innumerables heridos en aquella hedionda mansion. Pero luego que hubieron visto que el

egército volvia á pasar, que ellos iban á verse abandonados, y que ya no les quedaba esperanza ninguna, fueron arrastrándose los mas débiles hasta el umbral de la puerta, se colocaron en ámbos lados de la calzada y nos alargaron con rendimiento sus manos.

A cababa de mandar el emperador que cada carruage, fuese el que se quisiese, recibiese á uno de aquellos desdichados, y que los mas débiles se dejasen como en Moscou, bajo la proteccion de los oficiales rusos prisioneros ó heridos á quienes nuestra asistencia habia restablecido. Se detuvo para mandar egecutar esta orden, y tanto él como los mas de sus generales se confortaron con el fuego de sus arcones abandonados. Una infinidad de explosiones advertia, desde por la mañana, de los numerosos sacrificios de esta especie que habia ya habido precision de hacer.

Vióse durante aquel alto una accion atroz. Acababan de colocar á muchos heridos en las carretas de los vivanderos. Estos desastrados cuyos carruages iban

sobrecargados con el botin de Moscon, solo recibieron murmurando aquel nuevo peso; los obligaron á ello, y callaron. Pero apenas volvieron á andar cuando aflojaron el paso, dejaron que se les adelantase la columna, y aprovechándose entonces de una instantánea soledad arrojaron en las zanjas á aquellos infelices confiados á su cuidado. Solo uno sobrevivió lo suficiente para ser recogido por los primeros carruages que pasaron, era un general. Por él se tuvo noticia de esta maldad. Difundióse un estremecimiento de horror en toda la columna y llegó hasta el emperador, porque las penas no eran todavía bastante vivas ni universales para extinguir la compasion y reconcentrar interiormente todos los afectos.

En la tarde de aquel largo día se acercó la columna imperial á Gjatz, sorprendida de encontrar en el tránsito á varios Rusos muertos muy recientemente. Se notaba que todos ellos tenían rota del mismo modo la cabeza, con sus ensan-

grentados sesos al lado. Se sabia que marchaban adelante dos mil prisioneros rusos, y que eran conducidos por Españoles, Portugueses y Polacos. Cada uno, segun su genio, se indignaba, aprobaba ó permanecia indiferente. Estas diferentes impresiones permanecian enmudecidas al lado del emperador, pero Caulincourt prorumpió exclamando, » que era una crueldad atroz. ¡Esta es pues la civilizacion que traíamos á Russia! ¿Que efecto haria esta barbaridad en el enemigo? ¿No dejabamos en poder suyo á nuestros heridos é infinitos prisioneros? ¿Le faltarian medios de egercer horribles represalias? »

Guardó Napoleon un profundo silencio; pero habian cesado estos asesinatos en el siguiente dia: se contentaron con dejar que aquellos infelices se muriesen de hambre en los recintos, en que durante la noche los encerraban como irracionales; era una barbaridad sin duda, ¿pero qué se habia de hacer? ¿cangearlos? el enemigo se negaba á ello; ¿sol-

tarlos? hubieran ido á publicar la privacion general, y reunidos bien presto con otros, hubieran vuelto á encarnizarse contra nosotros; el darles la vida en aquella guerra de muerte, hubiera sido sacrificarnos á nosotros mismos. Se hizo necesaria la crueldad, y el mal dimanaba de haberse metido en una tan terrible alternativa.

Por lo demas nuestros soldados prisioneros en su marcha hácia lo interior de la Rusia, no fueron tratados mas humanamente, y allí sin embargo no servia de disculpa la imperiosa necesidad.

Ultimamente se llegó de noche á Gjatz, pero se habia empleado bien cruelmente aquella primera jornada de invierno. El aspecto del campo de batalla, de los dos hospitales abandonados, aquella multitud de arcones entregados á las llamas, aquellos Rusos arcabuçados, la excesiva largura del camino, los primeros asaltos del invierno, todo, todo la hizo funesta:

la retirada se volvia huida, y Napoleon obligado á ceder y huir, era un espectáculo novísimo.

Muchos de nuestros aliados se alegraban de ello; con aquella oculta satisfaccion que los inferiores tienen de ver á sus superiores dominados ultimamente y obligados á ceder sucesivamente. Se dejaban llevar de aquella triste envidia que infunde una felicidad extraordinaria, de la que es raro que no se haya abusado, y que ofende aquella igualdad que es la primera necesidad de los hombres. Pero esta maligna alegría se amortiguó bien presto, y se desvaneció en un desastre universal.

La doliente arrogancia de Napoleon, supuso aquellos pensamientos. Lo echaron de ver en un alto de aquel dia, en el cual sobre los atiesados surcos de un campo helado y sembrado de despojos rusos y franceses, quiso descargarse por medio de la virtud de sus palabras del peso de la insoportable responsabilidad

de tantas calamidades. Condenó al horror del mundo entero, al autor de aquella guerra, que él habia temido efectivamente. Imputóla á ***** « vendido aquel ministro ruso á los Ingleses, la habia fomentado.»

Proferidas estas palabras en presencia de dos generales suyos, se escuchaban con aquel silencio que un antiguo respeto prescribe, y al que se agregaba ya el debido á la desgracia. Pero muy impaciente quizás el duque de Vicenza se irritó; hizo un ademan de ira é incredulidad, y rompió marchándose de repente de aquella penosa conferencia.

CAPITULO IX.

De Gjatz se restituyó el emperador á Viazma en dos jornadas. Detúvose allí esperando al príncipe Eugenio y Davoust, y tambien para observar el camino de Medyn y de Youknow, que sale en aquel parage á la calzada de Smolensko : era aquel atajo que desde Malo-Yarosla-vetz debia conducir el egército ruso á su paso; pero en 1º de noviembre, despues de treinta y seis horas de expectacion, no habia descubierto Napoleon anuncio ninguno de ello. Partió fluctuando entre la esperanza de haberse dormido Kutusof, y el temor de que el Ruso hubiese dejado Viazma á su derecha, y marchado á cortarle la retida dos jornadas mas adelante, hácia Dorogobouge. Dejó sin embargo á Ney en Viazma, para recoger

los cuerpos primero y cuarto, y relevar en la retaguardia á Davoust, al cual juzgaba fatigado.

Se quejaba de la lentitud de este; le reconvenia de estar todavía á cinco jornadas detras de sí, cuando no hubiera debido retardarse mas que tres, y tenia por muy metódico el genio de este mariscal para dirigir competentemente una marcha tan irregular.

El ejército entero, y especialmente el cuerpo del príncipe Eugenio, repetian las mismas quejas, decian, « que Davoust, por una consecuencia de su espíritu de orden y tenacidad, se habia dejado aleanzar desde la abadía de Kolotskoi, en donde á la vista de los Franceses habia dejado á unos desastrados Cosacos la gloria de retirarse paso á paso y en batallones cuadrados, como si ellos hubieran sido Mamelucos; que Platof con sus cañones habia dañado desde lejos en las profundas masas que él le habia presentado; que entonces unicamente el ma-

riscal no les habia opuesto ya mas que algunas líneas débiles, que se habian replegado prontamente, y alguna artillería ligera, cuyos primeros tiros habian bastado, pero que estas maniobras y algunos forrages emprendidos regularmente, habian hecho malograr un tiempo, precioso siempre en las retiradas, y especialmente en medio del hambre, en contra de la cual la mas hábil maniobra era la de pasar pronto.»

A esto replicaba Davoust, con su horror natural á toda especie de desorden, el cual le habia movido desde luego á querer regularizar aquella huida, y se habia esforzado á cubrir sus reliquias temiendo el oprobio y el peligro de dejar al enemigo aquellos testigos de nuestros desastres.

Añadia, « que no se pensaba bastante en cuanto él tenia que superar; que era un pais totalmente asolado, las casas y los árboles quemados hasta las raices, porque no se habia comunicado á él que venia el último, la orden de quemarlo todo, si

no que le precedía el incendio. ¡ Parecia que se habian olvidado de la retaguardia! y sin duda que se olvidaban igualmente de aquel camino cubierto de una escarcha batida y vidriosa con las pisadas de los que le llevaban la delantera; de aquellos vados desfondados, de aquellos puentes rotos que no se habia cuidado de reparar, por no ocuparse cada cuerpo mas que en si mismo fuera de las batallas.

« ¿ Se ignoraba ademas que toda la desconsolada turba de los rezagados de los demas cuerpos, á caballo, á pie y en carruage, aumentaba aquellos embarazos como en un cuerpo mal sano que todas las dolencias se reunen hácia la parte mas atacada? Marchaba diariamente entre aquellos infelices y los Cosacos, apresurando á los unos y apresurado por los otros.

• Así es como despues de Gjat, se habia encontrado con el cenagal de Czarewo - Zaimicze sin puente y todo embarazado con equipages. Los habia arran-

cado de aquellos pantanos á la vista de los enemigos y tan inmediato á ellos, que sus fuegos le alumbraban en sus obras, y el ruido de los tambores rusos se mezclaba con su voz; » porque aquel mariscal y sus generales no podian resolverse todavía á dejar al enemigo tantos trofeos, ni se resignaban á ello hasta despues de haber visto inútiles sus esfuerzos y en el último apuro, lo cual acontecia muchas veces por dia.

Efectivamente, diversos pantanos hondos atravesaban el camino á cada paso. Un declive vidrioso de agua-nieve, arrastraba hácia ellos los carruages que se atascaban allí; para sacarlos era preciso trepar por la opuesta bajada sobre un camino helado, en que cubiertos los pies de los caballos con las herraduras gastadas y alisadas, no podian morder, y tanto las caballerías como sus conductores, caian extenuados unos sobre otros. Al puente se echaban diversos soldados famélicos sobre los caballos caidos, los

despedazaban; y despues en fuegos hechos con los destrozos de sus carruages, medio asaban aquellas carnes y las devoraban.

Sin embargo, los artilleros, la tropa selecta y sus oficiales, todos salidos de la primera escuela del mundo, apartaban á aquellos infelices, y volaban á desenganchar sus propios birlochos y arcones que abandonaban para salvar los cañones: en estos enganchaban sus caballos, y se enganchaban á sí mismos. Los Cosacos que veian de lejos este desastre, no se atrevian á animarse, pero con sus piezas ligeras llevadas en trineos, echaban algunas balas sobre aquel desorden y le aumentaban.

El primer cuerpo habia perdido ya diez mil hombres. Sin embargo, el virey y el príncipe de Eckmuhl, á puro esfuerzo y sacrificios, habian llegado el 2 de noviembre á dos leguas de Viazma. Es cierto que en aquel dia mismo hubieran podido dejar atrás aquella ciudad,

reunirse con Ney, y evitar una desastrosa batalla. Aseguran que este fue el parecer del príncipe Eugenio, pero que Davoust creyó muy fatigadas sus tropas, y que sacrificándose el virey á su obligacion, se detuvo para tomar parte en un peligro que preveia. Los generales de Davoust dicen por el contrario, que acampado ya el príncipe Eugenio, no pudo resolverse á mandar que sus soldados abandonasen las lumbres y comidas empezadas ya, y cuyos aprestos eran siempre tan penosos.

Sea lo que se quiera de ello, durante la engañosa calma de aquella noche, la vanguardia rusa llegaba de Malo-Yaroslavetz, en donde nuestra retirada habia hecho cesar la suya: ella flanqueaba ambos cuerpos franceses, y el de Poniatowsky pasaba mas allá de sus bivaques y disponia sus columnas de ataque contra el flanco izquierdo del camino, en el intermedio de dos leguas que Davoust

y Eugenio habian dejado entre ellos y Viazma.

Miloradowitch, á quien llamaban el Murat ruso, iba mandando aquella vanguardia. Era, en sentir de sus compatriotas, un guerrero infatigable, gallardo, impetuoso como aquel rey soldado, de estatura igualmente notable, y como él favorecido de la fortuna; no le vieron herido jamas, aunque infinitos soldados y oficiales habian sido muertos á su lado, y que á él le habian matado muchos caballos. Despreciaba las máximas de la guerra, y aun usaba de arte para no seguir las reglas del militar, intentando sorprender al enemigo con inesperadas embestidas, porque era pronto en resolverse; despreciaba toda especie de preparativos, contando con el consejo de los lugares y circunstancias, y no dirigiéndose mas que por repentinas inspiraciones: por lo demas, general en el campo de batalla solamente, sin prevision de

ninguna clase de administracion pública, ni privada, notorio disipador, y lo que es raro, honrado y pródigo.

Se iba á pelear con este general, con Platof y veinte mil hombres.

CAPITULO X.

Se encaminaba el príncipe Eugenio el 3 de noviembre hácia Viazma, en que sus equipages y artillería le precedían, cuando el primer albor del día, le mostró á un mismo tiempo amenazada su retirada en la izquierda, por un ejército, cortada su retaguardia en la espalda, y en su derecha la llanura cubierta de rezagados y carros esparcidos, huyendo de las lanzas enemigas. Oye al mismo tiempo hácia Viazma, que el mariscal Ney que debía socorrerle peleaba para su propia conservacion.

No era este príncipe de aquellos generales hechuras del favor para quienes todo es imprevisto por falta de experiencia; al punto contempla el mal y el remedio; se detiene, hace cara, tiende sus divisiones á la derecha de la calzada, y con-

tiene en la llanura las columnas rusas que trataban de hacerle perder aquel camino. Aun pasando ya las primeras tropas enemigas mas allá de la derecha de los Italianos, se habian apoderado de ella en un punto en el cual se mantenian, cuando Ney despachó de Viazma uno de sus regimientos que las atacó por la espalda y les hizo abandonar lo ganado.

Compans, general de Davoust, une al mismo tiempo su division con la retaguardia italiana; abren camino, y mientras que pelean incorporados al virey, se escurre Davoust rápidamente detrás de ellos por el lado izquierdo del camino real; atravesándole despues luego que los ha pasado, reclama su puestos de batalla, toma el ala derecha y se encuentra entre Viazma y los Rusos. El príncipe Eugenio le cede aquel terreno que él ha defendido y pasa al otro lado del camino: comienza á extenderse el enemigo entonces delante de ellos y trata de pasar mas allá de sus alas.

Con el acierto de aquella primera maniobra, los dos cuerpos franceses e italianos no habian conquistado la facultad de continuar su retirada, sino unicamente de defenderla: les quedaban treinta mil hombres todavía, pero habia algun desorden en el primer cuerpo de Davoust. Aquella precipitada evolucion, aquella sorpresa, tanta miseria, y especialmente el fatal ejemplo de infinitos soldados de caballería, desmontados, desarmados, corriendo de un lado á otro enteramente despavoridos, desorganizaron el cuerpo del mariscal.

Se alentó con aquel espectáculo el enemigo, el cual se fingió una derrota: su artillería era superior en número; maniobraba á galope; tomaba de soslayo el flanco de nuestras líneas que barria, cuando los cañones franceses en Viazma ya, y que les hacian volver de priesa, se arrastraban con dificultad. Sin embargo, Davoust y sus generales tenian al lado todavía sus mas firmes soldados. Se

veia que muchos de aquellos gefes, heridos desde el Moskwa, los unos con caestrillos en los brazos, los otros con la cabeza vendada, sostenian á los mejores, retenian á los mas inmutados, se echaban sobre las baterías enemigas, las hacian retroceder y aun se apoderaban de tres piezas suyas; asombraban finalmente al mismo tiempo á los Rusos y á nuestros fugitivos, y luchaban contra el mal ejemplo con suma admiracion.

Conociendo entonces Miloradowitch que se le escapaba su presa, pidió socorro, y otra vez Wilson, que se hallaba en cuantas partes podia perjudicar á la Francia, voló á llamar á Kutusof. Halló al anciano general descansando con su ejército al ruido de la batalla; apresurándole con aquellas circunstancias el activo Wilson, le incita en balde, y no puede conmoverle. Fuera de sí con la indignacion le llama traidor, le declara que al punto mismo uno, de sus Ingleses, va á volar á Petersburgo para denunciar la

traicion al emperador Alejandro y á sus aliados.

No inmutó esta amenaza á Kutusof, el cual perseveró en su inaccion, sea que al hiel de la edad se hubiese agregado el del invierno, y que en su cuerpo enteramente cascado, se hallaba agobiado el ánimo con el peso de tantas ruinas, sea que por otro efecto de la ancianidad, nos volvemos prudentes cuando no tenemos ya nada que arriesgar, y temporizadores cuando no tenemos ya tiempo que malograr. Parece además, que creyó como en Malo-Yaroslavetz, que únicamente el invierno moscovita era capaz de derrotar á Napoleon; que aquel ingenio triunfante de los hombres, no estaba todavía harto vencido por la naturaleza, y que era preciso dejar al clima la gloria de esta victoria, y al cielo ruso su venganza.

Reducido Miloradowitch á sí mismo, se esforzaba entonces á romper el cuerpo de batalla frances; pero únicamente sus

fuegos podian penetrarle, los cuales hicieron horribles estragos en él. Eugenio y Davoust se debilitaban, y como oian otra refriega á la espalda de su derecha, creyeron que todo lo restante del ejército ruso llegaba hácia Viazma por el camino de Iuknof, cuyo desembocadero se defendia por Ney.

No era sino una vanguardia, pero el ruido de aquella refriega á espaldas de la que sostenian, y con la que quedaba amenazada su retirada, los inquietó. Duraba ya la batalla desde las siete: debian hacerse evacuado los bagages, iba á anochecer y comenzaron á retirarse los generales franceses.

Aquel movimiento retrogrado, acrecentó el ardor del enemigo; y sin un memorable esfuerzo de los regimientos 25º, 57º y 85º, y el apoyo de una quebrada, el cuerpo de Davoust se hubiera visto cercado por su derecha, y destruido. Atacado menos vivamente el principe Eugenio, pudo efectuar con mayor cele-

ridad su retirada por medio de Viazma, pero en ella le siguieron los Rusos, los cuales habian penetrado en aquella ciudad, cuando apresurado Davoust por veinte mil hombres, y abrumado con ochenta cañones, quiso pasarla sucesivamente.

La division de Morand, trabó pelea la primera en la ciudad: iba marchando confiada, creyendo finalizada la refriega, cuando los Rusos á quienes encubrian las sinuosidades de las calles, cayeron sobre ella de repente: fue completa la sorpresa y grande el desorden; Morand sin embargo, reunió y afirmó sus tropas, renovó el combate y se abrió camino.

Compans lo terminó todo. Cerraba la marcha con su division, y sintiéndose estrechado de muy cerca por las mas esforzadas tropas de Moloradowitch, voló él mismo contra los mas encarnizados, arrollólos, y habiéndose hecho respetar con esto, acabó su retirada sosegadamente. Aquella batalla fue gloriosa para cada uno, y su resultado sensible para

todos: hubo falta de orden y union; hubiera habido suficientes soldados para vencer, á no haber habido muchos gefes: no se reunieron estos hasta las dos para concertar sus maniobras, y ademas no se egecutaron concordemente.

Luego que por último el rio, la ciudad de Viazma, la noche, una reciproca fatiga y el mariscal Ney, nos hubieron separado del enemigo, hallándose diferido el peligro y establecidos los bivaques se contaron muchos cañones rotos, faltaban diversos bagages y cuatro mil hombres muertos y heridos. Se habian dispersado muchos soldados: Se habia salvado el honor, pero habia inmensos vacíos en las filas: hubo necesidad de acortarlo y reducirlo todo para establecer alguna union en lo que quedaba. Cada regimiento apenas formaba un batallon, y cada batallon un peloton. Los soldados no tenian ya sus puestos, sus camaradas ni sus gefes acostumbrados.

Hizose este triste arreglo al resplandor

de las llamas de Viazma incendiada, y al sucesivo estrépito de los cañonazos de Ney y Miloradowitch, cuyos zumbidos se prolongaban por medio de las duplicadas tinieblas de la noche y de las selvas. Se creyeron atacadas aquellas reliquias de valerosos soldados por muchas veces, y otras tantas se pusieron en alerta, hasta el día siguiente en que volviendo á tomar sus puestos, les dejó pasmados su escaso número.

CAPITULO XI.

Sin embargo, el ejemplo de los gefes y la esperanza de volverlo á hallar todo en Smolensko, sostenia los ánimos, y especialmente el aspecto de un sol reluciente todavía, con aquella universal fuente de esperanza y vida que al parecer contradecía y desconocia cuantos espectáculos de desesperacion y muerte nos circundaban.

Pero se declara el cielo en 6 de noviembre: su azul brillante desaparece y marcha el ejército envuelto en frios vapores que muy luego se ennegrecen; son bien presto una inmensa nube que descende y cae en copazos de nieve: parece que el cielo baja y se une con aquella tierra y sus enemigos pueblos, para consumir nuestra ruina. Todo permanece confuso y desconocido: mudan

de aspecto los objetos : se anda sin saber en donde se está ni descubrir el camino, y todo es ostáculo. Mientras que el soldado se esfuerza á abrir camino por medio de aquellos remolinos de vientos y neviscas, impelidos de la borrasca, los copos de nieve se amontonan y detienen en todas las concavidades ; su superficie encubre desconocidas profundidades que se abren pérfidamente bajo nuestras pisadas ; súmese allí el soldado, y abandonándose los mas débiles, permanecen sepultados.

Los que siguen se apartan ; pero la tormenta les azota el rostro con la nieve del cielo y con la que arranca de la tierra, y parece que quiere oponerse encarnizada contra su marcha. Atácalos bajo esta forma el invierno moscovita por todas partes, y penetra al traves de sus febles ropas y roto calzado. Sus empapados vestidos se hielan sobre su propia piel, aquella cubierta de hielo coge sus cuerpos y envara todos sus miembros. Un viento

áspero y récio les corta la respiracion, apoderándose de ella al tiempo que la exhalan en forma de carámbanos que cuelgan por sus barbas alrededor de la boca.

Los desventurados van tirando todavía tiritando, hasta que la nieve que en forma de piedra se pega á sus plantas, algunos destrozos, una rama ó el cadáver de algun compañero, los hace tropezar y caer ; gimen en balde, y cúbrelos la nieve bien pronto ; algunas pequeñas eminencias los hacen reconocer : ¡ aquella es su sepultura ! ¡ Todo el camino está sembrado de estas ondulaciones como un campo fúnebre ; se conmueven los mas intrépidos ó indiferentes ; pasan rápidamente apartando sus miradas, pero todo es nieve por delante y alrededor de ellos ; piérdese su vista en aquella inmensa y triste uniformidad ; la imaginacion permanece atónita, es como una grande mórtaja con que la naturaleza envuelve al egército ! Los únicos objetos que se desprenden de ella son algunos ábetos

ópacos, varios árboles de sepulcros con su fúnebre verde, y la agigantada inmovilidad de sus negros troncos, y la suma tristeza que completa aquel desconsolado aspecto de un luto general, de una naturaleza salvaje, y de un ejército moribundo en medio de una naturaleza muerta.

Todo, hasta sus armas ofensivas todavía en Malo-Yaroslavetz, pero únicamente defensivas despues, se volvió contra ellos mismos. Parecieron un insoportable peso para sus entorpecidos brazos, se les escapaban de las manos en las frecuentes caídas que daban, y se rompian ó perdian las armas en la nieve. Si el soldado volvía á levantarse, era sin ellas, porque no las arrojó nunca, sino que el hambre y frío se las arrancaban. Los dedos de otros infinitos se helaron en el fusil que empuñaban todavía y que les robaba el necesario movimiento para conservar en sus manos una reliquia de calor y de vida.

Encontróse muy prontamente una multitud de hombres de todos los cuerpos, tan pronto solitarios como en cuadrillas. No habian desertado bajamente de sus banderas, sino que el frío y desfallecimiento los habian separado de sus columnas. Se habian separado los unos de los otros en aquella general é individual lucha, y ételos aquí desarmados, vencidos, indefensos, sin gefes y no obediendo mas que al egecutivo instinto de su propia conservacion.

Atraidos los mas por la vista de algunos senderos laterales, se dispersan por los campos con la esperanza de hallar allí pan y un albergue para la noche que va aproximándose, pero en su primer tránsito, todo quedó asolado en una latitud de ocho leguas, por lo cual no encuentran mas que Cosacos y una poblacion armada, que los rodean, hieren, despojan y dejan con feroces risas, expirando enteramente destruidos sobre la nieve. Sublevados aquellos pueblos por Alejandro

y Kutusof, y que no supieron entonces, como posteriormente, vengar con nobleza una patria que ellos no habían podido defender, flanqueaban al ejército por ambos lados con la ayuda de los montes. A cuantos no han acabado con sus picas ó hachas, vuelven á traerlos á la adversa y voraz calzada.

¡ Llega entonces la noche, una noche de diez y seis horas ! Pero en aquel camino que lo cubre todo, no sabe uno en donde pararse, sentarse, descansar ó hallar alguna raíz para sustentarse y leña seca para encender la lumbre. Sin embargo, la fatiga, obscuridad y repetidas órdenes detienen á los que sus fuerzas morales y físicas, y los esfuerzos de los gefes han mantenido juntos. Se trata de establecerse, pero la borrasca, siempre activa, dispersa los primeros preparativos de los acampamentos. Los ábetos muy cargados de escarcha se resisten obstinadamente á las llamas, la nieve que sostienen, la del cielo cuyos copos se suceden con suma celeridad, la de

la tierra, que se deshace con los esfuerzos de los soldados y por un efecto de las primeras lumbres, apagan aquellas lumbres, las fuerzas y los ánimos.

Cuando triunfante por último la llama, se levantó en el aire, aderezaron alrededor de ella los soldados y oficiales sus tristes comidas, eran piltrafas flacas y sangrientas de carne arrancadas de algunos caballos caídos, y en cortísima cantidad; algunas cucharadas de harina de centeno, desleida en agua de nieve. Diversas ringleras circulares de soldados muertos tiesos en el sitio, señalaron en el siguiente día los bivagues, las inmediaciones estaban plagadas de muchos millares de caballos muertos.

Comenzamos á contar menos desde aquel día los unos con los otros. En aquel ejército vivo, capaz de todas las impresiones, y discursivo por efecto de una adelantada cultura, se introdujo prontamente el desorden, y se comunicaron con celeridad el abatimiento é indisciplina,

por caminar desmesuradamente la imaginacion tanto en lo bueno como en lo malo. Desde entonces á cada bivaque, á todos los malos pasos, á cada instante se separó de las tropas todavía arregladas alguna porcion que se desordenó. Hubo sin embargo algunos que resistieron á este sumo contagio de indisciplina y de abatimiento, estos fueron los oficiales, sargentos y cabos, con los soldados tenaces. Los cuales fueron unos hombres extraordinarios, se animaban repitiendo el nombre de Smolensko, cuya inmediacion conocian y en donde se les habia prometido todo.

De este modo despues de aquel diluvio de nieve y aumento de frio que esta vaticinaba, cada uno, tanto gefe como soldado, conservó ó perdió su entereza de ánimo, segun su genio, edad ó complexion. El gefe nuestro, que se habia manifestado hasta entonces el mas rígido en la observancia de la disciplina, no fue ya un hombre idóneo para las circunstancias, porque separado de todas sus ideas de regularidad,

orden y método, se abandonó á la desesperacion á la vista de tan general desorden, y juzgándolo todo perdido, antes que los otros, se halló dispuesto el mismo á abandonarlo todo.

De Gjatx á Mikalewska, aldea entre Dorogobouje y Smolensko, no acaeció cosa notable en la columna imperial, excepto que hubo precision de echar los despojos de Moscou en el lago de Semlewo, en cuyas aguas se arrojaron varios cañones, armaduras antiguas, adornos del Kremlin y la cruz del Gran-Ivan: trofeos, gloria, y todos aquellos bienes á los cuales todo lo habiamos sacrificado, se nos hacian gravosos; no tratábamos ya de hermosear y adornar nuestra vida, sino de salvarla. En aquel grande naufragio, el ejército, al modo de una nave batida de la mas horrenda borrasca, arrojaba sin vacilar, á aquel mar de hielos y nieves, cuanto podia hacer mas pesada ó retardar su marcha.

CAPITULO XII.

Napoleon se habia detenido los dias 3 y 4 en Slawkowo. Este reposo y el oprobio de una aparente huida, inflamaron su imaginacion: le oyeron dictar varias órdenes, con arreglo á las cuales aparentando su retaguardia, retroceder desordenamente, debia atraer los Rusos á una emboscada en que él mismo los esperaria, pero este vano proyecto se desvaneci6 con la preocupacion que le habia engendrado. Habia hecho noche en Dorog6houje el 5. Hall6 allí los molinos manuales encargados para la expedicion, de que se hizo una tardía y bien inutil distribucion, y se proyectaron entonces los acantonamientos de Smolensko.

En el siguiente dia 6 de noviembre, á la altura de Mikalewska, y al tiempo

mismo que aquellas nubes cargadas de nieve reventaban sobre nuestras cabezas, vimos parecer al conde Darú, y formarse un círculo de centinelas de caballería alrededor de él y de Napoleon.

Una estafeta, la primera que desde diez dias habia podido penetrar hasta nosotros, acababa de traer la noticia de aquella extraña conspiracion urdida por un oscuro general en Paris mismo, y en lo interior de un calabozo: no habia tenido mas cómplices, que la noticia falsa de nuestra destruccion y algunas supuestas órdenes dadas á varias tropas para prender al ministro y prefecto de Policia, y al comandante de Paris. El impulso de un primer movimiento, la ignorancia y el asombro general, habian proporcionado un buen acierto; pero por lo mismo, desde el primer rumor que se habia propalado, bast6 una orden para volver á encarcelar al gefe con sus cómplices ó sugetos.

El emperador supo á un mismo tiempo

el crimen y el suplicio. Los que de lejos trataban de leer en sus facciones lo que debían pensar, no vieron nada en ellas. Napoleon recogió interiormente su ánimo, y las primeras y únicas palabras que dijo á Darú, fueron: « ¡Y bien, si nos hubieramos quedado en Moscou! » Dijo, y entró inmediatamente en una casa empalizada que había servido de puesto de correspondencia.

En cuanto se vió solo con sus más adictos oficiales, se manifestaron todas sus conmociones á un mismo tiempo con exclamaciones de asombro, de humillación y de cólera. A pocos momentos después mandó llamar á otros muchos militares para observar la impresión que en ellos produciría tan extraña noticia. Vió un inquieto dolor, alguna consternación, y la confianza en la estabilidad de su gobierno aunque conmovido. Pudo saber que se abocaban unos con otros, condoлиéndose y repitiendo, « que de este modo no estaba aun terminada la grande revo-

lucion de 1789, que se había creído concluida. ¿ Era pues, necesario volverse á meter en ella, abrazar de nuevo la terrible carrera de los trastornos políticos después de haber envejecido en los esfuerzos hechos para salir de ella? Así la guerra nos alcanzaba en todas partes, y podíamos perderlo todo á un mismo tiempo. »

Se alegraron algunos de esta noticia con la esperanza de que aceleraría el regreso del emperador á Francia y le fijaría allí, y que no iría á aventurarse en el exterior, no estando seguro de su imperio. Las penas del momento dieron treguas á las conjeturas en el siguiente día. En cuanto á Napoleon, le precedían todavía todos sus pensamientos en Paris, y se adelantaba maquinalmente hácia Smolensko, cuando él mismo volvió á pensar enteramente en el lugar y presentes circunstancias con la llegada de un edecán de Ney.

Este mariscal había comenzado á sostener desde Viazma aquella retirada mor-

tal para otros infinitos, é inmortal para él. No le habian inquietado hasta Dorogouje sino algunas partidas de Cosacos, importunos insectos, atraidos por nuestros moribundos y carruages abandonados, huyendo en cuantas partes se les resistia, pero fatigando con su continuo regreso.

No era este el objeto del mensaje de Ney. Al llegar el mariscal á Dorogouje, habia encontrado los vestigios del desorden á que se habían abandonado los cuerpos que le precedian, y no le fue posible borrarlos. Se habia resignado hasta entonces á dejar algunos bagages al enemigo, pero se corrió de vergüenza á la vista de los primeros cañones abandonados delante de Dorogouje.

Ney se habia detenido allí, en donde despues de una horrible noche, en la cual la nieve, el viento y el hambre, habian arrojado de las lumbres á los mas de los soldados, la aurora que se

espera siempre tan impacientemente en el bivaque le habia traído la tempestad, el enemigo y el espectáculo de una casi general disercion. Acababa de pelear, en balde, él mismo al frente de los restantes oficiales y soldados que le quedaban, y se veia precisado á retroceder atropelladamente hasta la espalda del Dnieper, desde la cual mandaba dar aviso al emperador.

Quería Ney que Napoleon lo supiese todo. Su edecan, el coronel Dalhignac, debía decirle, « que desde Malo-Yaroslavetz, el primer movimiento de retirada para unos soldados que nunca habian vuelto la cara, habia acobardado al ejército; que la batalla de Viazma habia dejado inmutado al soldado; que ultimamente, aquel diluvio de nieve y el incremento de frio que pronosticaba, completaba la desorganizacion. »

« Que habiéndolo perdido todo, una infinidad de oficiales, diversos pelotones, batallones, regimientos y hasta divisio-

nes, se agregaban á las masas errantes; se veian cuadrillas de generales, coroneles y oficiales de todos los grados, mezclados con soldados y marchando á la aventura, unas veces con una columna y otras con otra; que no pudiendo existir el orden en presencia del desorden, este ejemplo arrastraba hasta aquellos veteranos de los regimientos que habian servido durante toda la guerra de la revolucion.

» Que en las filas se veia que los mejores soldados preguntaban porque les tocaba á ellos solos pelear para asegurar la huida de los demas; y como se creia alentarlos cuando oian los gritos de desesperacion que salian de los inmediatos montes, en donde los grandes convoyes de sus heridos inutilmente arrastrados desde Moscou, acababan de ser abandonados. Aquella era la suerte que les estaba esperando; ¿ qué tenian pues, que ganar alrededor de las banderas? De dia, eran trabajos y continuas refriegas; de noche,

el hambre sin albergue; si algunos bivaces todavía mas mortíferos que las batallas, el hambre y frio desterraban de ellos el sueño; si el cansancio triunfaba por un momento, el reposo que debía reparar acababa. Ultimamente, el águila no protegía sino que mataba.

« ¿ A qué fin, pues, obstinarse alrededor de ella para sucumbir por batallones ó por cuerpos? Mas valia dispersarse, y supuesto que no había ya mas recurso que la huida, apostarla en celeridad, en cuyo caso no caerian los mejores y no devorarian los cobardes, ya á sus espaldas, los restos pel camino real. » Finalmente, el edecan debía descubrir al emperador todo el horror de la situacion. Ney desechaba la responsabilidad.

Pero Napoleon veia lo bastante al rededor suyo para juzgar de lo demas. Los fugitivos se le adelantaban, y conocia que no le quedaba ya otro recurso que sacrificar sucesivamente el ejército parte por parte, comenzando por las extremi-

dades para salvar su frente. Cuando el edecan quiso pues comenzar, le interrumpió de pronto el emperador, con estas palabras: «¡Coronel, no le pregunto á Vmd. esas particularidades!» Calló el edecan, comprendiendo que en aquel desastre irremediable en adelante, y en el que cada uno necesitaba de todas sus fuerzas, temia el emperador unas quejas que no podian menos de desanimar al que se dejaba llevar de ellas y al que las escuchaba.

Notó el edecan la actitud de Napoleon, la misma que conservó en todo el curso de aquella retirada; era grave, taciturna y resignada, sufriendo menos penas corporales que los otros, pero muchas mas espirituales, y resignándose á su desgracia.

Le enviaba el general Charpentier en aquel instante desde Smolensko, un convoy de víveres: Bessieres quiso hacerse dueño de ellos, pero el emperador ordenó pasarlos inmediatamente al príncipe

de la Moskwa, diciendo: «Los que pelean deben comer antes que los otros.» Al mismo tiempo mandó recomendará Ney, «que se defendiese lo suficiente para proporcionarle alguna detencion en Smolensko, en donde el ejército comeria, descansaria y recibiria una nueva organizacion.»

Pero si esta esperanza retuvo á los unos en el desempeño, de sus obligaciones, otros muchos todo lo abandonaron para ir volando hácia aquel término prometido á las penas. En cuanto á Ney, no se le ocultó que era necesaria una víctima, y él estaba ya designado; se sacrificó aceptando por entero un sacrificio tan grande como su valor. Desde entonces no fundó ya su gloria en bagages, y ni aun en cañones, que solo el invierno le arranca. Un primer recodo del Boristenes, pasó y retuvo una parte de ellos al pie de sus márgenes de hielo; sacrificalos Ney sin vacilar, vence aquel obstáculo, se vuelve, y obliga al río ene-

migo que atravesaba la calzada, á servirle de defensa.

No obstante, se adelantaban los Rusos cubiertos con los bosques, y con nuestros carruages abandonados; desde allí tiroteaban contra los soldados de Ney: la mitad de estos, cuyas heladas armas arredran las manos arrecidas, se desanima, suelta las armas, autorizándose con su debilidad de la vispera, y huyendo porque habian huido, lo que los soldados hubieran mirado como imposible antes; pero Ney se arroja en medio de ellos, tómale á uno su arma, y los vuelve á conducir al fuego que él mismo renueva, exponiendo su vida como soldado con el fusil en la mano, como cuando no era marido, padre, rico, poderoso ni considerado; finalmente, como si todavía hubiera que ganarlo todo, cuando tenia que perderlo todo. Al mismo tiempo que se volvió soldado, permaneció general, se aprovechó del terreno; se apoyó en una altura, y se cubrió con una casa

empalizada. Sus generales y coroneles, entre los cuales el mismo distinguió á Fezenzac, le auxiliaron vigorosamente; y el enemigo que contaba perseguir, retrocedió vencido.

Dió Ney con esta accion veinte y cuatro horas de descanso al egército, que se aprovechó de este término para escurrirse hácia Smolensko. En el siguiente dia y cuantos le sucedieron, se verificó el mismo heroismo. El mariscal peleó diez dias enteros desde Viazma á Smolensko.

CAPITULO XIII.

En el día 13 de noviembre estaba el mariscal ya muy inmediato á aquella ciudad, en la cual no debía entrar hasta la mañana siguiente, haciendo cara á los enemigos para contenerlos, cuando las alturas en que queria apoyarse su izquierda, se cubrieron repentinamente de una multitud de fugitivos. Despavoridos aquellos desdichados, se despeñaban y rodaban hasta caer sobre la nieve helada que tenían con su sangre. Una partida de Cosacos que se vió en medio de ellos bien pronto, dió á conocer la causa de aquel desorden.

Asombrado el mariscal, y mandando disipar aquel enjambre de enemigos, vió tras ellos el ejército de Italia que volvía

sin bagages ni cañones, y enteramente despojado.

Le habia tenido como sitiado Platof desde Dorogobouje. El príncipe Eugenio habia dejado el camino real desde aquella ciudad y vuelto á tomar para dirigirse hácia Viteps, el que le habia traído de Smolensko dos meses antes, pero el Wop que atravesó, entonces no era mas que un arroyo, y apenas se habian separado de él, cuando le vieron tan caudaloso como río. Corria sobre una madre de oieno que estrecha dos escarpadas márgenes, fue necesario cortar sus atiesados y helados ribazos, y dar orden para demoler durante la noche, las casas inmediatas para construir un puente; pero los que se habian albergado en ellas, se opusieron á esto: el virey, mas estimado que temido, no fue obedecido; se desanimaron los arquitectos, y cuando el día volvió aparecer, se vieron con los Cosacos, el puente roto por dos veces y abandonado.

Cinco á seis mil soldados todavía en orden; el doble de hombres desmandados, de enfermos y heridos; mas de cien cañones, sus carros y una infinidad de equipages, circundaban aquel obstáculo: cubrían una legua de terreno: se tentó un vado por medio de los témpanos de hielo que la corriente arrastraba. Los primeros cañones que se presentaron, llegaron á la opuesta orilla, pero subía el agua de momento en momento, al mismo tiempo que el vado se ahondaba con las ruedas y esfuerzos de los caballos. Se atascó un carro, se le agregaron otros y todo se vió detenido.

El día sin embargo se iba adelantando; se extenuaban con esfuerzos inútiles; el hambre, el frío y los Cosacos, eran egecutivos; y el virey últimamente, se vió precisado á abandonar toda su artillería y bagages: fué entonces un espectáculo de suma aflicción. Los poseedores de aquellos bienes, apenas tuvieron lugar para separarse de ellos; mientras que

escogian los efectos mas indispensables, cargándolos en los caballos, acude una turba de soldados, los cuales se arrojan mas principalmente sobre los carruages de lujo; lo rompen y echan todo abajo, vengándose de sus miserias en aquellas riquezas, de sus privaciones en aquellos goces, y quitándolos á los Cosacos que los estaban codiciando desde lejos.

Los mas de ellos tenían puestas sus miras en los víveres. Por algunos puñados de harina apartaban y desechaban los vestidos bordados, pinturas y adornos de toda clase. Fue por la tarde un singular aspecto el de aquellas riquezas de Paris y Moscow, de aquel lujo de las dos mayores ciudades del orbe, que yacian esparcidos y despreciados sobre una nieve salvage y desierta.

Desesperados al mismo tiempo los mas de los artilleros, enclavan sus piezas y desparraman su pólvora. Otros forman con ella una rastra, que llevan hasta debajo de algunos carros parados á lo lejos detras de nuestros bagages. Esperan que

hayan acudido los mas avariciosos Cosacos, y luego que los ven en ercrido número y enteramente cebados en el saqueo, echan las ascuas de un bivaque en aquella pólvora. Vuela el fuego y llega en el momento al objeto de su furia, saltan los arcones, reviéntanse las bombas, y los Cosacos que no son destruidos, se dispersan atemorizados.

Algunos centenares de hombres á que todavía se daba el nombre de 14.^a division tuvieron orden para hacer resistencia contra aquellas hordas y fueron suficientes para contenerlas fuera de tiro hasta el siguiente dia. Acosados de la artillería enemiga todos los demas soldados, empleados, mugeres y niños, enfermos y heridos, se amontonaban á la orilla del torrente. Pero á la vista de la crecida de sus aguas, de sus macizos y cortantes témpanos, y de la necesidad de aumentar, zambulléndose en su helada corriente, el martirio de un frio intolerable, ya todos vacilaron.

Fué necesario, que un Italiano el coronel Delfanti, se arrojase el primero. Se movieron los soldados entonces, y la multitud siguió. Se quedaron los mas débiles, los menos determinados ó los mas avaros. Los que no supieron decidirse á abandonar su botin y desprenderse de la fortuna que los dejaba, fueron sorprendidos en su irresolucion. Vióse en el siguiente dia que algunos salvages Cosacos, en medio de tantas riquezas, estaban ansiosos todavía de los súcios y desgarrados vestidos de aquellos infelices, recientes prisioneros suyos, y despoján doles y formando de ellos rebaños, los hacian marchar desnudos sobre la nieve apaleán deles con el asta de sus lanzas.

Desmantelado así el egército de Italia, enteramente empapado con las aguas del Wop, sin viveres ni abrigo, pasó la noche sobre la nieve cerca de una aldea en que sus generales intentaron en balde alojarse, pues sus soldados cercaban aquellas casas de madera. Aquellos infelices se arrojaban

á tropel como desesperados sobre cualquiera habitacion, aprovechándose de la obscuridad que les impedia reconocer á sus gefes, y ser reconocidos de ellos. Lo arrancaban todo, puertas, ventanas y hasta el maderage de los techos; poco movidos de reducir á otros, cualesquiera que fuesen, á dormir al raso como ellos mismos.

En balde los repelian sus generales, pues se dejaban sacudir sin quejarse ni indignarse, pero sin detenerse, aun los mismos soldados de la guardia real é imperial: todas las noches estas mismas escenas se repetian en el ejército. Los desdichados permanecian silenciosa y activamente encarnizados contra paredes de madera que destrozaban por todas partes á un tiempo, y sus gefes despues de vanos esfuerzos, se veian obligados á abandonarlas temiendo que se hundiesen sobre ellos mismos. Era una singular mezcla de perseverancia en su designio y de respeto á la ira de sus generales.

Despues de bien encendidos los fuegos, pasaron la noche secándose al ruido de los gritos, imprecaciones y gemidos de los que acababan de pasar el torrente ó que desde lo alto de sus ribazos rodaban y se perdian entre sus témpanos.

Es un hecho vergonzoso para el enemigo, que en medio de aquel desastre y á la vista de tan opulento botin, algunos centenares de hombres dejados á una media legua del virey y en la otra orilla del Wop, hayan reprimido durante veinte horas, no solamente el valor, sino tambien la codicia de los Cosacos de Platof.

Quizás creyó el *Hetman* haber asegurado para el siguiente dia la ruina del virey. En efecto, fueron tan bien tomadas todas sus disposiciones que al tiempo que el ejército de Italia, despues de una marcha inquieta y desordenada, descubrió Doukhowtchina, ciudad todavia intacta, y se apresuraba con regocijo á ir á albergarse en ella, vió que salian de su centro muchos millares de Cosacos con cañones que le

detuvieron repentinamente. Platof al mismo tiempo, con todas sus hordas acudió, y atacó su retaguardia y ambos flancos.

Muchos testigos dicen, que hubo entonces un alboroto, un desorden completo; que los hombres desmandados, mugeres y criados se precipitaron unos sobre otros y enteramente por medio de las filas, que ultimamente hubo un momento en que aquel desgraciado ejército no fue ya mas que una informe turba, una vil barahúnda que se arremolinaba sobre sí misma. Túvose todo por perdido : pero la serenidad del príncipe, y los esfuerzos de los gefes lo salvaron todo. Los soldados selectos se desembarazaron y volvieron á formarse las filas. Se avanzó descargando algunos fusilazos, y el enemigo que lo tenia todo á su favor menos el valor único, bien que nos quedaba, se abrió y echó á un lado, ciñéndose á una vana demostracion.

Ocupóse su lugar todavía caliente en aquella ciudad, abandonándola el enemigo que marchó á acamparse y á preparar

semejantes sorpresas hasta las puertas de Smolensko ; pues el desastre de Wop habia hecho renunciar á la idea de marchar separados del emperador : tomaron aliento allí las tribus cosacas, las cuales envolvieron la division 14^a. Cuando el príncipe Eugenio quiso desembarazarla, envarados sus soldados y oficiales con veinte grados de frio que el viento hacia mas crudo todavía, se quedaron tendidos sobre el rescoldo de sus lumbres. En vano se les hizo presente que sus camaradas estaban cercados, que se acercaba el enemigo, que finalmente se hallaban ellos mismos á tiro ya de la fusilería y de los cañones enemigos, pues se obstinaron en no levantarse, declarando que mas querian perecer que sobrellevar mas tan crueles males. Las centinelas mismas de caballería habian abandonado sus puestos. Consiguió sin embargo el príncipe Eugenio salvar su retaguardia.

Al volver con ella á Smolensko, sus soldados rezagados se habian reunido des-

trozados al cuerpo de Ney, y comunicaron á este su espanto : todos se precipitaron hácia el Dnieper, y se amontonaban en la entrada del puente sin pensar en defenderse, cuando un ataque del regimiento 4º contuvo al enemigo.

Su coronel, el joven Fezenzac, supo avivar á aquellos hombres medio tullidos de frio. Allí, como en cuanto es accion, se vió la superioridad de los efectos del ánimo sobre las sensaciones corporales, porque toda sensacion física movia á desanimarse y huir, la naturaleza lo aconsejaba imperiosamente; y sin embargo algunas palabras de honor bastaron para conseguir el mas heroico sacrificio. Los soldados del 4º regimiento, volaron como furiosos contra el enemigo, contra la montaña de nieve y hielo de que él era dueño, y contra el huracan septentrional, porque lo tenían todo contra sí. Ney mismo tuvo precision de templarlos.

Una reconvenccion de su coronel habia obrado semejante mudanza. Aquellos sol-

dados rasos, se sacrificaban para no faltarse á sí mismos, por un efecto de aquel instinto que exige valor en el hombre; ultimamente, en fuerza del hábito y amor de gloria, ¡ palabra bien resplandeciente para una tan humilde condicion! porque, ¿ qué es la gloria de un triste fusilero, que perece sin testigos y solo es alabado, censurado ó echado menos por una simple escuadra? Pero á cada uno le basta su esfera, y una corta asociacion encierra tantas pasiones como una crecida. Son diferentes las proporciones de los cuerpos, pero están formadas de unos mismos elementos : la misma vida los anima y las miradas de un peloton, estimulan tanto á unos soldados, como las de un egército enardecen á un general.

CAPITULO XIV.

Por último, el ejército volvió á ver Smolensko; y llegado á aquel término por tantas veces ofrecido á las penas, los soldados se enseñaban la ciudad unos á otros: étela aquí ya aquella tierra prometida, en que sin duda su hambre hallará otra vez la abundancia, y su cansancio el reposo; en que los bivaques con diez y nueve grados de frio, van á olvidarse en casas bien calientes: ¡ allí, gozarán de un sueño reparativo, podrán componer su vestuario, y se les distribuirá nuevo calzado con ropas acomodadas al clima!

A aquella vista, unicamente los cuerpos escogidos, algunos soldados y los veteranos de los regimientos permanecieron en sus filas; todos los demas vo-

laron y se precipitaron. Millares de hombres, desarmados los mas, cubrieron ambas escarpadas márgenes del Boristenes, y se apretaron amontonados contra los elevados muros y puertas de la ciudad; pero su desordenada multitud, sus semblantes macilentos, ennegrecidos de tierra y humo, sus andrajosos uniformes, las extravagantes vestimentas con que los habian suplido, ultimamente un aspecto extraño, feo, y su espantoso ardor atemorizaron. Se creyó que sino se repelia la irrupcion de aquella muchedumbre rabiosa de hambre, lo saquearia todo, y se les cerraron las puertas.

Se esperaba tambien que este rigor moveria á reunirse. Travóse entonces una horrenda lucha entre el orden y desorden en las reliquias de aquel desgraciado ejército. En balde los unos suplicaron, lloraron, conjuraron, amenazaron y trataron de desquiciar las puertas, y se echaron moribundos á las plantas de sus camaradas encargados de desecharlos, porque

los hallaron inexorables, y les fue preciso esperar la llegada de la primera tropa todavía mandada y en orden.

Era la antigua y nueva guardia. No entraron los hombres desbandados hasta despues de ambas, y así ellos como los demas cuerpos que llegaron sucesivamente desde el 8 hasta el 14, creyeron que no se habia diferido su entrada, sino para proporcionar mas descanso y víveres á las dos guardias. Sus penas los hicieron injustos, y maldigieron una y otra guardia. «¿Se verian sacrificados incesantemente á aquella clase privilegiada! ¿á aquella vana compostura que ya no se veia la primera mas que en las revistas, funciones, y en las distribuciones particularmente! ¿No tendria nunca el ejército mas que las sobras de ella? ¿Seria menester para lograrlas, esperar siempre que ella estuviese harta? No se les podia responder sino, que tratar de salvarlo todo, seria perderlo todo; que á lo menos era necesario conservar un cuerpo

entero, y dar la preferencia al que pudiera hacer mayores esfuerzos en un lance apurado.

Sin embargo, estos desgraciados estaban ya en aquella tan deseada Smolensko; habian dejado las orillas del Boristenes sembradas con los moribundos cuerpos de los mas débiles de ellos: la impaciencia y muchas horas de espectacion habian acabado con la vida. Dejaban á otros muchos en la escarpadura de hielo que les era necesario vencer para llegar á la ciudad alta. Los restantes corren á los almacenes en donde expiran todavía algunos mientras que estan cerrando las puertas, porque se las han cerrado. ¿Quiénes son? ¿de qué cuerpo? ¿como reconocerlos? Los distribuidores de víveres son responsables de ellos; no deben entregarlos mas que á oficiales autorizados y portadores de recibos que cambiarán por las raciones que se les confien; y los que se presentan no tienen ya oficiales, ni saben el paradero de

sus regimientos. Los dos tercios del ejército se hallaban en este caso.

Aquellos desventurados se derraman por las calles, sin mas esperanza ya que el saqueo; pero en todas partes diversos caballos dislocados hasta los huesos les anuncian el hambre; rotas y arrancadas en todas ellas las puertas y ventanas de las casas; han servido para alimentar las lumbres de los bivaques; no hallan allí refugios, ni cuarteles de invierno preparados, ni leña; los enfermos y heridos se quedaron en las calles sobre los carros que les han traído. Es todavía, es siempre la fatal calzada que pasa por medio de un vano nombre; es un nuevo bivaque en algunas engañosas ruinas, mas frias todavía que las selvas que acaban de dejar.

Unicamente entonces van aquellos hombres desbandados en busca de sus banderas, reuniéndose á ellas momentáneamente para hallar víveres, pero acababa de distribirse cuanto pan habia

podido hacerse, y no habia ya galleta ni carne. Les entregaron harina de centeno, legumbres secas, y aguardiente. Inauditos esfuerzos fueron necesarios para impedir que los destacamentos de los diferentes cuerpos se matasen entre si en las puertas de los almacenes; en seguida, cuando despues de largas formalidades se habian entregado aquellos ruines víveres, se negaban los soldados á llevarlos á sus regimientos, se echaban sobre los costales, sacaban de ellos algunas libras de harina, y se iban á ocultar para devorarlas. Lo mismo sucedió con el aguardiente: se hallaron en el siguiente día las casas llenas de cadáveres de aquellos desdichados.

Finalmente, aquella funesta Smolensko, que el ejército habia mirado como término de sus tormentos, no denotaba mas que el principio de ellos. Una inmensidad de penas se desarrollaban á nuestra vista, y era preciso marchar cuarenta dias mas bajo de aquel yugo fér-

reo. Sobrecargados ya los unos con los presentes males, se anonadaban y caian rendidos al peso de aquellos venideros horrores, y algunos otros se sublevaron contra su malladada suerte: no contaron ya sino consigo mismos, y resolvieron vivir á cualquiera costa.

Desde entonces, segun se hallaron ser los mas fuertes ó mas débiles, arrancaron violentamente ó hurtaron á sus moribundos camaradas, las subsistencias, ropas y hasta el oro de que habian llenado sus mochilas en vez de víveres. Despues aquellos desastrados á quienes la desesperacion habia conducido al latrocinio, arrojaban las armas para salvar su infame botin, aprovechándose de una situacion comun, de un nombre obscuro, de un uniforme hecho desconocido, de la noche, y últimamente de cuantas especies de oscuridades sirven de capa á la bajeza y al delito. Si varios escritos ya publicados no hubieran ponderado estos horrores, hubiera guardado mi lengua

un profundo silencio sobre tan repugnantes individualidades, porque fueron raras estas atrocidades, y las mas reprehensibles llevaron su merecido castigo.

Llegó el emperador el 9 de noviembre, en medio de aquel deseconsolado espectáculo. Encerróse en una de las casas de la plaza nueva, no salió de ella hasta el 14 para proseguir su retirada. Contaba con quince dias de víveres y forrages para un egército de cien mil hombras; y no halló la mitad en harina, arroz y aguardiente. Habia falta de carne, se oyeron sus enfurecidos gritos contra uno de los sugetos encargados de este abasto. El proveedor solo consiguió la vida arrastrándose arrodillado por mucho tiempo á las plantas de Napoleon. Las razones que alegó hicieron quizás mas en favor suyo que todas sus súplicas.

« Cuando llegó, dijo, las bandas de rezagados que el egército habia dejado tras sí al adelantarse, habian, como si digéramos, sitiado de pavor y destruc-

cion la ciudad de Smolensko, en la cual se perecía de hambre como en el camino. Luego que se hubo restablecido algun orden, únicamente los judíos se habian ofrecido á suministrar los víveres que faltaban. Algunos señores de Lituania, movidos de un impulso mas noble, proporcionaron algunos socorros, y últimamente parecieron los cuantiosos convoyes de víveres juntados en Alemania: eran los carruages del Franco Condado, los cuales habian atravesado los arenales de la Lituania, y aun no habian traído mas que doscientos quintales de harina y arroz, y con ellos llegaron tambien muchos centenares de bueyes alemanes é italianos.

« Sin embargo, el amontonamiento de los cadáveres en las casas, patios y jardines, y las exhalaciones mortíferas inficionaban el aire. Los muertos mataban á los vivos. Tanto los empleados como infinitos militares, habian sido asaltados de aquel contagio: los unos se

volvieron como tontos; lloraban ó clavaban unos ojos hoscos y tenaces en la tierra. Hubo otros cuyo cabello se puso atiesado, derecho y retorcido en cuerdas; y despues en medio de un torrente de blasfemias, de horribles convulsiones, y de una risa mas horrenda todavía, se habian caído muertos.

« Al mismo tiempo, habia sido necesario matar el mayor número de los bueyes traídos de Alemania é Italia. Aquellos animales no querian andar ni comer. Hundidos de nuevo sus ojos en la órbita, estaban tristes y sin movimientos: mataban á aquellos animales, sin que ellos tratasen de evitar el golpe. Han acaecido otras desgracias: han sido interceptados muchos convoyes: nos han cogido diversos almacenes, y acababan de llevarse en Kraboe un coto carnicero de ochocientos bueyes.»

Añadió este proveedor, « que tambien era necesario atender á la gran cantidad de destacamentos que habian pasado

por Smolensko; á la parada que allí habia hecho el mariscal Victor con veinte y ocho mil hombres, y unos quince mil enfermos, y á la multitud de guardias y merodistas que la sublevacion y proximidad del enemigo habian vuelto á echar dentro de la ciudad. Todos ellos habian vivido á costa de los almacenes; habia sido necesario entregar por dia, cerca de sesenta mil raciones: ultimamente, se habian encaminado diversos víveres y rebaños hácia Moscou, hasta Mojáisk, y hácia Kalougha, hasta Elnia.

Muchas de estas alegaciones eran fundadas. Habia tambien una escala de varios otros almacenes, desde Smolensko hasta Minsk y Vilna. Estas dos ciudades eran, mucho mas todavía que Smolensko, centros de abasto, cuya primera línea formaban las plazas del Vistula. Era incommensurable la totalidad de los víveres distribuidos en aquella extension; los esfuerzos para transportarlos allí, agigan-

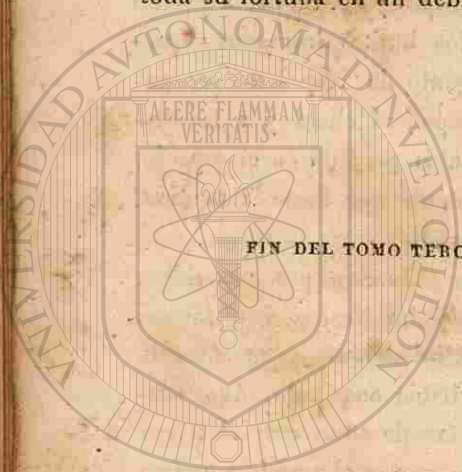
tados, y el resultado casi nulo. Eran insuficientes en aquella inmensidad.

Así, las grandes expediciones se arruinan con su propio peso. Se habia pasado mas allá de los límites humanos: queriendo el ingenio de Napoleon ser superior al tiempo, al clima y á las distancias, se habia perdido en el espacio; y por mas grande que fuese la medida, habia ido mas allá.

Ademas se enfurecia por necesidad; no se habia hecho ilusion á sí mismo sobre aquella privacion, y unicamente Alejandro le habia engañado. Acostumbrado á triunfar de todo con el terror de su nombre, y con el asombro que su audacia, su ejército, él mismo y su fortuna infundian, lo habia aventurado todo á un primer movimiento de Alejandro. Era siempre el mismo hombre de Egipto, Marengo, Ulma y Eslingen. Era Fernan Cortés, el Macedonio incendiando sus naves, y especialmente que-

(296)

riendo, á pesar de sus soldados, internarse todavía mas en el Asia desconocida ; y finalmente , era otro César arriesgando toda su fortuna en un debil esquite.



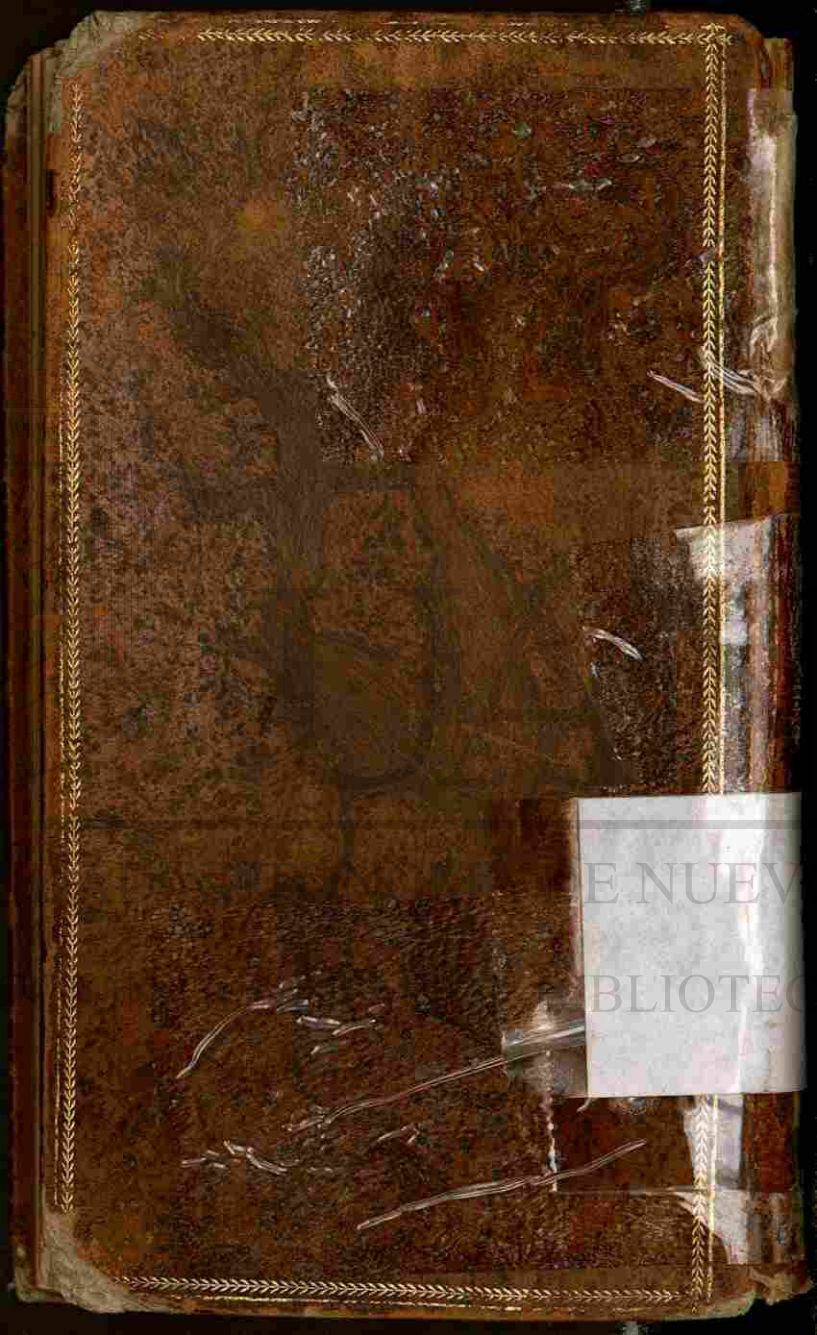
FIN DEL TOMO TERCERO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



E NUEV
BLIOTEC